

The background of the cover is a painting of a woman with long brown hair, seen from the chest up in profile, facing left. She is wearing a white, loose-fitting garment with a dark cord necklace. There are several red, blood-like stains on the right side of her garment. The background of the painting is a misty, blue-toned landscape with trees and a fence.

FLORENCIA ETCHEVES

ERRANTES

Novela  Planeta

Errantes

Florencia Etcheves

Índice de contenido

[Portadilla](#)
[Legales](#)
[Errantes](#)

Etcheves, Florencia

Errantes / Florencia Etcheves. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2018.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6075-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© 2018, Florencia Etcheves

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Primera edición en formato digital: octubre de 2018

ISBN edición digital: 978-950-49-6075-1

A la memoria de Diego Gualda.

1

Ocho años antes, en Sanuribe, provincia de Buenos Aires, la tierra arrojó a la superficie un secreto. La novedad duró veinticuatro horas y muy pocos se enteraron.

Los huesos humanos que se encontraron durante la construcción de la ruta que conectaría el pueblo con la ciudad más cercana no fueron lo suficientemente importantes como para frenar el progreso y la pujanza que significó llegar en auto de un lugar a otro.

Algunos testigos sintieron que el hallazgo era un incordio. Otros lo vieron como un simple retraso. Uno solo de ellos interpretó que se trataba de una maldición.

2

Apenas llegó al canal de televisión para grabar su programa, apoyó con impaciencia el dedo en el censor que leía las huellas digitales, esperó unos segundos hasta que la pantallita luminosa mostrara su nombre y apellido, y corrió el molinete de metal con el hueso de la cadera. Luego pasó por la sala de maquillaje para que su aspecto fuera el que se pretendía del otro lado de la pantalla y repitió, frente a la cámara, las frases que su producción había elaborado. Eran los pasos de su rutina diaria.

Podría haberse ido. Bastaba con regresar hasta el estacionamiento del canal, subirse al auto y manejar la media hora que la separaba de su casa. Y, como la mayoría de las veces, dejar los zapatos de tacos altísimos tirados en el medio del living, mordisquear los restos de comida de la noche anterior y tirarse en el sillón de cuero negro a mirar alguna serie por Netflix. Pero nada de eso sucedió. La culpa la tuvo la foto, de eso no le quedaron dudas. Y un poco Sonia, su madre.

Esa mañana, Carmen había tenido que salir corriendo del gimnasio. La llamada telefónica la había sorprendido en el vestuario, ni siquiera llegó a entrar en la sala de aparatos. Antes de atender, sin excepción, miraba la pantalla del teléfono. No se detenía en llamados que salían como privados ni en los números que no reconocía, tampoco hablaba con compañeros de trabajo ni con sus amigas. En definitiva, la función de hablar con el otro, existiendo WhatsApp, le resultaba innecesaria. Salvo que llamara su madre, por eso atendió.

—¿Sos mi hija? Hola, hola. ¿Sos vos?

Como siempre, la voz de Sonia se escuchaba angustiada. Usaba

el teléfono únicamente para pedir ayuda, cosa que sucedía cada vez más seguido.

—Sí, mamá, soy yo —contestó Carmen mientras con la mano que le quedaba libre se acomodaba las calzas de licra—. ¿Dónde estás? Se escucha bastante mal.

—No sé —contestó. Nadie tenía tanta convicción como ella cuando ignoraba algo—. Hay dos verdulerías, cuatro líneas de colectivo que pasan por la puerta, la vereda tiene treinta y dos baldosas grises y seis marrones. Yo estoy parada en la puerta de una panadería.

Carmen entrecerró los ojos tratando de armar un mapa imaginario con la información que acababa de darle su madre.

—¿Llegás a leer el cartel de la calle, mami? —preguntó.

—Dos A, dos L, una C y una O —respondió con entusiasmo; acto seguido, murmuró—: Dieciséis figazas, catorce medialunas, ocho tortitas negras...

«Callao», pensó Carmen. Sonia estaba en la panadería de la esquina de su propia casa. Con una paciencia que últimamente le costaba más sostener, la dejó terminar con el racconto de lo que veía en la vidriera y le rogó que no se moviera del lugar.

El cerebro de su madre estaba atascado desde hacía rato. Nadie podía precisar en qué momento exacto había dejado de funcionar, pero Carmen recordaba como fundacionales, aunque en verdad no lo eran, dos situaciones alarmantes, una detrás de otra.

La primera tuvo lugar un domingo de invierno. Sonia cumplía años y había decidido cocinar para su hija y Rebeca, una vecina encantadora que le había contagiado las costumbres del judaísmo. Una vez por semana iban juntas a una sinagoga de Once, compartían la cena de Rosh Hashaná y en los últimos tiempos pasaban las tardes intentando aprender hebreo con unos libros viejísimos que los hijos de Rebeca habían usado de niños en el colegio. A Sonia siempre le había gustado cumplir años, lo vivía como una especie de triunfo ante vaya a saber uno qué desafío. «Te

gané, te gané», murmuraba durante todo el día, el único al año en el que se dejaba abrazar y besar. Durante el resto, su cuerpo parecía estar rodeado de un muro invisible, inviolable. Los 4 de agosto la frontera se abría y Carmen podía tocar a su madre.

Sonia había preparado la mesa con esmero. Sobre un mantel blanco estaban acomodados los tres platos de cerámica color azul con sus respectivos cubiertos; unas copas de cristal que, según ella, Rebeca había traído de Israel; una panera de plata colmada de rodajas de pan cortadas a la perfección y un jarrón lleno de flores de colores.

Carmen entró en la casa de su madre y aprovechó el día de gracia en el que podía darle un abrazo y estamparle dos besos sonoros en las mejillas. Rebeca había llegado un rato antes. Se la notaba incómoda, no sacaba los ojos de la mesa. Sonia estaba exultante, como cada 4 de agosto. Hablaba sin parar, se reía y hacía muecas frente a un espejo con el sombrero que su hija le había llevado de regalo.

—Mamá, pusiste flores. ¡Qué lindo! —exclamó Carmen.

Rebeca abrió la boca como para hacer algún comentario, pero de inmediato se arrepintió y optó por el silencio. Algo estaba mal. Carmen se acercó a la mesa y, con cuidado, levantó unos centímetros el ramo de flores. Acercó la nariz al jarrón de vidrio y dijo con un tono suave:

—Mamá, en el florero hay vino.

Sonia arrugó el ceño y negó con la cabeza. Se pasó las manos por el vestido de seda color azul mientras evaluaba una respuesta.

—Me distraje, debe haber sido eso —concluyó.

La segunda situación tuvo lugar en el bar en el que Carmen solía tomar café con su madre. Aquella tarde soleada, Sonia no hizo nada extraño. Pidió como siempre su café en jarrito, con la crema aparte; eligió una porción de budín de naranjas y le dijo a la moza que el vaso de soda que solía acompañar el pedido tenía que ser de agua sin gas. Todo lo anormal vino luego, de la mano de las palabras. Su

relato, aunque coherente, dejó de tener nombres propios: usaba «esa mujer tan amorosa» para referirse a Rebeca, su vecina y amiga, y «el hombre alto de la puerta» para mencionar a Luis, el encargado de su edificio. De la noche a la mañana, su madre había dejado de deletrear con tino el mundo.

Las supuestas distracciones de Sonia se convirtieron de a poco en algo frecuente: objetos perdidos que aparecían, luego de meses, en lugares insólitos; personas a las que olvidaba o confundía con una solución de continuidad pasmosa; historias y frases que repetía una y mil veces, historias que ya no recordaba, historias que inventaba. Carmen no sabía qué hacer con eso y, por ignorancia o comodidad, tomó el peor de los caminos: se convirtió en cómplice de los disparates de su madre y optó por hacerse también la distraída, incluso más que ella.

Cuando iba a visitarla, se dedicaba a sacar libros de la heladera y a acomodarlos en la biblioteca; revisaba el tacho de basura sabiendo que encontraría algún vaso o cepillo del pelo; aceptaba llamar Juana a Mabel, la señora de la limpieza. Fue así que empezó a usar las mentiras como si fueran un tranquilizante eficaz.

Volvió a repasar el llamado de su madre: estaba en una calle en la que había dos verdulerías, en la puerta de una panadería y podía leer el cartel que decía «Callao». «¿Por qué está ahí y no en su casa?», pensó.

Sonia había perdido muchas cosas a lo largo de su vida, pero la obediencia era algo que conservaba, como se conserva el color de los ojos o las manchas de nacimiento. Acatar órdenes era algo que la regía como un faro en el medio del océano. Carmen le había dicho que no se moviera y no se movió. Siguió parada en la misma esquina desde la que había llamado a su hija.

Estaba vestida con una pollera recta de pana color marrón que le llegaba justo debajo de las rodillas, una camisa de seda blanca cerrada hasta el cuello y unas botitas de cuero cortas y de taco bajo. Hacía casi un mes que Sonia se vestía de la misma manera.

Después de tres días de berrinches en los que se había negado a quitarse esa ropa hasta para dormir, Carmen optó por una solución tan práctica como eficaz: le compró tres polleras, cuatro camisas y dos pares de botas exactamente iguales.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó mientras bajaba a los apurones del auto que había estacionado en doble fila.

Sonia levantó la cabeza y la miró llena de dudas, como quien intenta recordar.

—Soy Carmen, acá estoy. Vamos para tu casa.

La mujer mitad memoria y mitad olvido sonrió y estiró el brazo derecho. Había cerrado el puño con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—¿Qué tenés ahí, mamá? A ver, abrí la mano —preguntó Carmen mientras intentaba separar los dedos flacos de su madre.

—Las llaves de casa —contestó Sonia con voz ronca, mientras le mostraba el objeto a su hija con gesto triunfante.

Carmen respiró hondo y largó el aire despacio, una técnica que solía usar para evitar que los ojos se le inundaran de lágrimas.

—Mamá, no son las llaves. Es el pelapapas.

Durante unos segundos se quedaron quietas, mirando el pelapapas de metal con mango de plástico azul, como si la potencia de los ojos de ambas pudiera convertirlo en llaves. Fue Carmen la que rompió ese instante de magia fracasada.

—Vamos a tu casa, vas a estar bien.

—No es necesario que me mientas, hija querida, aunque aprecio la cortesía.

3

—Mamá, repetí estas tres palabras: cama, ventana, flores.

—Cama, ventana, flores.

—Muy bien. Ahora restá hacia atrás, de dos en dos, el número cien.

—Cien, noventa y ocho, noventa y seis... eh... ¿noventa?

—Decime de nuevo las tres palabras, ¿las recordás?

—No.

El ejercicio que el doctor Larreta le había recomendado para tantear el funcionamiento de la mente de su madre había fracasado. Una vez más. Carmen no abandonaba la ilusión de que un día, como por arte de magia, ella repitiera «cama, ventana, flores». Solo un par de veces lo había logrado y le festejó el recuerdo como quien celebra las primeras palabras de una niña pequeña. Desde hacía tiempo no había nada que aplaudir. Sonia se había convertido en una escalera caracol que únicamente iba para abajo.

Cuando su madre empezó a extraviarse, Carmen comenzó a recordar. Se habían criado solas y juntas. Solas porque nunca hubo nadie aparte de ellas dos y juntas, porque Sonia era muy joven cuando se convirtió en madre y a Carmen le tocó madurar demasiado rápido. Nunca supo quién era su padre. Sonia nombraba a hombres que solo estaban en su imaginación, que por esa época era bastante frondosa. Algunos días hablaba de un hombre rubio, alto y de espaldas anchas que se había ido a África a salvar a niños moribundos. Se llamaba Manuel y era médico. Otras veces contaba anécdotas maravillosas de Francisco, un morocho de ojos verdes que se había perdido en altamar, en un barco que buscaba tesoros. «La gente feliz está ocupada», decía Sonia cuando Carmen se ponía

insistente con los detalles sobre ese padre inventado. Esa frase servía para ponerle punto final a todas las preguntas.

Gracias a que llevaba un juego de las llaves del departamento de su madre en su llavero, pudieron entrar. Sonia sonreía sin dejar de apretar el pelapapas. Todos los desvaríos de su madre terminaban con una sonrisa. Esos eran los momentos en los que Carmen pensaba que Sonia era una gran titiritera que manejaba las vidas ajenas según sus caprichos o que jugaba a ser la protagonista de una locura que no era tal.

—Sentate, mamá. Voy a preparar café con leche. Tenemos que hablar sobre estas cosas que te están pasando. Es hora de que contratemos a una persona para que te acompañe.

—No sé, querida —dijo Sonia mientras se acomodaba en el sillón junto a la ventana—. Mi hija no va a estar de acuerdo con meter a desconocidos en mi casa.

—Yo soy tu hija, mamá.

—Bueno, eso lo vamos a ir viendo. ¿Y el café con leche?

Carmen respiró hondo y largó el aire de a poco. Durante un buen rato buscó la cafetera en la cocina. Después de fracasar con los lugares obvios, avanzó con los insólitos: detrás de la pila de toallas del baño, en el balcón y hasta dentro del lavarropas. Nada.

Cruzó el pasillo que comunicaba el living con las habitaciones. El departamento de su madre era bastante grande, demasiado para ella sola. Un cuarto de huéspedes y un espacio que hacía las veces de escritorio no se usaban desde hacía bastante, tampoco el *toilette*. Sonia limitaba su mundo a la sala, su cuarto en suite y la cocina. Quizá por eso Carmen se quedó paralizada cuando vio la puerta del escritorio abierta. Y aunque no toda puerta abierta es una invitación a ir hacia el otro lado, Carmen entró.

La persiana estaba levantada y los rayos de sol se derramaban sobre el desorden. Era imposible caminar sin pisar alguno de los papeles que cubrían el piso de madera. Con la punta de sus zapatillas de *running* Carmen fue corriendo fotos, cuadernos y

libretas hasta hacer un espacio donde pararse. El único mueble que había en el lugar tenía todos los cajones abiertos y vacíos.

—Mamá —gritó—, quedate sentada que arreglo unos papeles. Ya voy con vos.

—Tu mamá no está, querida —contestó, también gritando, Sonia.

En un rincón, había una pila de fotos bastante bien acomodada. Carmen se sentó en el piso y las miró una por una. Eran de un verano en Mar del Plata. A su madre se la veía jovencísima, Carmen era una adolescente. Durante años la obsesionó la idea de no estar en el lugar correcto; sin embargo, en las fotos ese agobio no se dejaba ver. Las playas marplatenses, la puerta del Casino, la rambla, los lobos marinos, todo ese entorno parecía ser el lugar indicado, el lugar en el que ambas se mostraban felices.

Se detuvo en una de las fotos. No era la más linda, ni siquiera la mejor encuadrada, y se veía bastante fuera de foco. Sonia estaba vestida con un remerón largo hasta las rodillas, un hombro quedaba al descubierto. El pelo rubio, casi blanco, brillaba. Las pecas en la nariz, la piel rosada por el sol, la chispa de los ojos celestes y la risa abierta. En la memoria de Carmen, quedó grabado lo que sucedió después de sacar esa foto: las dos caminaron de la mano, se metieron en un bar a comer medialunas y, a pesar del calor, tomaron chocolate caliente. Nada más que eso.

A los apurones juntó algunos papeles del piso. También había medias de pares distintos, papeles de golosinas, lápices sin punta, dos pares de ojotas rotas y una cantidad de moños de cinta de nailon arrancados de decenas de regalos de navidades y cumpleaños pasados.

—¿Qué estás haciendo, Carmencita? —preguntó Sonia, parada contra la puerta del escritorio.

—¡Mamá! —exclamó Carmen, disimulando la alegría que sentía cuando su madre recordaba su nombre—. ¡Me asustaste! Estoy tratando de ordenar el desastre que hiciste en este cuarto.

—Esto no es ningún desastre, querida. Lo que hace que una persona sea interesante son sus secretos, no otra cosa. Y estos son mis secretos.

Carmen se sintió en falta, pero además sintió rabia. Era uno de los tantos momentos en los que entreveía que Sonia manejaba sus actos y sus palabras según su voluntad.

—Muy bien, mamá —dijo—. Entonces, sigo acomodando tus secretos en los cajones del mueble...

—Tu mamá no está, querida.

Carmen tragó saliva y decidió dejar todo como estaba. Era tal su molestia que desistió, también, de llevarse la foto de Mar del Plata. El sonido de su celular fue milagroso, le dio el salvoconducto para salir de esa habitación que la dejaba sin aire.

—Voy a atender mi teléfono, está en el living —dijo—. Pensá dónde guardaste la cafetera, no la encuentro.

Sonia balbuceó algo sobre el peligro que significaba tener una cafetera en la casa, pero Carmen hizo oídos sordos y la dejó en el escritorio con sus delirios.

La llamada se cortó enseguida. Vio que la lucecita azul del celular titilaba: varios mensajes pendientes de WhatsApp, dos mensajes de voz que nunca serían escuchados. Lo único que le interesó fue devolverle tres llamadas perdidas a Diego.

—¡Carmen, qué bueno que me llamaste! —dijo él—. Espero que tu madre esté bien. Escuchame, ¿cuándo volvés al canal? Ya grabé los pisos de los columnistas, me faltan los tuyos. Igual es una boludez, lo hacés en dos minutos. Pero necesito que vengas porque me llegaron las puntas de una historia que me parece que tenemos que empezar a laburar ya mismo. —El vozarrón del productor podía escucharse desde la otra punta. Hablaba de corrido, casi sin respirar.

—¿Historia de qué? —preguntó Carmen con curiosidad. Conocía cuando Diego se entusiasmaba con algo.

—Después hablamos bien. ¿Cuándo venís?

—Dame una hora —contestó Carmen y cortó la comunicación. Se sacó las zapatillas y masajeó unos segundos su pie derecho. Luego caminó descalza hasta donde había dejado a su madre.

Sonia también estaba descalza. Esa pequeña coincidencia la hizo sonreír. La observó conmovida. Su madre parecía una nena que la hacía pasar del odio al amor en cuestión de minutos. A menudo se preguntaba quién de las dos estaba más desequilibrada.

—Mamá, ¿qué estás mirando?

Una foto la tenía concentrada. La agarraba con ambas manos, como si se le fuera a caer.

—Mamá... —insistió Carmen sin éxito.

Optó por sentarse a su lado, en la misma posición, como dos budas.

—¡Qué linda foto, mamá! Nunca me la habías mostrado —dijo—. ¡Qué bien te quedaba el pelo largo y tan lacio!

De repente, Sonia largó la foto como si quemara y clavó los ojos en su hija. Carmen la recuperó y la observó con detenimiento. En esa foto estaban ambas y no sonreían. Sonia era muy joven, más que en las fotos de Mar del Plata. El pelo dorado parecía un manto que la cubría por debajo de los hombros. A su lado, una nena. Las dos paradas, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas juntas.

A Carmen le llamó la atención la solemnidad con la que posaban. No recordaba haber visto tan formal a su madre. Tampoco esas túnicas blancas que vestían. Ni siquiera ese campo en el que parecían estar. No eran las sierras de Córdoba donde se había criado, de eso estaba segura.

—Mamá, ¿dónde estábamos acá? —preguntó confiada. Sonia se llevaba bastante bien con los recuerdos del pasado—. Yo era muy chiquita, tendría unos tres o cuatro años, ¿no?

Sonia se levantó sin abrir la boca y dio unos pasos decididos hasta los estantes que colgaban en la pared. Una caja de madera pintada a mano sostenía una pila de libros, la apartó y la abrió con cuidado. Tanteó el contenido y sacó una cinta negra de la que

colgaba un cascabel de plata. Con una sonrisa se la ató al cuello y salió de la habitación.

El ruido del cascabel le indicó que su madre se alejaba por el pasillo. Carmen siguió toda la escena con estupor y volvió a mirar la foto. Esa nena no era ella.

4

Carmen medía la confianza según la cantidad de promesas cumplidas y Diego Gualdini era un cumplidor compulsivo. Había cumplido hace años, cuando Carmen le rogó discreción absoluta en relación con los desvaríos de su madre; también cuando le juró que ese novio violento nunca más le iba a poner una mano encima y seguía a rajatabla lo que había dicho frente a una torta de chocolate gigante mientras festejaban el primer Martín Fierro de Carmen: «No hay periodismo sin nosotros dos juntos». Y así fue.

Diego Gualdini era mucho más que el productor del programa periodístico que Carmen conducía en el canal de noticias más importante del país; era un amigo, el único que tenía.

Con sus casi dos metros de altura, sus espaldas anchas y sus kilos de más, Diego se hacía notar en todos lados. Algunos le decían «el Gordo»; otros, los que destacaban su piel blanca, su pelo rubio siempre cortado al ras y sus ojos celestes, «el Alemán». Para Carmen era «el Jedi», en honor a los guerreros seguidores del lado luminoso de la fuerza de la película *Star Wars*, de la cual Gualdini era fanático.

Se habían conocido durante las cursadas de Comunicación Social en la UBA, en la época en la que Carmen Hidalgo todavía no era la Carmen Hidalgo que saldría en las revistas. Por entonces, era una chica flacucha y mal vestida que no imaginaba que algún día iba a ser premiada por su labor periodística, ni que sus investigaciones serían elogiadas por sus pares y temidas por cuanto político, jefe policial o persona poderosa se le cruzara en el camino.

El vínculo con Diego se remontaba a un pasado al que, un poco en broma y un poco en serio, Carmen llamaba AF (antes de la

fama). Con él había compartido las monedas para comprar empanadas y algún sánduche que, con una regla y muertos de risa, cortaban con exactitud al medio; el vaso de café, los apuntes y los bolígrafos con las puntas mordisqueadas. Porque no tenían plata y por pura mística. Habían escuchado que los buenos periodistas eran pobres y, como por algún lado había que empezar a ejercer, ellos eligieron ese: la austeridad.

Después de grabar las presentaciones del programa que se emitiría esa noche, Diego interceptó a Carmen en la escalera de la sala de maquillaje. El vestido de lino verde, el colgante de perlas, los polvos y las sombras en el rostro, y, sobre todo, los zapatos de tacos altísimos ponían a Carmen en una sola urgencia: desnudarse de ese disfraz y volver a las calzas y zapatillas. El productor lo sabía y atinó a acompañarla manteniendo un silencio que solo rompería en el exacto momento en el que su conductora preferida, como una Cenicienta de TV, volviera a su carruaje de calabaza.

—Carmencita, tengo unos datitos que quiero compartir con vos —dijo mientras apoyaba sobre el escritorio dos vasos térmicos con un café de dudosa procedencia.

Carmen sonrió. Le hacía gracia esa costumbre que tenía Diego de decirle «unos datitos» a cualquier cosa que tuviera anotada en su libreta: la lista de novedades editoriales del mes, la tabla de goleadores del torneo de fútbol local, las canciones más escuchadas en Spotify o la información de peso a la que casi nadie tenía acceso. Todo era «unos datitos».

—Soy toda oídos, Jedi —dijo masajeándose las sienes.

—Esta tarde me llegó el parte de intervenciones policiales del día y me llamó la atención un hecho en la Recoleta. En realidad —aclaró—, puse el ojo en la dirección porque es la cuadra en la que me crié...

—¡Qué cheto resultaste! Nacido y criado en la Recoleta —bromeó Carmen.

Como si no hubiera escuchado el comentario, Diego se concentró

en la lectura de los datos anotados en su libreta.

—Lautaro Alcántara, dieciséis años. Tomó raticida. Lo encontró la empleada doméstica, estaba tirado debajo de la cama de su habitación —dijo mientras pasaba con rapidez las hojas, tenía la costumbre de escribir una frase por carilla—. No dejó carta de despedida, no se había peleado con los padres, no lo había dejado ninguna noviecita y, según me dijo uno de los polis que llegó primero al llamado del 911, en la escena del hallazgo no había nada que hiciera sospechar de un hecho violento.

—¿La autopsia? —preguntó Carmen sin demasiado interés.

—Intoxicación con Warfarin. Es uno de los compuestos de los raticidas, un anticoagulante...

—Qué muerte de mierda —comentó Carmen.

—Sí, un espanto. El frasco del veneno estaba en su escritorio.

Carmen intentó tragar un sorbo de café. No pudo. El sabor dulzón y tibio le sacó una mueca.

—Más espantoso es tu café, Jedi —bromeó—. No entiendo qué es lo llamativo de este suicidio.

—De tres suicidios —dijo Diego y de inmediato captó el interés de Carmen—. La cosa es así: me dio curiosidad el producto que un chico de clase alta había elegido para matarse y busqué en los archivos de los últimos partes policiales que me mandaron...

—¿Y?

Diego sacó de su mochila una pila de libretas y empezó a leer en voz alta.

—Mariela Romero, quince años. La encontró su hermanito agonizando adentro de la cucha del perro, murió antes de llegar al hospital de La Matanza. ¿Sigo? —preguntó mientras buceaba en sus anotaciones—. Jennifer Balbuena, catorce años. La encontró una vecina en el interior de un ropero, murió en posición fetal. Según las autopsias, los tres se mataron tomando raticida. Tres muertes ocurridas en el último mes.

Diego y Carmen se quedaron sin hablar, como solían hacer

cuando ella enfocaba sus pensamientos en algo y él esperaba los resultados.

—Se esconden para morir —dijo Carmen casi en un susurro.

—¿Cómo?

—El chico de Recoleta muere debajo de la cama; Mariela, en la cucha de su perro; Jennifer, en un ropero.

Hubo un corto silencio. Esta vez fue Diego quien lo rompió.

—Voy a avanzar con esto, creo que es una buena punta para laburar el tema de los suicidios adolescentes.

Carmen estuvo de acuerdo. Se levantó de la silla y, mientras Diego seguía anotando frases en su libreta, se puso a ordenar el bolso enorme con el que cada día iba al canal. Miró la hora en la pantalla de su celular: era tarde. Deseaba llegar pronto a su casa; además, en cualquier momento, la calma de la sala de maquillaje iba a ser invadida por los invitados al programa de entretenimientos de la noche. Metió la mano en el bolsillo externo del bolso para chequear que la billetera estuviera allí y con la punta de los dedos tanteó el borde filoso de la foto. «¡La foto!», pensó. Ya casi se había olvidado.

El primer impulso fue contarle al Jedi el hallazgo que la había sorprendido en la casa de su madre, pero no tuvo ganas. A pesar de ser experta en narrar dolores ajenos, no sabía contar el propio y hablar de Sonia era, de manera inevitable, tener que contar.

—Jedi, me voy. Subo un minuto a la redacción a buscar mi Tablet y huyo por el batitubo.

Diego sonrió, le causaba gracia cuando Carmen hacía algún tipo de referencia a los superhéroes, de los que él no sabía nada de nada.

La redacción estaba casi vacía, solo quedaban los tres productores encargados del noticiero del cable. Aprovechaban la ausencia de los jefes de turno para comer unas empanadas alrededor de la mesa que se usaba para las reuniones. Carmen los saludó con la mano en alto y caminó los metros que la separaban de su escritorio. Desenchufó la Tablet que había dejado cargando y la

metió en el bolso. Sin dudar, sacó del bolsillo la foto que había encontrado en la casa de su madre y la miró detenidamente.

Sonia estaba hermosa. El pelo dorado le daba aspecto de ángel. Clavó los ojos en la nena que posaba junto a ella. Se le parecía bastante, aunque el efecto de ambas vestidas con túnicas blancas confundía. Dio vuelta la foto y repasó la extraña frase escrita con tinta negra y una caligrafía redonda y perfecta: «Los fieles son arcángeles que poseen los rayos de los siete colores, los hijos los heredan». Debajo de la frase, una fecha: noviembre de 1975.

Carmen apoyó la foto en el escritorio y permaneció mirándola un buen rato. Intentó descifrar el lugar en el que su madre y la nena se habían dejado fotografiar, no lo consiguió. Abrió uno de sus cajones y sacó una lupa. Una ONG les había mandado de regalo lupas a los periodistas de todos los medios con la consigna de que miraran a fondo la corrupción. Acercó el vidrio de aumento a la cara de su madre, luego a la de la nena. Ninguna de las dos sonreía, pero tampoco se las notaba enojadas o tristes; simplemente, estaban en un lugar al que no pertenecían, sin rebeldía, con resignación.

Metió la foto entre las hojas del libro que estaba leyendo y cerró con llave los cajones del costado de su escritorio. En su cabeza quedó dando vueltas el tema que había hablado con Diego minutos antes. Para Carmen, el ejercicio del periodismo empezaba en las tripas. Decenas de temas por día llegaban a sus oídos, pero, cuando su estómago se entumecía y una electricidad le corría por el cuerpo, sabía que estaba ante una nota.

Abrió su libreta de apuntes y armó una lista: «Lautaro Alcántara. Mariela Romero. Jennifer Balbuena». Durante unos minutos clavó los ojos en los tres nombres. Respiró hondo. Sintió la necesidad de empezar a investigar en ese mismo instante. Pero, antes de dar un paso, como siempre, le mandó un audio a Diego con la palabra que usaban como clave: «Arranquemos».

5

La puerta de la sala velatoria parecía la entrada a un boliche. La muerte joven ofrece esas imágenes difíciles de olvidar. Tres chicas sentadas en el cordón de la vereda hablaban a la par y, aún así, parecían escucharse; un grupo de cuatro varones apoyados contra la pared compartía cigarrillos y una botella grande de Coca-Cola; otras cinco chicas caminaban mudas por la vereda dando pasitos cortos como si hubiesen tenido un tobillo atado al otro.

A Diego Gualdini le bastó con un vistazo para determinar que estaba frente a adolescentes que experimentaban el desconcierto de quienes estrenan un dolor. Actuaban como si nada estuviera pasando, pero también ostentaban la hidalguía de los que tienen una evidencia: en ciertas circunstancias, llorar no suma. No había lágrimas individuales ni colectivas que pudieran traer de regreso a Lautaro Alcántara, el amigo muerto.

Dos mujeres con la edad suficiente como para ser madres de cualquiera de esos chicos se acercaron al portón de vidrio. Ellas tampoco entraron, se quedaron quietas en la mitad de la vereda.

Diego estacionó su moto a la vuelta de la casa velatoria y guardó en su mochila la identificación de prensa: los periodistas no eran bienvenidos en todos los lugares. Caminó unos pocos metros y se paró cerca de las mujeres. Con el celular en mano, hizo de cuenta que escribía mensajes de WhatsApp.

—Me da mucha impresión entrar —dijo una de ellas con tono apesadumbrado.

—Sí, es horrible, pero hay que darle un abrazo a Susan. Es lo que corresponde —acotó la otra.

«Susan», agendó mentalmente Diego mientras levantaba los ojos

del teléfono. Ambas parecían sacadas de una revista de moda: jeans chupines al tobillo, zapatos chatos de charol, blazers oscuros de buen corte y melenas doradas. Las dos dejaban una estela de perfume intenso y agradable. Diego hubiera jurado que usaban el mismo.

—¿Supiste algo más de lo que pasó con Lauti? —preguntó la que tenía el pelo atado con un moño en la nuca.

—No mucho. Hoy en el golf no se hablaba de otro tema. Fue un suicidio, eso sí. Pero a mí me resulta rarísimo, era un chico fabuloso. Estuvo varias veces en el country y el verano pasado se la pasó jugando rugby en Punta con Tinchito. Nunca vi nada raro, y Tinchito me juró que nada que ver con drogas, ni esas cosas. Rarísimo.

—¡Qué desastre! Mi mucama es la hermana de Etelvina, la mucama de los Alcántara. Parece que la chica lo encontró a Lauti muerto, la llevaron a declarar a la policía. Una cosa de locos.

«Etelvina», memorizó Diego.

Las dos mujeres se quedaron unos minutos conversando, hasta que decidieron entrar juntas en la sala velatoria.

A medida que pasaban las horas, más adolescentes se acercaban a lo que ya era una ranchada en plena calle. Algunos vestían el uniforme del colegio; otros, el de un club de rugby de San Isidro. Diego caminó entre ellos para escuchar las conversaciones, pero no consiguió ningún dato importante. Escupió el chicle y entró.

Mientras subía las escaleras de mármol, no pudo evitar recordar la cantidad de veces que había pasado por situaciones similares. Su primer trabajo había sido como asistente de producción de Héctor Solari, un legendario periodista de crónicas policiales, quien, además de tener su espacio en el diario más vendido, conducía un programa de televisión en horario central. Como en cualquier trabajo, Diego tuvo que pagar el derecho de piso: era el encargado de recorrer velatorios y entierros para conseguir la foto del muerto del día. En esa época, no había redes sociales y buscar material

para el programa era una tarea artesanal. No había cementerio que no conociera como la palma de su mano ni ritual mortuorio que le fuera ajeno. Podía diferenciar, solo por el olor, claveles de calas; adivinar el precio de cada una de las coronas de flores dispuestas contra la pared; distinguir quiénes eran deudos dolientes y quiénes de ocasión, y hasta recitaba de memoria los responsos, como si hubiese sido el encargado de escribir la liturgia de los muertos.

La sala en la que velaban a Lautaro Alcántara era la primera de un corredor largo al final de la escalera. Diego entró y se sentó en la esquina de un sillón de cuero para pasar desapercibido; en la otra punta, una señora mayor acariciaba con unos dedos torcidos las bolitas de un rosario.

A pesar del esfuerzo inútil por querer susurrar, el vozarrón de un hombre quebró la reserva del momento. Era alto, con una espalda anchísima y una mata de pelo blanco despeinado; de no ser por el traje de lino azul impecable, cualquiera lo hubiera confundido con un granjero. Los movimientos de sus manos seguían el ritmo de sus palabras. Otros dos hombres, casi tan enormes como él, lo miraban atentamente. Los tres llevaban prendidos en las solapas los pins con el escudo del equipo de rugby al que habían pertenecido de jóvenes, como el chico que estaba en un cajón en la salita lindante.

—Yo ahora me voy a quedar en el molde porque tengo que sostener a Susan, pero le voy a patear la puerta al juez. Quiero saber qué pasó. No creo que mi hijo se haya matado. Es imposible, Serafín, imposible.

—Sí, Pacho querido, hacés bien. No te podés quedar con ninguna duda —concedió el que parecía más expresivo mientras le ponía una mano en el hombro.

—Es que no tengo dudas. Mi hijo no se mató.

El tercero de los hombres no hizo ningún comentario. Pachó siguió:

—Susan me contó que Lauti andaba con una chiquita que conoció por Facebook. Yo nunca la vi. Se los encontró hace unos

días en la heladería de la vuelta de casa. Volvió furiosa, pero no me quiso decir demasiado. Celos de madre, qué sé yo... Me dijo que se llama Malú.

—¿Qué nombre es ese? —preguntó Serafín.

—No sé, supongo que es un apodo. Voy a intentar ubicarla, también quiero hablar con los chicos del colegio y con los del club.

Ambos amigos pusieron a sus hijos a disposición de Pacho Alcántara. Y Diego sumó otro nombre a su lista: «Malú».

Durante un buen rato el tránsito de gente fue tranquilo, pero incesante. Dos empleadas del lugar ofrecían café y unas galletitas pequeñas de limón que fueron aceptadas por todos entre lágrimas, abrazos y susurros contenidos.

Diego no quiso entrar a la salita donde estaba el cajón, asomarse a la puerta fue suficiente. No tuvo dudas de que la mujer sentada en una silla era la madre de Lautaro. Con una mano sostenía una Biblia chiquita, la otra estaba apoyada en la madera lustrosa del lugar en el que yacía su hijo de quince años. Era una mujer joven. El pelo rubio larguísimo se veía opaco. Ni el bronceado de su piel ni el vestido blanco con volados podían ocultar lo obvio: la madre de Lautaro era una mujer marchita.

Una voz ligera sacó a Diego de sus cavilaciones.

—Permiso, señor.

—Sí, pase. Disculpe...

La mujer le acercó a Susan un vaso con agua y le puso en la palma de la mano un comprimido. Tragó la pastilla a secas, apretando los párpados.

—Gracias, Etelvina —dijo sin mirarla y le pidió que fuera a buscar a Pacho, su marido.

Diego siguió a Etelvina por la sala principal, pero uno de los amigos de Pacho Alcántara le interceptó el paso.

—¿Vos quién sos, pibe? —preguntó mientras con una mano de oso le apretaba el brazo.

—Diego Gualdini.

—¿De dónde sos? ¿Sos pariente de los Alcántara?

—No, mi hermano juega rugby en el club de San Isidro —mintió Diego.

—Gualdini, Gualdini... No me suena, pero la verdad es que estoy muy shockeado con todo esto. Disculpame...

—No hay problema, estamos todos en la misma.

Se despidieron con un leve movimiento de cabeza. Diego apuró el paso. Etelvina estaba hablando por teléfono en el fondo del pasillo. La conversación duró unos pocos segundos, los mismos que tardó Diego en plantarse frente a ella.

—¿Usted es Etelvina, la empleada doméstica de los Alcántara? —preguntó imperturbable.

—Sí —contestó la mujer con el ceño fruncido.

—Mi nombre es Diego Gualdini, soy periodista.

La piel blanquísima de Etelvina se sonrojó de golpe, sus ojos achinados se achinaron más aún. Acostumbrado al efecto de la palabra *periodista*, Diego siguió con lo suyo.

—Trabajo en el programa de Carmen Hidalgo. Estamos haciendo un informe sobre suicidios adolescentes. El caso de Lautaro nos llamó mucho la atención porque no parece haber tenido ningún problema, parecía un chico feliz...

—No era feliz.

Diego se quedó sin palabras.

—Era un niño encantador —siguió Etelvina sin bajar la mirada —, pero no estaba bien.

—¿Tenía problemas con Malú? —arriesgó Diego.

Etelvina volvió a fruncir el ceño y se corrió un flequillo corto que no le tapaba los ojos. Unas gotas de sudor brillaban en su frente.

—Tengo que ir a buscar al señor Pacho. Le pido por favor que me deje pasar.

—¿Usted la conoce a Malú? —insistió.

—Permiso, señor periodista. Me tengo que ir.

Diego la dejó pasar y decidió salir del velatorio.

Con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha fue a buscar su moto. En el camino, se tentó con los panchos y las gaseosas que vendían en el kiosco, justo frente a donde la había estacionado. Estaba inquieto, pero atribuyó la sensación al cansancio. Había amanecido a las seis de la mañana y el día había sido fatal.

Mientras masticaba una salchicha de dudosa procedencia, se puso a navegar con su teléfono por las redes sociales. Se metió en Facebook y buscó a Lautaro Alcántara. Encontró a tres personas con el mismo nombre, dos eran de Perú. Entró en el perfil del tercero. La foto no dejaba dudas: el chico posaba con el uniforme del club de San Isidro y una pelota de rugby bajo el brazo. Diego recordó una nota que había escrito para un blog en la que alertaba a los usuarios de Facebook sobre los peligros de mantener sus perfiles sin seguridad, públicos, al alcance de cualquiera. Por suerte, pensó, Lautaro no la había leído o no le había hecho caso. Pudo meterse en los álbumes, no había muchas fotos. La mayoría era con sus amigos del colegio, dos con Susan y una con su padre Pacho.

Los primeros mensajes eran todo lamento. Decenas de conocidos volcaban sus sentires en el muro del chico muerto: «Dios te tenga en la gloria», «Que descanses en paz», «Que la Virgen les dé fuerzas a tus padres en este momento tan difícil», «Nunca te voy a olvidar», «Tu sonrisa nos iluminará siempre». Diego se mordió el labio y movió la cabeza, indignado. Nada le daba más bronca que el dolor a cielo abierto. Pasó rápido los mensajes para no ponerse más furioso y le dedicó unos minutos a los últimos posteos de Lautaro.

La semana anterior había estado en el show de un DJ de moda, dos videos cortos lo confirmaban. La foto de una parrilla con carne y pollo humeantes certificaban un asado con su familia en el country. Una imagen de su perro Toby, otra de su gato Canapé y, de repente, ella: Malú. Limpió la pantalla con una servilleta de

papel y agrandó la foto. Diego no recordaba haber visto nunca a una adolescente tan hermosa.

—Señor, ¿va a querer algo más? —dijo el kiosquero truncando sus pensamientos—. En un rato ya cerramos. Esta zona de noche se pone bastante jodida y nos entraron a afanar varias veces.

—No, no —contestó Diego mientras guardaba el celular y la libreta en el bolsillo trasero del pantalón—. Ya me estaba por ir.

Apuró de un trago el resto de Coca-Cola que quedaba en el vaso de plástico, pagó la cuenta y salió a la calle. Antes de ponerse el casco, sacó su celular y, desde el Facebook de Lautaro Alcántara, buscó el de Malú. Otra que no había leído su nota. Fue a la opción de enviar mensajes y tecleó un par de frases. Ahora solo quedaba esperar.

6

El edificio del hospital de La Matanza es un universo en sí mismo, una especie de «otro planeta», con horarios, códigos y movimientos paralelos al mundo que habitan las personas que no lo necesitan. En los pasillos que unen consultorios, ascensores y salas de guardia, siempre hay gente; no existe diferencia entre el día y la noche. Allí, el paso del tiempo no lo marca el sol ni la luna, sino la vida y la muerte.

El médico de guardia que había firmado la defunción de Mariela Romero trabajaba en el turno de la noche. Un empleado de seguridad, sin dejar de tomar un mate bastante lavado, le informó a Carmen que el doctor Uriarte estaba en el shockroom. El choque entre un colectivo de la línea 620 y un auto había terminado con varios pasajeros en la sala de emergencias.

Carmen no podía dejar de pensar en Mariela Romero ni en las circunstancias que habían llevado a una chica de quince años a elegir morir dentro de la cucha de su perro. Mientras subía las escaleras guiada por los carteles, recordó que ese lugar había sido el escenario de su primer informe periodístico para la televisión, cuando todavía no existía Internet. Un llamado telefónico había dado la alerta en la redacción: el hospital de La Matanza estaba saturado de gente. Madres con niños y bebés llegaban desesperadas y no había lugar para atender a todos. Mientras los productores trataban de chequear el dato y se encontraban con autoridades que negaban la información, Carmen decidió pedir un remis e ir a ver lo que estaba pasando.

El denunciante anónimo no había mentido. Centenares de personas se agolpaban en las escalinatas de la entrada, los pasillos,

el gran hall y hasta la explanada por donde ingresaban las ambulancias. Mientras esperaba a su camarógrafo, Carmen hizo lo que tenía que hacer: preguntar. Una contaminación accidental en la red de agua potable de la zona había ocasionado el desastre. Decidió salir por teléfono con la información urgente. La repercusión de la pantalla del canal de noticias para el que trabajaba fue inmediata. Para cuando los demás medios llegaron al lugar, Carmen ya tenía grabada más de una hora de material con entrevistas a pacientes y a los médicos. Ese día Carmen Hidalgo empezó a convertirse en la periodista estrella que, en breve, todos admirarían.

Al final de las escaleras había una sala de espera bastante grande y nueva. Las paredes estaban recién pintadas y las baldosas blancas del piso brillaban. Dos mujeres esperaban sentadas en sillas de plástico negro; una de ellas tenía el brazo derecho enyesado, y la otra, una venda en la frente. Carmen caminó hasta el fondo. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta del shockroom, una enfermera le frenó el paso.

—Hasta acá llegó. La sala es solo para personal del hospital —dijo.

—Estoy buscando al doctor Uriarte, ¿lo conoce? —preguntó Carmen haciendo uso de su herramienta favorita: la sonrisa de niña inofensiva.

—Claro que lo conozco. Está en el primer piso, en la cafetería del fondo. Tuvo una noche complicada.

Carmen desanduvo el recorrido que acababa de hacer. La cafetería era, en realidad, una ventana con una pequeña barra de madera de pino que alguien había pintado de un verde chillón. En un costado, un cartel escrito a mano promocionaba café con dos medialunas y té con una porción de budín. Apoyado contra la pared, un hombre vestido con un ambo color celeste daba cuenta de la segunda posibilidad de desayuno. No aparentaba tener más de treinta años, aunque sus ojeras oscuras enmarcaban unos ojos

celestes que parecían haber recorrido más de una vida.

—¿Doctor Uriarte? —preguntó Carmen mientras se acercaba.

El médico ratificó con un movimiento de cabeza, no por falta de educación o desinterés: el budín, bastante seco, se le había atorado en la garganta. Ambos sonrieron y esperaron que un trago de té permitiera subsanar el inconveniente.

—Sí, sí, soy Uriarte y juro no comer más este budín. Fue una noche larga —dijo—. ¿En qué la puedo ayudar?

Carmen le tendió la mano y se presentó.

—Estoy trabajando sobre suicidios adolescentes y tenemos el dato de que usted recibió en la guardia hace poco a una menor llamada Mariela Romero...

—Sí, me acuerdo perfectamente. Llegó muerta, no pude hacer nada. Una intoxicación feroz.

—¿Raticida?

—¿Usted es la de la tele?

Carmen asintió y Uriarte retomó el tema.

—Sí, sí, raticida. Había ingerido una dosis muy alta. Lo confirmaron la autopsia, la investigación policial, todo —dijo mientras terminaba de tomar el té. Luego tiró el vaso de plástico en una caja de cartón que oficiaba de tacho de basura y agregó—: Fue muy triste comunicarle el fallecimiento a la madre. Siempre es difícil. La señora estaba convencida de que a su hija la habían matado.

—Vine hasta acá porque en el parte policial no figura la dirección de la casa de la familia de la chica, supongo que porque murió en el traslado —dijo Carmen y, tras una breve pausa, preguntó con un tono de voz bajo, para generar un clima de complicidad—: ¿Existe la posibilidad de que usted me pueda ayudar con eso?

El doctor Uriarte no contestó. La miró durante unos segundos y con un gesto le pidió que lo siguiera. Avanzaron unos metros y atravesaron un portón verde que se abrió cuando el médico apoyó

su credencial en el lector.

La zona exclusiva del personal del hospital era distinta al resto del edificio. El ambiente no olía a esa mezcla desagradable de desinfectante y encierro; el piso era de madera pulida; las paredes estaban decoradas con cuadros de colores vivos y, en el fondo del corredor, una sala enorme y bien iluminada se lucía con una mesa de hierro y mármol. Uriarte sacó un manojito de llaves de una mochila de cuero que colgaba de un perchero y abrió la cerradura del primer cajón de un mueble de acero inoxidable.

—¿Cómo se llamaba la chica? —preguntó—. Atiendo a tantos pacientes que se me olvidan algunos nombres.

—Mariela Romero —contestó Carmen.

El médico fue rozando con sus largos dedos los dobleces de las carpetas guardadas en el fichero y detuvo el movimiento acompasado sobre una de cartulina celeste.

—Acá está —exclamó—. Romero, Mariela Ana. Quince años.

En una de las hojas del recetario anotó con letra despareja una dirección y se la alcanzó a Carmen.

—¿Es común que las personas se suiciden con raticidas? —dijo ella.

—Alguien desesperado agarra lo que tiene a mano. El envenenamiento es una de las tantas maneras que eligen los suicidas, tal vez ignoran que no siempre es la más efectiva. He salvado muchas vidas gracias a las malas elecciones de los métodos, pero en este caso... —Abrió la carpeta y releyó a saltos el informe de la autopsia hasta dar con el dato que buscaba—. La dosis fue alta.

Al despedirse, Carmen le agradeció la gentileza. Caminó unos pasos, recordó algo y regresó.

—Doctor, disculpe. ¿Por qué la madre de Mariela Romero dijo que a su hija la mataron?

—Por un lado, creo que puede ser porque ninguna madre acepta que un hijo haya decidido suicidarse. Algo de culpa... no sé.

—¿Y por el otro lado? —insistió Carmen.

Uriarte sonrió con disimulo, le gustaban las mujeres que ordenaban los datos de una conversación sin dejar escapar los detalles.

—Recuerdo que la señora hacía hincapié en algo que había dicho su hijito menor.

—El hermanito fue quien encontró a Mariela en la cucha del perro, ¿no?

—Exacto. Las enfermeras le dieron una gaseosa y un alfajor, y hasta una psicopedagoga charló con él, más no supe. Mi objetivo era salvarle la vida a Mariela —dijo el médico y bajó la mirada—. Lamentablemente no lo conseguí.

Carmen se despidió por segunda vez. Avanzó por el hospital hasta llegar a una playa de estacionamiento enorme. Se sentó dentro de su auto y clavó los ojos en el papelito donde el doctor Uriarte había escrito la dirección de Mariela Romero. Se abrochó el cinturón de seguridad, puso primera y arrancó.

7

Paró el auto en una calle de tierra y evaluó las posibilidades. No eran muchas, solo dos: avanzar a riesgo de quedarse varada en los charcos profundos que las lluvias de los últimos días habían dejado en el barrio o estacionar en la parte más alta, sacar las botas de goma que siempre llevaba en el baúl y caminar. El GPS del teléfono indicaba que había siete cuadras hasta la casa de Mariela Romero. Comprobó que en su bolso estuviera su lapicera y su libreta de apuntes, y metió el celular en un bolsillo interno. No necesitaba nada más.

Paso a paso iba hundiendo las botas en el barro. No le molestaba, hasta le provocaba una sensación agradable. A medida que avanzaba, las casas eran más precarias. En las primeras cuadras, todas tenían las fachadas pintadas de un celeste muy claro, como si los vecinos se hubieran puesto de acuerdo. Más adelante, las paredes se veían desnudas, con los ladrillos al descubierto; el cemento que los sostenía sobresalía desprolijo, como si fuera crema en una torta mal hecha. Sin embargo, todas las casas tenían rejas en las puertas y ventanas. «La seguridad de un barrio se evalúa según cuán enrejados estén sus habitantes», le dijo en una oportunidad un concejal del conurbano. Carmen siempre reparaba en ese detalle.

La casa de Mariela Romero estaba en el fondo de la calle, pegada a un paredón de cemento; del otro lado, se veían los galpones del ferrocarril. Carmen buscó sin éxito el timbre, tocaba golpear sobre la puerta de chapón pintada de verde. Al primer golpe, reaccionaron los perros; los ladridos agudos le quitaron las ganas de seguir insistiendo.

—¿Quién es? —gritó una mujer y abrió la puerta antes de recibir

una respuesta.

—Hola, mi nombre es Carmen Hidalgo...

—Sí, la conozco. Usted es la de la tele.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

La puerta comunicaba directo a un living grande, con demasiados muebles. A pesar del polvillo que largaban las paredes sin revocar, la casa estaba limpia y ordenada. Sobre la mesa había cuadernos, una cartuchera con lápices de colores y un libro de ejercicios con una tarea escolar apenas hecha.

—Mariela era mi hija mayor —arrancó la mujer—. Imagino que usted se vino hasta acá para hablar de ella, ¿no?

—Sí, estoy trabajando en un informe sobre suicidios adolescentes...

—Mi hija no se suicidó —corrigió—. Si usted cree que Mariela se mató, no tenemos nada más que hablar.

Con un gesto, Carmen pidió permiso para sentarse en una de las sillas de madera que rodeaban la mesa. No esperó la autorización: se acomodó, corrió los lápices de colores y sacó su libreta de apuntes.

—Según la policía y el médico que atendió a Mariela, fue un suicidio, pero yo estoy acá porque me interesa saber el motivo de sus dudas.

La mujer se limpió las manos con el delantal de cocina que tenía anudado en la cintura y tomó asiento junto a Carmen.

—Marielita era normal. Tenía sus caprichos como toda piba. La vida en este barrio no es fácil. Hay mucha droga, mucho pibe chorro y mucha pobreza. Ella me pedía cosas lindas que yo no le podía dar. A veces quería zapatillas de marca o alguna ropa para salir. —Hizo una pausa y continuó—: Esos eran sus problemas, otros no tenía. Nadie se mata por eso.

—¿La notó rara antes de que apareciera muerta? —Carmen se cuidó de no volver a usar la palabra *suicidio*.

—Sí, estaba más calladita y no me peleaba tanto. Se había volcado mucho a la iglesia.

—Cuando vine por la ruta, vi una parroquia cerca. ¿Mariela iba a esa?

—No, no. A otro tipo de iglesia, creo.

Carmen hizo un gesto de no entender.

—Yo no sé mucho de esas cosas, pero venga a la pieza de Marielita. Usted estudió y seguro algo entiende.

Caminaron por un pasillo largo y cruzaron la cocina; en una cacerola enorme, se estaba cocinando lo que olía como un guiso. Las tripas de Carmen rugieron, tenía hambre. Salieron a un jardín con una parte de tierra y otra de pasto crecido; del otro lado, una especie de quincho era el cuarto de las nenas. Antes de entrar, Carmen se detuvo de golpe: en el medio del terreno estaba la cucha del perro.

—¿Fue acá, no? —preguntó a media voz.

Había sido ahí. La cucha era grande, de madera, con forma de casita. Carmen no pudo evitar asomarse. Adentro había una manta de lana vieja y, en una esquina, un tarro de plástico vacío.

—El perro no está más —dijo la madre de Mariela.

Carmen desechó esa información. Estaba tratando de imaginar de qué manera había aparecido el cuerpo agonizante de la chica. ¿Se había acurrucado para entrar por completo dentro de la cucha? ¿Se había recostado mitad afuera, mitad adentro?

—Venga, no me gusta estar cerca de la cucha.

El cuarto de Mariela estaba tal cual lo había dejado: la cama sin hacer, un jean tirado a un costado, las puertas de un ropero de madera abiertas de par en par y, sobre un silloncito, una pila de ropa arrugada.

Algunas de las manchas de humedad de las paredes estaban tapadas con pósteres de estrellas pop juveniles pegados con cinta aisladora negra. En el techo, había una foto gigante de Lali Espósito. Su sonrisa era lo último que Mariela veía antes de

dormirse y lo primero, al despertarse.

—¿El veneno para ratas estaba en esta casa? —disparó Carmen aprovechando la vulnerabilidad de la mujer dentro de ese nido que había sido de su hija.

—No, acá no hay ratas. No sé de dónde lo sacó.

—¿Cuál es su teoría con respecto a la muerte de Mariela?

La mujer se sentó en la cama y abrazó la almohada, por unos segundos se la acercó a la nariz como si quisiera recuperar el olor de su hija.

—Yo creo que la mataron. No digo que alguien haya entrado acá para asesinarla, no. Lo que creo es que alguien le metió cosas en la cabeza. Yo anduve averiguando por el barrio. Andaba con unos amigos nuevos que no eran de acá. Pero más no pude saber. La gente dice muchas pavadas, ¿vio?

Carmen no escuchó la última parte de la respuesta. Por la ventana que daba al patio pudo ver una situación que le heló la sangre. Salió disparada hasta la cucha del perro. Un nene chiquito se había metido y estaba recostado sobre la manta de lana vieja, llena de pelos.

—¿Qué hacés acá? —preguntó Carmen mientras se agachaba—. ¿Te sentís bien?

A sus espaldas la voz de la mujer la sorprendió.

—¡Gastón, salí de ahí! Es la última vez que te lo digo, ¿me escuchaste?

El nene salió caminando en cuatro patas, se paró y se sacudió la tierra y los pelos de la ropa. Era bastante alto para su edad, había pegado un estirón de un día para el otro. Las botamangas de los pantalones de corderoy azul no le llegaban a los tobillos y las mangas de la polera roja estaban deformadas de tanto estirarlas para que cubrieran sus muñecas. El pelo negro brillaba con destellos azules, como si fueran las alas de un cuervo. Los ojos oscuros estaban hinchados, había llorado. Miró a Carmen con una mezcla de cautela y curiosidad.

—Hola, me llamo Carmen. ¿Cuántos años tenés? —se presentó.

—Tengo seis.

—Desde que Gastoncito encontró a Marielita en la cucha no para de meterse ahí adentro a cada rato —explicó la madre como si el nene no estuviera presente— y de dibujar arcoíris por todos lados. La psicóloga del hospital me dijo que lo tenía que llevar más seguido, pero a veces no puedo.

Gastón no le sacaba los ojos de encima a Carmen. La ropa, el pelo, las uñas esmaltadas, el anillo de acrílico azul; parecía encandilado.

—¿Te gusta este anillo? —Al nene se le iluminó la mirada—. Te lo regalo.

—No, no, no —dijo la madre—. No se deje conmover con este chico. Siempre hace lo mismo. Basta, Gastoncito, terminala.

A Carmen solo le quedaba una pregunta por hacer. Su oficio le había enseñado que asegurarse una respuesta, muchas veces, tenía más que ver con la ocasión que con la duda. Era el momento. Se agachó para quedar a la altura del nene.

—Gastón, me dijo un doctor que cuando encontraste a Mariela en la cucha dijiste algo.

El chiquito miró a la madre pidiendo autorización para hablar, pero ella no dijo nada.

—Sí, dije algo importante.

—¿Me lo querés contar? —insistió Carmen.

El nene cerró los ojos como haciendo memoria. Los abrió de golpe y con una media sonrisa recitó:

—Los fieles son arcángeles que poseen los rayos de los siete colores, los hijos los heredan.

8

No era repulsión, tampoco odio. Urko manejaba una hostilidad calma que arrasaba con la figura del otro. Cuando él aparecía, todos se quedaban callados, con la sensación de haber sido descubiertos. Si Urko hubiera sido esmirriado, petiso o de aspecto frágil, nada habría cambiado. Pero él le dedicaba gran parte del día a no serlo, creía que su imagen tenía que empatizar con su interior guerrero. Porque Urko era un guerrero.

La rutina empezaba antes de que saliera el sol; invierno o verano, lo mismo daba. Saltaba del catre y caía con todo el peso de su cuerpo sobre las manos. Sostenido con los antebrazos y las puntas de los pies, mantenía durante diez minutos una plancha que le arrancaba las primeras gotas de sudor del día. No tenía reloj. Había aprendido a contar los minutos y las horas con la anarquía de quien no sabe cómo gastarlos. Podía medirlos por la llegada del camión de la lavandería y el rato que tardaba en recorrer el camino externo del edificio hasta la ruta, o por la cantidad de cucharadas necesarias para vaciar el plato de guiso. Esas eran dos de las unidades de medida a las que recurría.

Flexiones de brazos y saltos en el lugar completaban la práctica física de la mañana; por la tarde, era el momento de correr alrededor de la cancha de fútbol.

Una vez por semana le tocaba enfrentarse a la máxima verdad: el turno de la pelea. Podía ser un lunes, un martes o un domingo; el día era lo de menos, pero tenía que ser de madrugada. Unas horas antes de la cita, empezaban a circular los rumores. Solían comenzar en el área de carpintería; entre martillazo y martillazo contra maderas duras y secas, avanzaba la información. El dato preciso,

como si fuera un chorro de agua imparable, corría por cada rincón del Complejo Penitenciario Federal de Devoto.

La noche indicada, a la hora indicada, los internos se juntaban en el patio. Algunas veces los iluminaba la luna; otras, algún encendedor o la lumbre de varios cigarrillos. Salvo las ocasiones en las que algunos guardiacárceles se sumaban al espectáculo y prestaban sus linternas, el escenario se asemejaba más a un rejunte de zombies marginales que a lo que realmente era: un espacio armado en la clandestinidad para disputarse el poder.

La comunidad carcelaria se dividía en dos grupos bien definidos. Los Matanceros estaba formado por los antiguos del penal, los que más habían pasado tras las rejas. Aunque algunos de sus miembros acababan de llegar, tenían condenas más altas y los delitos más violentos sobre sus espaldas. Los otros se hacían llamar Los Guachines; la mayoría apenas pasaba los veintiún años y estaban detenidos por delitos de poca monta, cometidos con el único fin de comprar drogas. Urko no pertenecía a ninguno de los dos grupos, no reconocía ningún orden social, vivía su propio apocalipsis. Sin embargo, dejaba el ostracismo para acudir a cada cita. Tenía el don de las peleas.

Una sola vez resultó herido. Machuca, el líder de Los Guachines, lo atacó por la espalda cuando el round había terminado. «Conmigo no se jode», le gritó en el oído mientras le dobaba el brazo sin piedad. Urko no se movió, no reaccionó, no intentó sacárselo de encima. Enseguida comenzó a correr la leyenda de que no sentía dolor, detalle que lo convertiría en un semidios. Como toda leyenda, era mentira. Urko sintió mucho dolor, pero supo disimularlo. Se quedó quieto, concentrado en la transpiración que corría por su frente, sus axilas y su espalda. Ni siquiera parpadeó cuando escuchó el ruido del hueso al romperse como si fuera de cristal. Esa madrugada perdió la pelea, pero ganó algo mucho más importante: el respeto de la comunidad carcelaria, hasta el de los guardiacárceles que solo atinaron a meterse cuando

vieron el hueso del brazo de Urko rasgar la piel como si fuera una gelatina sanguinolenta.

En la cárcel las sensaciones suelen desdibujarse. El aburrimiento se confunde con el odio; la frustración, con la venganza; y el respeto, con el miedo. Y a Urko se le temía. Mantenía con obsesión su higiene y su corte de pelo al ras. Nadie recordaba haberlo visto sin afeitar. Incapaz de reaccionar de manera violenta, adhería a la idea de cultivar el odio, los planes o las estrategias de supervivencia en secreto. Nadie sabía qué delito lo había llevado tras las rejas ni cuánto le restaba por pasar a la sombra. Cuando alguno de sus compañeros preguntaba, la respuesta era la misma: «Me queda mucho, por suerte. Acá soy feliz». Las dos afirmaciones eran ciertas. Urko no mentía.

—¿Qué te pasa? ¿No podés dormir? —preguntó Seferino Arcade, un asesino condenado a perpetua por matar a martillazos a su mujer.

—Hay noches que son muy largas —contestó Urko sin sacar los ojos de una de las tantas manchas de humedad del techo.

Además de la celda, Seferino y Urko compartían las milanesas, los bizcochuelos y alguna que otra factura que la hermana del feminicida traía cada domingo de visitas. A cambio de esos alimentos que cotizaban como oro, Urko le ofrecía protección. Los mata-concha —así se apodan en la cárcel a los que asesinan mujeres— no son bienvenidos en la comunidad carcelaria.

Con Urko nadie se metía, sobre todo desde que había empezado a trabajar en la biblioteca del penal. Corría el rumor de que quienes lograban salir del pabellón de carpintería o del taller en el que los presos reparaban los motores de los camiones penitenciarios tenían algún arreglo con el director del penal. Urko lo había conseguido por una razón mucho más simple: el brazo quebrado lo había dejado inhabilitado durante meses para tareas manuales. De todas maneras, no solo no le importó desmentir el rumor, sino que se encargó de alimentarlo. Gracias a esa estrategia, consiguió que su

fama llegara a cualquier rincón del penal. No tenía que hablar ni demostrar nada, solo dedicarse a evaluar el esfuerzo que hacían los otros para congraciarse con él.

—Si querés me levanto y preparo unos mates —dijo Seferino—. Tengo un paquete de yerba sin abrir, de la buena.

Seferino tomó el silencio de Urko como un sí. Calentó en una pava eléctrica destartada el agua que había quedado de la tarde, abrió el paquete de yerba que tenía escondido debajo del catre y, con la habilidad de quien adquiere un oficio a fuerza de repetirlo durante horas cada día de su vida, armó un mate con la cantidad justa de todo; hasta la temperatura del agua era perfecta. Sorbió la bombilla con ruido y tomó el primer mate, ese que suele ser el más amargo, el peor. Urko tomó el segundo. El paso del líquido caliente por su garganta lo calmó por un instante. Estaba intranquilo, era eso lo que no lo dejaba dormir: una revolución solapada que se ubicaba en la boca del estómago y subía hasta su cabeza.

Dejó el mate en el piso, al costado de su cama: quería que Seferino tuviera que agacharse para levantarlo. En esos pequeños detalles, también se escondía su poder. Sacó una llave de bronce que tenía guardada en un tajo disimulado en el colchón y en short, remera y descalzo como estaba, abrió la puerta de la celda. Salió y volvió a cerrarla dejando a su compañero adentro.

Fue hasta su lugar de trabajo carcelario, la biblioteca, por un corredor iluminado por luces blancas que nunca se apagaban. El sitio era espacioso, las paredes estaban revestidas de estantes de madera que habían hecho los reos del taller de carpintería. Hacía poco que se habían llenado con los libros aprobados por el control de contenidos que aplicaba, riguroso, el jefe del penal. Nada de lecturas sobre ningún tipo de violencia, nada de sexo, nada de guerras, nada de cuestiones que tuvieran que ver con armas. En el centro, había una mesa de metal enorme rodeada de sillas de plástico blanco. Tres horas por día, se sentaban allí los presos de la unidad universitaria. Esos eran los que justificaban el trabajo de

Urko.

Llegaban un rato después del desayuno y hacían una fila ordenada frente al escritorio donde Urko los esperaba. Muchos estudiaban porque nunca lo habían hecho y creían que era la manera de salir del delito; otros usaban el recurso para que en un futuro, que soñaban cercano, les dieran los famosos certificados de buena conducta, el pasaporte soñado para acceder a algún beneficio de libertad.

Urko tomaba nota del libro que cada uno solicitaba en fichas de cartón y controlaba que los plazos de lectura no excedieran los siete días. También se encargaba de recuperarlos, a veces por las buenas, a veces a los golpes. Nunca prendía las luces para llegar a su escritorio; cada tanto, caminaba hacia allí con los ojos cerrados, un ejercicio que practicaba como desafío.

Urko no necesitaba que ningún guardiacárcel le firmara la buena conducta ni que un juez diera la orden de dejarlo libre, tampoco quería salidas transitorias ni libertad condicional. No tachaba en ningún calendario los días que le faltaban para cumplir la condena. Para él, el pase a la libertad estaba compuesto por números y letras: V7L7I7I7. Como solía hacer, esa noche se sentó en su silla, prendió la computadora y tecleó la clave. La pantalla se iluminó. Era libre.

Le duró poco. Una mano firme se apoyó en su espalda. Urko sintió entre los omóplatos el contorno de fuego: la palma, cada uno de los dedos, las yemas, todo quemaba. Se levantó de un salto de la silla y giró su torso hasta que quedó frente a frente con el dueño de la mano ardiente.

—Eh, eh, Urko, calmate, muchacho. Mirate la jeta, parece que hubieses visto a un fantasma.

—No me vuelvas a tocar la espalda.

—Bueno, bueno —dijo el guardiacárcel Sanabria. No le quedaba otra que asumir el terror que le causaban las reacciones del interno —. Estaba haciendo la ronda y noté que había alguien en la

biblioteca. Tuviste suerte. Si el turno lo tenía el agente Rivaldo, te comías una semana en el buzón. Ya sabés que no podés estar acá fuera de horario. ¿Tantas ganas de meterte en quilombos tenés?

Como respuesta, Urko apagó la computadora y enfiló para la salida. Sanabria decidió escoltarlo hasta la celda, no confiaba en la repentina docilidad del muchacho.

Caminaron a través de las galerías iluminadas por bombitas de luz de bajo consumo. El sonido de los pasos de ambos se unió a los murmullos y ronquidos del resto. A lo lejos, se podía escuchar una radio que siempre pasaba cumbia. Durante la noche, la seguridad del penal era más estricta. En las horas blancas, los presos pensaban en todo lo que habían perdido y probablemente nunca recuperarían: los afectos, el sexo, los hijos. La frustración de no poder volver el tiempo atrás impactaba de maneras distintas. Algunos lloraban o mordían la almohada de impotencia; otros buscaban descargar la ira en las celdas vecinas; eran menos quienes fantaseaban con planes de fuga que nunca, o casi nunca, se concretaban.

Urko esperaba las noches para colarse en la biblioteca. Estaba acostumbrado a dormir poco, su cuerpo podía funcionar sin haber dormido. Desde muy chico había sido criado bajo normas rígidas: poca comida, poco descanso y mucho esfuerzo físico. Siempre se consideró un ser superior, nunca llegó a entender cómo dos personas débiles y comunes como sus padres habían logrado engendrarlo.

Su madre, Anahí Larralde, nació en una familia acomodada de la provincia de Buenos Aires y fue criada en el casco de un caserón en el medio del campo. Desde pequeña, la pasión por los caballos que su padre criaba en el haras familiar la llevó a ganar varios concursos hípicas en distintas ciudades del país. Mucho después de que Anahí se fugara, en los círculos sociales más altos se siguió hablando de la estirpe de esa amazona adolescente que montaba a su yegua con una elegancia casi erótica. Nadie olvidó jamás aquel

domingo de primavera, cuando Anahí entró en el picadero del Club Alemán de equitación y franqueó varios obstáculos de barras sin cometer ninguna falta, ningún derribo.

Pero no fue la excelencia ecuestre lo que quedó en la memoria de todos. Esa tarde la chica rompió con las normas estéticas conocidas. Había teñido las crines de su yegua de distintos colores: mechones rojos, naranjas, amarillos, verdes, azules, índigos, violetas. Todos aplaudieron de pie en las gradas la entrada del animal en la pista. Anahí montaba con los clásicos pantalones bridge blancos, una camisa de color celeste cerrada hasta el cuello y el casco del que se escapaba una melena negrísima y brillante que le cubría casi toda la espalda. Fue la última vez que la vieron.

El padre de Urko había nacido del otro lado del mostrador. Leonardo Rojas no era el que montaba los caballos ni el que ganaba premios haciéndolos saltar con elegancia. Era el que barría con un cepillo de alambre la bosta, los manguereaba cuando volvían sudados de los entrenamientos y cargaba kilos de alimento sobre la espalda para que las fieras de los ricos estuvieran en condiciones.

Pero Anahí, la amazona adolescente, era distinta a todos los patrones que había tenido. Ella no fruncía la nariz cuando acercaba la cara a ese cuello masculino en el que se mezclaban los olores de animales de distintas especies. A ella le gustaba pasar la lengua por la piel salada y curtida de Leonardo. No le preocupaba atravesar el límite profundo entre el campo de los ricos y el campo de los pobres. Anahí era para Leonardo una especie de continente conquistado, por eso tomó una decisión, la única en su vida: se la llevó lejos, al paraíso.

Vivieron bastante tiempo escondidos, sumergidos en una dicha mediocre, pero no les quedó otra opción que conformarse. Anahí escribió una carta contando los motivos carnales de la huida; un texto sincero, contundente, que dejó a sus padres lo suficientemente avergonzados de esa hija deseante. El hombre que los ayudó a

fugarse fue el sostén de la pareja por esos días. Él los acercó a un refugio en el que pudieron saciar sus cuerpos de amantes jóvenes, puso a Leonardo a trabajar como ayudante de herrería y a Anahí a cocinar para toda esa gente que los rodeaba.

Ella, que siempre había tenido todo, se había quedado con lo único que necesitaba; él, que nunca había tenido nada, ahora la tenía a ella. No les iba a alcanzar la vida para pagarle al hombre que les había servido en bandeja esa libertad. Los jóvenes enamorados se dieron cuenta tarde de que el momento de saldar la deuda llegaría nueve meses después.

Urko no pensaba mucho en sus padres, pero cuando lo hacía se llenaba de odio. Se recostó en el catre de la celda y clavó los ojos en la mancha de humedad del techo. Su entretenimiento, uno de los pocos que se permitía, consistía en imaginar qué figura del mundo real podía caber dentro de la superficie de la mancha. A veces lograba distinguir una tetera; otras, un elefante. Podía pasar horas sumido en ese ejercicio vano.

«Urkito, vení, juguemos un ratito. Mirá al cielo, ¿qué ves?», solía decirle Anahí cuando lograba arrebatarse a su hijo del ojo celoso de los tutores. «Un conejo, mami», contestaba el niño, que siempre veía conejos en todas partes.

De Leonardo, su padre, casi no tenía recuerdos y los que tenía lo ponían al nivel de una cucaracha. ¡Qué ser temeroso y pusilánime! Siempre con la cabeza gacha, siempre temblando, con esa costumbre de limpiarse las manos en los costados de las piernas. «Perdón, señor, le prometo que no se va a repetir.» «Disculpe, señor, si mi hijo no es respetuoso. Tiene un demonio en el cuerpo.» «Sí, señor, no lo dude. Anahí está bien dispuesta, para lo que usted quiera.» «Venga a cualquier hora, señor. Yo siempre estoy disponible.»

Urko apretó los ojos y se tapó las orejas con las manos en un intento de espantar la voz de su padre, que se le colaba en la memoria. No lo consiguió. Saltó del catre y cayó al piso de

cemento boca abajo. Acomodó sus piernas, abiertas el ancho de la cadera; sus brazos, el ancho de hombros y ejercitó sus músculos. A medida que su cuerpo ardía por el esfuerzo, su mente empezó a sentir el alivio del olvido; las voces del pasado se alejaron por completo y el odio y el rencor se aletargaron. Cayó rendido boca arriba. Se secó el sudor de la cara con las manos y sonrió mirando al vacío.

9

Desde que supo que Lautaro había muerto, no probó bocado; apenas consiguió pasar unos tragos de agua. No la embargaban el dolor ni la sorpresa: solo tenía miedo, mucho miedo. Etelvina, la mucama de los Alcántara, le había dado la noticia de manera brutal.

—Lauti se suicidó.

Se quedó paralizada en el medio de la calle. Su primera reacción fue apretar bien fuerte el chocolate que llevaba de regalo, la tableta quedó partida en tres pedazos grandes. Atinó a lanzarla hacia la vereda de enfrente como si con ese gesto pudiera, también, alejar la noticia que acababa de recibir. Lautaro. Lautaro estaba muerto. María Lucía Pesoa, Malú para sus amigos, arrancaba así una carrera para salvar su vida.

Lejos quedaba aquella noche en la que lo había conocido. Él estaba con su grupo de amigos tomando cerveza en un bar. Malú se había retocado el labial rojo fuego segundos antes. Cuando lo divisó a la distancia, completó la coquetería con un batido rápido de sus rulos.

—¿Van a querer algo de comer para acompañar la birra? —preguntó.

Los cinco chicos se quedaron mudos. Lautaro, que no pudo disimular el impacto que le provocaba Malú, terminó leyendo el menú al revés; hasta que por fin se decidió y pidió unas papas fritas con ketchup.

«Los defectos hay que encontrarlos en el momento indicado. Si te enamorás sin identificarlos, después ya es tarde», le dijo al día siguiente Dominga a su hija mientras desayunaban el plato favorito de Malú: yogur con bananas, canela y coco rallado. Tenía una

mirada crítica sobre el amor y sobre todo lo que pudiera lastimar a su garota, así la llamaba: *minha garota*.

Había escapado de su Brasil natal con un embarazo casi a término. No la hicieron desistir las horas infinitas en autos y camiones que la levantaron en la ruta ni la comida, escasa, que le daban por lástima; menos que menos, los riesgos: su panza enorme y movediza la hacía sentir poderosa. El peligro real estaba en su tierra de calor y carnaval, esa tierra de la que se alejaba para no volver. Su hija no iba a nacer bajo el ala de un padre violento, se prometió.

Podría haber sido Asunción o Montevideo, pero en su camino conoció a una familia argentina que no dudó en traerla hasta Buenos Aires a cambio de que Dominga se hiciera cargo del trabajo de limpieza en una quinta de Moreno.

—¡Mamá, este chico no tiene defectos! —exclamó Malú mientras le agregaba más coco rallado a su yogur—. Es tan caballero y tan lindo. Se llama Lautaro y me contó que juega al rugby. Este año termina el colegio y va a estudiar ingeniería como su papá...

—Vos no tenés padre ni vas a ir a la universidad —le recordó Dominga.

—¡Qué importa! Además, me acompañó hasta casa en un taxi...

—Vos no tenés plata para tomar taxis.

—Lo pagó él, mamá. Te dije que es un caballero, no quería que anduviera sola por la calle...

—Vos no estás sola, Malú. No repitas eso.

—¡Ay, mamá! ¡Lo tenés que conocer! Es altísimo, parece un modelo de las revistas... Todo rubio y de ojos celestes.

—Vos sos negra, Malú. Negra.

Dominga era una máquina de recordarle a Malú la raza a la que ambas pertenecían. Insistía en la discriminación, en las burlas. A veces, se pasaba horas narrando episodios horribles sobre la esclavitud. Malú la escuchaba atenta, pero sin comprender

demasiado. Aunque la peor discriminación o sometimientos los había recibido por pobre, no por negra, no tenía el valor para contradecir a su madre. Su ropa no era de marca, no tenía cuarto propio, dormía en un catre en el living, llevaba las sobras de la comida de la noche anterior en un tupper al colegio, tenía que trabajar de moza en lugar de ir al gimnasio, no se iba de vacaciones, no conocía el mar, nunca había viajado en avión. Llevaba mentalmente una lista infinita de cosas a las que jamás accedería.

Caminó, errante, cuerdas y cuerdas. Pensó en Lautaro y mucho más en ella. ¿Cómo iban a ser esas primeras veces sin su amor? El primer aniversario que nunca cumplirían, el primer domingo sin su llamado para desearle una linda semana, la primera fiesta sola, el primer cumpleaños sin él, la primera flor de primavera que le regalaría otra persona. Se sentía un poco extraña, como si viniera de otro continente.

Llegó al Rosedal. Intentó llenar de aire todo su cuerpo y levantar vuelo, como si eso fuera posible. La atrajo el tronco de un árbol, casi en la orilla del lago; lo usó para acurrucarse mientras acariciaba sus piernas doloridas de tanto caminar. Y por fin pudo desahogarse. Durante un rato largo las lágrimas le bañaron la cara y un poco el cuello. Con el dorso de la mano secó los restos de ese duelo solitario. Al rato la tristeza le dio paso a la preocupación. No podía disimular más lo que sospechó desde el principio: Lautaro se había matado por su culpa.

Durante dos días estuvo tirada en la cama, no tuvo fuerzas ni para bañarse. Su madre intentó levantarle el ánimo con feijoada, moqueca y coxinha, pero ni siquiera los sabores del Brasil lograron que Malú probara bocado.

Pasó la segunda noche sin pegar un ojo. Se había enterado por un amigo de Lautaro la hora y el lugar del velatorio. Fantaseó con ir a presentarle sus respetos a la familia Alcántara. Se levantó de la cama, se pegó una ducha y se vistió con ese propósito, pero cuando

llegó a la parada del colectivo, se arrepintió. ¿Qué podía decirles? ¿Qué palabras usar para describir lo irreversible?

Tuvo náuseas. Un ligero temblor de rodillas la obligó a sentarse en el cordón de la vereda. El teléfono celular vibraba en el bolsillo trasero del jean; su madre le había mandado varios audios, pero lo primero que abrió fue un mensaje privado de Facebook que titilaba en la pantalla.

Primero pensó que el tal Diego Gualdini se había equivocado. ¿Por qué un periodista querría hablar con ella? Pero el texto era bien preciso, arrancaba diciendo: «Hola, Malú». Y ella era Malú. La curiosidad fue más fuerte y respondió.

10

El recorrido que hizo entre la casa de Mariela Romero, en La Matanza, y un bar de la Capital Federal quedó borrado en la memoria de Carmen Hidalgo. Era como si alguien hubiese apretado el botón de funcionamiento automático. Sí recordaba el momento exacto en el que sintió como si con una tenaza le cerraran el estómago. Ocurrió cuando Gastón, el hermanito de Mariela, repitió con su voz infantil la frase que había dicho al encontrar a su hermana mayor agonizando en la cucha del perro: «Los fieles son arcángeles que poseen los rayos de los siete colores, los hijos los heredan».

A partir de ese momento, Carmen no quiso estar más en esa casa. Se despidió a los apurones, tratando de evitar el gesto de sorpresa de la madre de Mariela. Llegó corriendo a su auto y se encerró. Recién ahí pudo largar el resto de aire que había quedado atrapado en sus pulmones. Sacó del bolsillo de su cartera la foto misteriosa que había encontrado en la casa de su madre y se concentró en la imagen.

En su familia, las épocas se identificaban por los lugares donde ciertos hechos y momentos importantes habían tenido lugar. Su infancia y adolescencia tenían el gusto de la miel que se fabrica en San Marcos Sierras, en la provincia de Córdoba. En ese casco urbano donde las calles asfaltadas no existen, ambas habían sido felices o casi. Todavía a Sonia no se le escapaban los pensamientos de la cabeza como si fueran pájaros que levantan vuelo, aunque siempre había sido bastante excéntrica o loca, como la llamaban en el pueblo.

Carmen intentó hacer de cuenta que estaba investigando, como

siempre, la vida de otro y dejó que el oficio periodístico copara la escena. Apoyó la foto en el volante del auto y la sostuvo con ambas manos. En el fondo, se veía un campo bastante seco; unos yuyos amarillentos aparecían en el costado derecho rodeando unas construcciones bajas y bastante precarias. En el costado izquierdo, se veía la mitad de una torre con forma tubular; la otra mitad quedaba fuera del cuadro. «No es San Marcos», susurró.

Se había convertido en una arqueóloga de la vida de su madre. Buscaba recuerdos, anécdotas o situaciones; los desempolvaba, los reparaba y trataba de que volvieran a entrar en el cerebro de Sonia. En lugar de sangre, intentaba hacerle transfusiones de pedazos de vida; esa vida devenida en fragmentos errantes.

Se enfocó en Sonia, tan joven, tan hermosa, y en esa nena que no era ella. Dio vuelta la foto. Por un momento había fantaseado que en el cartón blanco no hubiera ninguna inscripción, pero no. La frase seguía estando ahí; la letra redonda, perfecta: «Los fieles son arcángeles que poseen los rayos de los siete colores, los hijos los heredan». Necesitaba encontrar la relación que podía existir entre esa foto vieja y el caso de la chica suicida de quince años. Metió la foto en la cartera y la cartera debajo del asiento del acompañante.

Tardó casi una hora en llegar al bar de la avenida Callao. Era su lugar favorito por dos razones: la primera tenía que ver con la cercanía al departamento de su madre; la segunda, por el gin tonic que podía pedir a cualquier hora sin que Ramón, el mozo, pusiera cara de reproche. Antes de entrar, le costó reprimir el deseo de prender un cigarrillo. Hacía mucho que había dejado de fumar, pero el miedo era la única sensación que le provocaba ganas de aspirar, otra vez, el humo contaminado. Y en ese instante sentía miedo.

Las mesas de madera parecían recién lustradas y las sillas eran amplias y cómodas. Al piso le faltaban algunos mosaicos, pero, aún así, podía adivinarse el diseño: unos círculos verdes y blancos se cruzaban en el medio del salón. Se sentó en el fondo y pidió su gin

tonic. Después del primer trago, llamó a Diego. Era la única persona en el mundo en la que podía confiar. Carmen tenía muchas armaduras para vestirse para la guerra, pero su espada era, sin dudas, su amigo el Jedi.

Con su celular fotografió la foto y abrió su cuenta de Twitter. Su trayectoria en la televisión, las sucesivas investigaciones periodísticas y alguna que otra polémica con funcionarios de turno le habían sumado a Carmen casi trescientos mil seguidores en esa red social. No tuiteaba demasiado, pero se metía varias veces por día para chequear las cuentas de colegas, enterarse de las novedades de los medios internacionales y de los últimos chusmeríos del espectáculo. Cada vez más seguido involucraban a la vida política de la Argentina: la nueva novia del exgobernador, el romance entre la modelo y el sindicalista o las lujosas vacaciones de funcionarios o exfuncionarios que nunca eran más cerca que el Caribe.

Tocó el circulito azul y pensó unos segundos cómo armar su posteo. Subió la captura de la foto y agregó un texto: «Esta foto es de 1975. La chica rubia es mi madre. Busco a la niña que está junto a ella. ¿Me ayudan a difundirla?». Estuvo a punto de agregar una captura de la frase escrita al dorso de la foto, pero se arrepintió; con lo que había puesto era suficiente. Dejó el teléfono en un costado de la mesa y vació medio vaso de gin tonic de un solo trago.

Cuando levantó la cabeza, vio a Diego Gualdini en el medio del salón del bar; no pudo evitar la carcajada. El Jedi tenía puesta una remera de Bart Simpson que desentonaba con el gesto serio que traía. Quizá no era una imagen muy graciosa, pero el gin tonic con el estómago vacío estaba haciendo su tarea.

Diego se sentó, saludó, llamó al mozo y tomó el control de la situación; todo al mismo tiempo, como siempre. En cuestión de minutos, frente a Carmen aparecieron una taza de café doble y un vaso gigante de agua con hielo. No tuvo margen para negarse a ninguna de las indicaciones que recibió.

—Tomate eso y andá al baño a lavarte la cara, te quiero bien despejada.

Un rato antes, Diego había recibido el audio de su amiga. Pocas veces la había escuchado tan acelerada. Carmen volvió del baño con un aspecto bastante mejorado: se había mojado el pelo y se lo había acomodado tirante, hacia atrás.

—Te aclaro, Jedi, que no necesitamos héroes en este momento —sentenció más para convencerse que para convencerlo. Se acomodó en la silla y tomó de a pequeños sorbos el agua helada—. ¿Escuchaste bien mi audio?

—Sí, lo escuché. Mostrame la foto —contestó.

Carmen la sacó de la cartera y, con un dedo, la deslizó por la mesa hacia Diego. Mientras el Jedi la miraba de un lado y del otro, ella se puso a chequear las respuestas al mensaje de Twitter que había subido hacía un rato. El posteo de la foto de su madre se había viralizado más rápido de lo que pensaba. La sorprendió la cantidad de notificaciones pendientes en su cuenta; intrigada, empezó a leerlas. Mucha gente se limitaba a ayudarla a difundir el pedido, otros le comentaban lo bonita que era su madre, algunos le deseaban suerte con la búsqueda. Solo dos respuestas la pusieron en alerta.

Un tal Torcuato Senillosa había escrito: «Conocí a Sonia en esa época. Te miro siempre en la tele y me alegra verte bien. Espero que tu mamá esté mejor, siempre fue tan frágil. Un saludo». Carmen apuró el café con leche con los ojos clavados en el teléfono. Se sintió desnuda al descubrir que otra persona había notado algo que pertenecía a su mundo más íntimo: la fragilidad de su madre.

Se metió en el perfil de Torcuato Senillosa. En su biografía de Twitter decía que era ingeniero agrónomo, padre de dos hijos y que vivía en Córdoba capital. Agrandó la foto: el hombre se veía más gordo, más canoso y con menos pelo, pero sus ojos, a pesar de las arrugas y los párpados caídos, no habían cambiado.

La infancia era para Carmen una especie de país lejano al que nunca quería volver. Sin embargo, la foto de Torcuato disparó recuerdos de su pasado. La boca se le inundó de sabor a caramelos masticables de limón. Recordó la bolsa grande que guardaba debajo de la cama en su habitación del fondo y los montoncitos amarillos que su madre repartía en cada ambiente; también, la casa pequeña en la que se había criado y el ruido que provocaba el viento en las hojas de los eucaliptus de San Marcos Sierras.

Repasó una a una las fotos que Torcuato Senillosa había subido a su perfil de Twitter. La memoria le trajo imágenes de su madre joven recostada en una cama, su propia cama, con el pelo mojado y las mejillas rojas; el vestido floreado manchado con barro; las manos con rasguños y tierra debajo de las uñas; la respiración agitada y los ojos desorbitados. Una especie de virgen sangrante que, desde un lecho que parecía de muerte, le contaba a su hija pequeña que ese día la habían querido matar.

Carmen le mostró a Diego el mensaje de Senillosa.

—Fue vecino nuestro en San Marcos Sierras, él nos ayudó cuando mi mamá fantaseó que la quisieron matar.

Diego abrió los ojos sorprendido.

—Nunca me contaste eso.

—Creo que ese fue el día en el que mi madre se deslizó hacia la locura. Yo tenía seis años —dijo Carmen con una mueca resignada—, estaba durmiendo en el cuartito del fondo. Un hombre golpeó la puerta de la casa y Sonia abrió. Ella sostuvo que el hombre le pegó una trompada en la cara y que a raíz de eso escapó a gran velocidad. En el camino, perdió una ojota y las piedras de la tierra del campo le lastimaron los pies. Sus gritos me despertaron. Recuerdo que atiné a seguir a mi mamá y que yo también gritaba mucho. —Tragó saliva y siguió—: Sentí que me estaba abandonando, pero ella no escapaba de mí; escapaba de un asesino que solo estaba en su imaginación. Sonia solía olvidarme en el supermercado, en la escuela o en las casas de los vecinos. No sabía

ser madre, era como una bicicleta a la que le sacaron las rueditas antes de tiempo.

Diego no comentó nada. Sabía de qué modo escuchar a su amiga. Carmen agrandó las fotos del Torcuato Senillosa y le alcanzó el celular a Diego.

—Este hombre estuvo ese día, me acuerdo. Mi mamá insistía con que el asesino nos iba a matar a las dos y estaba muy preocupada porque yo iba a morir con el vestidito que tenía puesto, uno amarillo que odiaba, y con la cabeza llena de piojos. —Ambos sonrieron—. Sonia se detiene mucho en ese tipo de detalles. Torcuato nos calmó a las dos y me dejó comer muchos caramelos masticables de limón. Creo que fue el primer visitante al museo de la infelicidad familiar que habíamos construido con mi madre.

Diego le acarició con un dedo el dorso de la mano y le sugirió que le mandara un mensaje de agradecimiento tardío. Carmen estuvo de acuerdo, pero no lo hizo.

La segunda respuesta que había recibido era de una mujer. Nazarena Capellán había escrito: «Hola, Carmen. Tu mamá se parece a una amiga de mi tía, en su casa hay una foto parecida. Te veo siempre en tu programa, sos una genia. Saludos». Sin dudar, Carmen contestó: «Gracias, Nazarena. ¿Le podés mostrar a tu tía la foto a ver si se trata de la misma persona?».

Carmen y Diego silenciaron sus celulares y los dejaron a un costado. Era el acuerdo tácito que respetaban cuando tenían que hablar de trabajo. Ella contó lo que había averiguado en la casa de Mariela y él, los detalles del velatorio de Lautaro Alcántara. Mientras hablaban, los dos tomaban notas en sus libretas.

—Entonces la cosa es así —dijo Carmen con la voz de locutora que solía poner cuando leía sus apuntes—. Necesitamos encontrar a Malú, tal vez tiene algo para aportar sobre los últimos días de Lautaro. Por otro lado, me gustaría saber más sobre esa iglesia a la que asistía Mariela. Y tenemos que buscar información sobre la otra chica que se suicidó. Jennifer Balbuena, ¿no?

Diego asentía sin dejar de valorar la capacidad de su amiga para esquivar todo lo que la ponía en un lugar de protagonismo. Una gran virtud para cualquier periodista, pero el Jedi sabía que Carmen suprimía sus misterios por la incapacidad de contarlos. Tenía muy buen olfato, pero hacía uso de una pésima estrategia.

—Me parece que tenemos que ir a ver a tu vieja —sugirió sin ningún tipo de cuidado—. La coincidencia entre la frase de la foto y lo que dijo el hermanito de Mariela no es una conexión menor.

Carmen lo miró, sacó unos billetes de su cartera y los dejó debajo de la taza de café.

—Vamos —dijo. Y fueron.

11

Dejó el auto en el estacionamiento de la calle Talcahuano y ocupó una mesa en el bar de la cuadra. Un café doble, dos medialunas de manteca y un vasito con soda. A veces cambiaba el orden en el que leía los diarios; algunos días arrancaba con *Clarín*; otros, con *La Nación*. Estas pequeñas licencias eran las únicas que se permitía. Si el libre albedrío fuera un músculo, sería el menos ejercitado por el juez Facundo Marón, que se movía dentro de los márgenes de la obediencia: las comidas, la ropa, los paseos y hasta las diversiones tenían que estar digitadas. Salir de esos límites que él mismo se imponía le provocaba taquicardia, sudoraciones y una angustia que su pecho era incapaz de abarcar.

La cuadra de los tribunales, los pasillos del edificio donde trabajaba, los ascensores y su despacho eran un bálsamo; en esos lugares, se sentía mejor que en su casa. Durante casi dos décadas los recorrió de manera metódica y logró incorporarlos a su mundo ordinario.

El juez salió del bar y recorrió la media cuadra que lo separaba de su lugar de pertenencia. Subió las escaleras de mármol y con un movimiento de cabeza saludó al guardia de seguridad. Los pisos del hall de entrada al Palacio de Justicia habían sido lustrados con esmero; con el correr de las horas, las baldosas blancas mutarían a grises y, en las negras, quedarían marcadas las pisadas de los centenares de personas que a diario pasan por el edificio buscando que alguna autoridad escuche sus reclamos o sus penares.

Facundo Marón subió los tres pisos que lo separaban de su juzgado por las escaleras, usaba el ascensor únicamente los días pares. Abrió la puerta despacio; mientras intentaba recuperar el

aire, pensaba que tenía que volver al gimnasio. Tuvo que prender las luces: la semana anterior la persiana de la única ventana se había roto. La idea de que el personal de maestranza entrara en la oficina le provocaba un pequeño ahogo. Estaba seguro de que con un buen tutorial de YouTube iba a poder solucionar el percance.

Se disponía a buscar arreglos domésticos en Internet cuando dos golpecitos en la puerta lo distrajeron.

—Un minuto, por favor —gritó.

Abrió los cajones del escritorio y sacó las dos causas penales que tenía pendientes de resolución. Sin mirar, firmó.

—Adelante —dijo con voz firme.

La puerta se abrió despacio. Primero entró una fragancia inconfundible a pinos y eucalipto que inundó el despacho; luego, un hombre de barba roja.

—Buenos días, Facundo. Qué gusto verte después de tanto tiempo —dijo el recién llegado.

En un instante, como si lo hubiera atravesado un rayo imperceptible, el juez Marón volvía a ser un adolescente atemorizado. Se levantó de golpe y agachó la cabeza.

—Tranquilo, tomá asiento. Necesito que hablemos de un tema importante.

El juez se acomodó detrás del escritorio y paseó su mirada por el hombre que tenía enfrente. Conservaba el pelo castaño y la barba tupida, apenas algunas canas sueltas daban cuenta de que no era una imagen del pasado. Seguía teniendo un cuerpo esculpido, casi que podía adivinar cada músculo que el camperón de cuero cubría. Se detuvo en las manos, apoyadas sobre el escritorio: dedos largos, uñas limpiísimas y cortadas al ras. Y esos tatuajes pequeños: un arcoíris en el dorso de cada mano.

—Tenemos que rescatar a tu hermano —dijo.

El juez Marón no tuvo que preguntar nada, sabía a quién se refería.

—No es mi hermano —retrucó para ganar unos segundos y

tratar de acomodarse a esa inesperada circunstancia.

El hombre entrecerró los ojos, se paró de un salto, cruzó su cuerpo sobre el escritorio y puso su cara a centímetros de la de Facundo Marón.

—No es tu hermano de sangre, pero eso no importa. No me hagas tomar las decisiones por vos otra vez —murmuró.

Fue lo último que dijo antes de cerrar la puerta dando un golpe y de dejar al juez Marón temblando. Tardó varios minutos en recomponerse, hasta que se acercó a la pared y descolgó su diploma enmarcado. Una caja fuerte quedó a la vista. Giró la ruedita dos veces a la derecha, tres a la izquierda. Un zumbido suave le indicó que estaba abierta. Metió la mano en el hueco oscuro y cerró el puño alrededor de una pieza pequeña y fría.

El juez Facundo Marón se puso en el cuello una cinta de terciopelo color negro, escondió el colgante debajo de la camisa y se acomodó el nudo de la corbata. Una paz interior desconocida inundó cada célula de su cuerpo. Sabía lo que tenía que hacer.

12

Algunos contaban con suerte, familia y paquetes de yerba, galletitas o budines; otros se conformaban con los pedazos de pan del día anterior y una taza, a veces dos, de mate cocido. Entre unos y otros, circulaba un grupo de presos que intentaba obtener los beneficios de un buen desayuno por la fuerza, la negociación o la extorsión. En la cárcel, un par de medialunas o una caja de sobres de té pueden convertirse en monedas que se pueden canjear por vida o seguridad. Urko no necesitaba nada de eso. Se levantó, caminó los metros que lo separaban de la sala destinada a las comidas, se paró al costado de una mesa en la que ranchaba un grupo de reos y los miró.

El negro Luis le alcanzó un mate recién cebado; el Tapica Rivero, un pedazo de torta de chocolate que le había llevado el día anterior su mujer y el Paisa Martínez le ofreció dos sándwiches de miga por si quería comer algo salado. Urko los devoró sin agradecer. No llegó a tomar el segundo mate cuando, a sus espaldas, se oyó la voz de un guardiacárcel.

—Rojas, largá todo que te llama el director.

Como si no lo hubiese escuchado, el muchacho terminó de sorber el mate con la mayor lentitud de la que fue capaz. No lo hizo como un acto de rebeldía: necesitó que el agua caliente y amarga le barriera de la garganta el nudo de furia que le provocaba que lo llamaran por el apellido de su padre.

Antes de entrar en el despacho del director del penal, lo palparon al detalle. Muchos presos andaban armados con facas disimuladas dentro de las zapatillas o pegadas con cinta de embalar en los costados del cuerpo. Los guardiacárceles sabían que Urko no

necesitaba de esas herramientas para defenderse o para atacar; sus armas eran las manos y los ojos con los que detectaba a sus presas, pero la regla era que todos los presos debían ser requisados antes de tomar contacto con el director.

—Sentate, me llegó un informe de la Justicia donde me dicen que estás en condiciones de tener una libertad condicional. Te van a poner unas pautas bastante boludas de cumplir, pero si...

—No quiero salir libre —confesó Urko.

—Pero eso no lo decidís vos, Rojas. ¿Te creés que esto es un hotel cinco estrellas donde vas y venís como se te canta el orto? No me hagas reír.

El director le acercó un expediente judicial y una lapicera. Le ordenó que firmara al pie de la última página. Urko firmó sin leer ni una línea del texto en el que se definía el futuro de su vida.

—Muy bien. Llevate esa hoja, es una copia que tenés que llevar siempre encima. Andá para tu jaula y arreglá tus cosas, esta noche ya no dormís acá adentro.

Urko salió del despacho sin saludar y recorrió por última vez los pasillos pestilentes que habían sido su casa más de media vida.

Su compañero de celda no estaba, era el turno del taller de carpintería. Ninguna de las prendas de vestir que acumulaba en una caja de cartón le pertenecían del todo: las había robado o las había ganado en apuestas de peleas clandestinas en los patios del penal. En el bolso de lona que le correspondía a cada preso, metió dos pantalones de gimnasia, tres poleras, algo de ropa interior y dos equipos de gimnasia completos que un detenido al que Urko había salvado de que lo lincharan le regaló una Navidad.

Dejó el bulto sobre su catre y se asomó por la puerta de la celda: no había nadie. Sacó una vara chata de metal que tenía escondida en un tajo del costado del colchón y, haciendo palanca, levantó una de las baldosas del piso. Metió la mano en el hueco y sacó un paquete. Envueltos en una bolsa de nylon de color rojo, estaban sus ahorros: treinta mil pesos que había conseguido como pago a

cambio de la seguridad de los reos nuevos. No tenía claro si era mucha o poca plata, no sabía cuánto salía una habitación en una pensión o un café en un bar. La cárcel lo había convertido en un ciudadano de la nada.

Metió la bolsa en el fondo de una mochila, la única pertenencia que conservaba de su juventud, y se sentó en el catre a esperar que fueran a buscarlo.

Las dos horas siguientes pasaron como si hubiesen sido minutos. La habilidad de Urko para administrar la paciencia era infinita y estaba intacta.

—Urko, dale, te vas —dijo un guardiacárcel.

Caminaron hasta una habitación pequeña, donde a los presos que recuperaban la libertad les devolvían los objetos con los que habían entrado al penal. Los de Urko Rojas estuvieron secuestrados por el servicio penitenciario durante veinticinco años.

—Tomá, esto es tuyo. ¿Lo querés chequear? —preguntó el guardia mientras le alcanzaba una bolsa de papel madera—. Si falta algo, tenés que hacer un descargo en la dirección. No te van a dar pelota, pero, bueno, las reglas son las reglas.

—Está todo —dijo Urko sin mirar—. ¿Vamos?

Dieron la vuelta al penal a paso lento; el guardia, por cansancio, y Urko, por miedo. Un portón de hierro que ocupaba una pared de izquierda a derecha y de arriba abajo era la frontera entre el adentro y el afuera. El dispositivo eléctrico se activó y se oyó un zumbido acompasado. Las hojas del portón se abrieron de par en par.

—Suerte, pibe. No te quiero volver a ver por acá —murmuró el guardia. No se atrevió a darle una palmada en la espalda.

Lo primero que miró fue el cielo. Urko estaba acostumbrado a que los atardeceres sucedieran en el cuadrado que formaban los cuatro paredones del patio. Se quedó un rato parado en mitad de la vereda, luego retrocedió un par de veces hasta quedar casi apoyado contra el edificio. No recordaba haber visto tantos autos en su vida. Finalmente tomó la decisión de caminar hasta donde los pies lo

llevaran. Se colgó la mochila en la espalda y metió la mano en el sobre de papel madera. Cuando las puntas de sus dedos palparon lo que buscaba, su cuerpo se aflojó. Se lo colgó del cuello y cruzó la calle.

13

Caminaron los pocos metros que había entre el bar y el edificio en el que vivía Sonia. Tocaron timbre y esperaron. Carmen podría haber entrado directamente con su juego de llaves, pero había jurado respetar la intimidad de su madre hasta que no quedara otra opción. Para ella la privacidad y la dignidad estaban relacionadas de manera muy estrecha.

—Tal vez ya esté durmiendo —dijo Diego mirando su reloj—, aunque es tarde.

A Carmen el comentario le resultó irrelevante. En el universo de su madre, los horarios eran lo de menos. No era extraño verla desayunar tostadas con queso crema en plena madrugada o sorprenderla amasando fideos para el almuerzo a las cuatro de la tarde. Muchas veces envidiaba ese desafío que Sonia le planteaba al tiempo: comer cuando tenía hambre, dormir cuando tenía sueño y conectarse con el mundo cuando se le antojaba.

Tras varios minutos de espera sin ninguna respuesta, Carmen decidió usar sus llaves. Cruzaron el palier y subieron los cinco pisos por el ascensor. Al llegar al quinto, la puerta del departamento B se abrió de golpe.

—Mamá, ¿cuántas veces te dije que preguntes quién es antes de abrir?

—Bueno, ¿quién sos?

—Soy tu hija, dejame pasar —dijo mientras entraba y permitía que Diego cerrara la puerta.

En la mesa ratona del living estaba la cafetera que Carmen había buscado sin éxito. Pensó que había sido una burla de su madre, pero no sintió enojo, solo tristeza.

—Vení, mamá. Sentate acá conmigo —dijo Carmen golpeando con la palma de la mano el sillón como si estuviese llamando a una mascota arisca.

Diego, que se quedó parado en un costado, vio cómo Sonia obedecía y se sentaba en el borde del sillón, lo más lejos posible de su hija.

—Mirá esta foto. Mamá, ¿te acordás dónde estabas?

Sonia estiró el cuello y clavó los ojos en la foto que su hija le mostraba. Sonrió.

—¡Qué linda la chica de pelo largo! —exclamó—. Creo que la conozco de algún lado.

—Sos vos, mamá.

—Hablame bien, mocosa, que todavía soy tu madre —dijo Sonia arrugando la frente. No soportaba que la contradijeran.

Otra vez una mezcla de fastidio y enojo tiñó el ánimo de Carmen, pero ahora con alegría: aunque por momentos lo olvidara, Sonia todavía tenía presente que era su madre. Todavía.

—Perdón, mamá, tenés razón —concedió Carmen y ensayó otra manera de abordar a Sonia—. Necesito saber dónde se sacó la foto esta chica tan linda y quién es la nenita que está a su lado. ¿Vos sabés?

—Por supuesto, ¿cómo no voy a saber esas cosas? La foto la sacó mi amiga Rosa, siempre tan amorosa Rosa —explicó e hizo una pausa, enseguida largó una carcajada—. Me acuerdo de Rosa y me río, vos vieras lo divertida que es Rosa. Conversamos mucho con Rosa, siempre me trae cosas ricas para comer. Como yo era muy flaca, todos creían que era anoréxica, pero nada que ver. Yo como todo lo que me trae Rosa...

—¿Y dónde está Rosa? Nunca me la nombraste.

—Rosa está muerta.

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo: sin un gesto, con la voz ronca y el tono de los que saben que están diciendo una obviedad.

—¿Y la nena de la foto?

—Sos vos —contestó Sonia levantando las palmas de las manos.

—No, mamá. No soy yo. La tal Rosa sacó esa foto antes de que yo naciera. Fijate bien en la nena. El color de pelo, de ojos... Esa nena no soy yo.

Sonia observó la foto durante unos minutos.

—Dejame pensar, querida. Vos viste que a veces la cabeza se me va y algunas cosas se me confunden. Dame la foto que la quiero mirar bien.

Diego seguía firme en el rincón del living observando con pena y fascinación los esfuerzos que hacía su amiga para mantener un diálogo coherente con su madre. No se quería mover, temía que cualquier gesto pudiera romper esa torre de cristal que armaba Carmen. Siempre pensó que Sonia había sido bendecida con el don del olvido. En un país en el que la memoria es un valor histórico, ella se atrevía a olvidar, a organizar sus recuerdos como más le convenía y a desafiar a los que creían que la vida debe tener algún sentido. Nunca se había animado a decirle eso a Carmen. Ella veía en su madre a un Titanic sin otro destino que el fondo del mar. Cómo decirle que, en realidad, Sonia era la balsa; un trozo de madera en el que se salva una sola persona, ella misma.

Sonia seguía concentrada en la foto, la miraba con la misma intensidad con la que una niña intenta descifrar, por la forma, el contenido de un paquete a su nombre bajo un árbol de Navidad.

—Mamá, quedate acá sentadita, que con Diego vamos a la cocina. Quiero ver si necesitás algo de comida.

Sonia no contestó.

Carmen sonrió al ver sobre la mesada de la cocina un plato lleno de knishes de papa. Raquel, la vecina, había ido a alimentar a su madre. También notó que durante la visita había pasado un trapo al piso, lavado unas tazas y hasta se había tomado el trabajo de escribir una lista de los alimentos que se conservaban en la heladera. Lo había hecho con un marcador negro y letra bien grande para que Sonia no confundiera las lechugas, los tomates o

las papas con la basura.

—¿Me puedo comer uno? —preguntó Diego señalando los knishes.

—Claro, comamos. No creo que mi mamá los haya contado y si lo hizo seguro lo olvidó.

Volvieron al living con la boca llena. Sonia seguía en la misma posición: sentada en el sillón mirando la foto.

—¿Te acordaste de algo, mamá? —preguntó Carmen.

—No, estoy pensando. Pasame una de esas tortitas que me hizo Raquel, ya escuché que vos y ese señor amigo tuyo se las van a comer.

Carmen largó una carcajada y fue hasta la cocina. Trajo el plato con los knishes y los puso sobre la mesa ratona, delante de su madre. Buscó con la mirada la complicidad de Diego y se llevó una sorpresa: el Jedi estaba sin reacción, parado frente al cuadro que vestía una de las paredes del living. Carmen se acomodó a su lado.

—Ese cuadro lo pintó mi mamá —dijo—. Antes de que la mente se le fuera tan lejos, pintaba mucho. También dibujaba. Un día, hace bastante, sus pinturas, pinceles y acuarelas desaparecieron. Tal vez los tiró a la basura en alguno de sus ataques, no sé.

—¿Vos viste bien este cuadro? —preguntó Diego.

El lienzo, que ocupaba el centro de la pared, estaba pintado con acrílicos. Sonia, hábil con el pincel, había logrado un paisaje cargado de amarillos, ocre, grises y azules. Ella solía cambiar la decoración, pero ese cuadro siempre estuvo en el mismo lugar. No se movió de ahí ni siquiera la mañana que Sonia llamó al encargado del edificio para que pusiera la cama en la cocina y la mesa, las sillas y la biblioteca en el balcón.

—No puede ser —murmuró Carmen mientras se acercaba al sillón en el que estaba sentada Sonia—. Mamá, dame por favor la foto.

Sonia se la entregó sin oponer resistencia, su atención se había mudado por completo a los knishes de papa.

Los yuyos no eran tan amarillentos en la pintura y hasta algunos parecían florecidos. Tampoco el campo se veía tan seco como en la foto en la que Sonia posaba con la misteriosa chiquita, pero las construcciones bajas y sobre todo la torre con forma de tubo eran exactamente iguales.

—Mi mamá pintó el paisaje de la foto, Jedi —dijo Carmen modulando con lentitud cada palabra—. Estuvo todo este tiempo frente a nosotros.

—Es el mismo lugar, sin dudas. Y debe ser importante para ella. ¿Tenés alguna idea de dónde está?

Carmen no llegó a contestar. Sonia se había levantado del sillón y, junto a ellos, se puso a mirar el cuadro como si lo observara por primera vez.

—¿Dónde está Rosa? —preguntó sin sacar los ojos del paisaje.

—Mamá, me dijiste hace un rato que esa tal Rosa estaba muerta. Sonia se dio vuelta de golpe, desencajada.

—Si no me dicen dónde está mi amiga Rosa, los voy a matar a todos. ¿Está claro? —amenazó—. Y cuando hablo de matar, mocosos, no hago chistes. Lo digo muy en serio. Los mato y no voy presa, ¿saben por qué? Porque las leyes sirven solo para las personas temerosas. ¿Les queda claro?

Diego y Carmen cruzaron una mirada rápida. Ambos pensaron que Sonia no mentía.

Urko Rojas no sabía qué hacer con tanta libertad, no solo porque la mayor parte de su vida había estado preso, sino porque nunca había fantaseado con ser libre. En las fantasías, se esconde la construcción de un relato; la imaginación arma una hoja de ruta que, a la hora señalada, sirve como los pasos a seguir de una agenda. Urko carecía de eso: no sabía qué hacer ni a dónde ir, ni tenía con quién. Tanto cielo, tanto aire, tantas calles, tantos autos conformaban, finalmente, el entorno asfixiante de la incertidumbre.

Dejó que los pies lo llevaran. Contó los pasos y calculó una caminata de veinticinco minutos. Se quedó parado en la puerta de un bar que, según la pizarra, servía milanesas con ensalada de lechuga y tomates, café y postre a elección por ciento cincuenta pesos. Entró y se acomodó en una mesa del fondo.

La televisión colgada en una pared lo hipnotizó por un buen rato. Un periodista de traje y corbata anunciaba con cara seria la tormenta que se estaba por desatar sobre la ciudad. Habría que esperar hasta las primeras horas de la mañana del día siguiente para que el cielo clareara y diera paso al sol.

—¿Qué se va a servir, señor? —preguntó un mozo cincuentón mientras miraba a Urko con desconfianza.

—Eh... Quiero esas milanesas que dice el pizarrón de la puerta —contestó.

—Bueno, vienen con ensalada o... ¿prefiere otra guarnición?

Urko se quedó sin respuesta. No estaba acostumbrado a elegir; a lo largo de su vida, otros lo habían hecho por él. Las elecciones se le presentaban siempre como si fueran ropa usada.

—Con la ensalada esa de tomates y lechugas —dijo finalmente.

En la televisión seguían hablando sobre el temporal que se acercaba, implacable. Urko empezó a inquietarse. Recordó que su última noche en libertad también llovía, habían pasado muchos años desde aquel momento en el que se sintió desamparado bajo la lluvia. El agua le había lavado la sangre de las manos, de los brazos y de la cara. Hacía frío, pero él anduvo horas y horas vagando por el campo, vestido apenas con un calzoncillo azul. Antes de perderse entre los matorrales, dio media vuelta y, a pesar del agua que le entraba en los ojos, pudo echar un vistazo a su casa, un chalecito de una planta con la fachada color crema que su padre había pintado con esmero. La imagen se alojaría en su memoria para siempre: las dos ventanas con postigones de madera, el techo de tejas a dos aguas y los macetones de colores que escoltaban la puerta de entrada, pintados por su madre.

—Su comida, señor.

Antes de que pudiera agradecerle, el mozo se esfumó para tomar los pedidos de las otras mesas. El local se había llenado por completo: los buenos precios y las gotas que empezaban a caer resultaron una fórmula infalible.

Urko comió las milanesas haciendo durar cada bocado. Notó un sabor distinto a los que había paladeado hasta el momento. «En la cárcel todo tiene el mismo gusto», pensó. Pidió el postre enseguida, un flan con crema y un café. Se desabrochó el cinturón y sonrió, no recordaba haber comido tanto de golpe. Una ráfaga de felicidad le embargó el cuerpo, aunque no reconoció la sensación. Nunca había sido feliz.

La voz de una mujer frenó el rapto de goce.

—Hola, permiso. ¿Me puedo sentar en la mesa con vos? No hay lugar y a esta hora solemos compartir —dijo mientras apoyaba un plato hondo con arroz con pollo.

—Sí, claro —dijo Urko. Compartir se le daba bien.

No pudo desviar los ojos del escote de su compañera de mesa; lo intentó, pero fue imposible. La remera de licra violeta mostraba en

su totalidad las formas redondeadas y abundantes. Tenía arrugas en el cuello, los brazos desbordaban de las mangas apretadas y algunas canas en las sienes demostraban que el rojo furioso de la melena era falso.

—Me llamo Vigui. Bah, en realidad me llamo Virgina, como Virgina Luque —se presentó sin dejar de mirar el plato con la comida—. Mi vieja era fanática del tango y de Virgina Luque. ¿Y vos? Nunca te vi por el barrio.

—Me llamo Urko —contestó.

Vigui dejó los cubiertos en la mesa, necesitaba las manos para reírse y taparse la boca.

—¿Y ese nombre? Qué gracioso, nunca lo había escuchado.

Urko no tenía idea de cuál era el significado de su nombre, solo sabía que no lo habían elegido sus padres. Desde muy chiquito, su madre le decía, a escondidas y murmurando, Nicolás o Nico; empezó a llamarlo Urko después de una paliza que recibió. Nunca se enteró de quién la había golpeado, pero debió haber sido alguien con mucha fuerza. La cara de Anahí estaba morada en su totalidad, los ojos le habían quedado como dos líneas inflamadas y tuvo que tirar la musculosa blanca que vestía ese día porque las manchas de sangre no salieron con nada. Su padre no había sido. Cuando la vio llegar casi arrastrándose, la acurrucó entre sus brazos y le murmuró en el oído: «Falta poco, Anita, aguantá». Urko siguió toda la escena escondido, como siempre, detrás de un baúl en el que su familia guardaba lo poco que tenían.

—No me parece gracioso, es solo un nombre —contestó con cara de pocos amigos.

—Bueno, bueno, disculpame. ¿Qué hacés por este barrio? De noche se pone bastante áspero —dijo Vigui.

Un trueno descomunal cortó la charla. Ambos se sobresaltaron y estiraron el cuello para ver la lluvia por los ventanales que daban a la calle.

—La puta madre. Con esta lluvia de mierda hoy me quedo sin

poder laburar.

—¿De qué laburás? —preguntó Urko con curiosidad.

—Putá, soy puta —contestó Vigui con una coquetería rancia y bastante impostada—. Si querés un poco de amor en esta noche de lluvia, tengo para dar, eh.

Urko no contestó. Le parecía fascinante ver la voracidad con la que su compañera de mesa daba cuenta del arroz con pollo, del budín de pan y, por último, de un café con leche y una medialuna.

El mozo se acercó a la mesa y dejó dos papelitos con la cuenta de cada uno. Vigui abrió el cierre de la riñonera de cuero que tenía atada en la cintura y sacó doscientos pesos. Urko metió la mano en su mochila y puso sobre la mesa sus treinta mil pesos, acomodados en seis fajos de cinco mil.

—¿Qué hacés? —dijo la mujer con los ojos desorbitados por la sorpresa—. Guardá eso, pelotudo. Te van a afanar. ¿Dónde te pensás que estás?

Urko esbozó una semisonrisa. Con lentitud y una ceja levantada, sacó doscientos pesos de uno de los fajos; con la misma parsimonia, volvió a guardar la plata en el fondo de la mochila.

—¿Tenés un lugar donde pueda pasar la noche? —preguntó sin vueltas.

—Mi habitación. Si cogemos, son quinientos pesos. Si no cogemos, te dejo el techo a trescientos.

Urko se levantó, se calzó la mochila y, como respuesta, cabeceó indicándole que salieran. Vigui se estiró la remera para profundizar, aún más, su escote y encaró hacia la puerta. Acodado en la barra, el mozo los vio desaparecer bajo la lluvia.

Nicanor Oviedo le rompió el corazón. Recordaba con una claridad pasmosa la primera frase que le había dicho: «Me llamo Nicanor. En griego, significa el hombre que vence a otros hombres». Había sido en la fiesta de fin de año del canal de televisión en el que ella trabajaba. Después de semejante presentación, vinieron las risas, los tragos y un concurso inesperado. «A que no encontrás en todo el boliche a una chica más linda que yo», propuso Carmen, achispada tras varios gin tonics. Recorrieron de la mano la pista de baile, la terraza con vista al Río de la Plata, el salón en el que estaban dispuestas las mesas con el catering y hasta subieron a la cabina del DJ. «No hay, sos la más linda», sentenció Nicanor.

Amanecieron desnudos en la casa de Carmen. A partir de esa noche, arrancó una seguidilla de casi un año de promesas, pasiones, viajes relámpago a la costa, uno un poco más largo a Montevideo; también peleas, gritos y portazos que siempre terminaban de la misma manera: él pidiendo paciencia y ella aceptando sin aceptar.

También recordaba con una claridad pasmosa la última frase que le dijo: «No la quiero más a mi esposa que a vos, solo que la quise por más tiempo». Con una frase copiada de la película *El príncipe de las mareas*, Nicanor Oviedo dejó a Carmen Hidalgo. No estaba en sus planes divorciarse.

«Imbécil», murmuró Carmen mientras manejaba hacia el despacho de Nicanor. La noche anterior, antes de dejar a Sonia durmiendo, Diego y ella habían llegado a la conclusión de que necesitaban la ayuda de Oviedo. Era evidente que existía alguna conexión entre la foto de Sonia y el suicidio de Mariela Romero: la frase era exacta. Y en la suposición periodística de ambos, las

muertes de Lautaro Alcántara y de Jennifer Balbuena tenían aristas que englobaban todo lo demás.

Carmen puso del lado de adentro del parabrisas la credencial de periodista y estacionó en un playón enorme. Antes de bajar del auto, se retocó el maquillaje y se volvió a perfumar; luego chequeó que su melena rubia estuviera lo suficientemente revuelta. Había elegido una camisa de seda color natural, una pollera negra ajustada que remarcaba su cintura y unos tacos altísimos con los que le era casi imposible caminar. Qué importaba, el encuentro valía el esfuerzo.

Saludó al encargado de seguridad de la puerta y se apoyó en el mostrador de la entrada.

—Hola, soy Carmen Hidalgo. Necesito ver al fiscal Nicanor Oviedo. —Pronunciar su nombre le causó una pequeña puntada en la boca del estómago, lo tomó como un mal presagio.

La secretaria de la fiscalía anotó su nombre y llamó por teléfono a un número de interno.

—Señora Hidalgo, el doctor la autoriza a entrar, pero necesito que me deje su documento.

No fue necesario que nadie la acompañara, había recorrido el camino hasta la oficina de Oviedo infinidad de veces. Se paró ante la puerta del despacho, estaba cerrada. Hacía cinco meses que no sabía nada de él. Muchas veces se arrepintió de haberle dicho, esa última noche, que no la llamara más. Oviedo era un hombre de palabra: dijo que no se iba a comunicar y cumplió. «Imbécil», volvió a murmurar mientras daba tres golpes secos en la puerta. Del otro lado se escuchó la voz potente de Nicanor.

—Adelante —dijo.

Se quedaron inmovilizados durante unos segundos, midiéndose y sin decir palabra; ella, parada en la mitad de la fiscalía, y él, sentado detrás de su escritorio repleto de expedientes. Hasta que Oviedo se paró y avanzó hacia Carmen con una sonrisa triunfante.

—Qué lindo verte de nuevo, Lady.

A Carmen se le aflojaron un poco las rodillas; Nicanor, como siempre, ostentaba ese aire de ganador de mil batallas.

—Ya empezamos para el orto, Nicanor —dijo tras un estallido—. Vine por un tema de laburo, así que te pido que me digas Carmen o Hidalgo, periodista de mierda o lo que se te cante, pero no me vuelvas a decir Lady. Vos decidiste que ya no sea más tu Lady, está claro.

El fiscal levantó ambas manos en señal de rendición.

—Bueno, bueno, tenés razón. Mejor nos sentamos, nos tomamos un café y me contás en qué te puedo ayudar.

Carmen se sentó en un butacón de cuero mientras Nicanor ponía una cápsula en la máquina para preparar café. Le causó nostalgia comprobar que todavía recordaba que ella lo tomaba sin azúcar. Él se ubicó en la otra butaca y dejó las tazas en un cubo de madera lustrada que hacía las veces de mesa ratona. Carmen decidió ir al punto.

—Estuve viendo en unos partes policiales que tenés las causas de tres suicidios adolescentes: Lautaro Alcántara...

—Mariela Romero y Jennifer Balbuena —completó Oviedo, sin esperar a que ella terminara de hablar—. Es correcto, cayeron en mi turno. Por ahora no tengo nada en ninguno de los tres casos que me lleve a pensar en otra cosa que no sea suicidio. Mandé a hacer más peritajes de los habituales en estos casos porque coinciden las edades y la temporalidad. En la misma semana, tres suicidios adolescentes es mucho.

—¿Sabés si hay algo en común entre los tres? Pareciera imposible: barrios distintos, clases sociales distintas... No sé, ¿hay algo?

Nicanor Oviedo negó con la cabeza. Sabía mentir, pero no le alcanzaba toda su experiencia para engañar a la mujer que tenía enfrente.

—Okey, hay algo en común —dijo Carmen—. Seguíis siendo muy obvio cada vez que te callás.

—No mezcles, Carmen, no mezcles. Es una causa delicada, involucra a menores de edad. No tengo muy claro qué pasó con ellos...

—Es una causa, dijiste, muy bien. Entonces no son tres causas, las uniste en una sola. Eso significa que hay cosas en común y que los suicidios están relacionados —dedujo Carmen.

—Sí, adivinaste.

—¿Qué me podés decir del método que eligieron?

—Raticida en los tres casos. Mariela Romero y Jennifer Balbuena vivían en casas muy humildes: una pegada a un baldío; la otra, a una vía de tren. No me sorprende que tuvieran ese producto a mano, pero Lautaro Alcántara vivía en Recoleta, en un departamento de superlujo, con servicio de desratización mensual. Es extraña la elección...

—La madre de Mariela Romero dice que ella no tenía ese producto en su casa, insiste en que no había ratas.

Oviedo abrió los ojos y se pasó una mano por el pelo entrecano.

—¿Fuiste hasta La Matanza a hablar con la familia de la chica?

—Sí, es mi trabajo.

Carmen sacó de su cartera la libreta de apuntes y dijo:

—Escuchá esto que te voy a leer: «Los fieles son arcángeles que poseen los rayos de los siete colores, los hijos los heredan».

El fiscal Nicanor Oviedo sonrió resignado.

—La frase que dijo el hermanito de Mariela Romero cuando encontró a su hermana en la cucha del perro. Estoy al tanto.

—Hay algo que no sabés, Nicanor. Y es el verdadero motivo de mi visita.

La puerta de la fiscalía se abrió de golpe. La secretaria del fiscal entró sin pedir permiso, con una hoja en la mano.

—Ay, perdón, doctor. No recordaba que la señorita Hidalgo estaba con usted.

Nicanor minimizó el asunto y con un gesto le indicó que continuara.

—Llamaron de homicidios. Están trabajando en una escena del crimen, parece que asesinaron a una prostituta y como esta fiscalía está de turno, me preguntan si usted puede pasar un rato por el lugar.

—Deciles que en un rato paso por ahí.

La secretaria cerró la puerta mientras Nicanor descolgaba el saco del traje de un perchero de madera.

—Acompañame —dijo—. Vamos en mi auto y me vas contando el motivo que te trajo de nuevo a mi vida.

Carmen guardó su libreta, las ganas de llorar y se colgó la cartera al hombro.

La casa estaba vacía. Sus ocupantes habían embalado a los apurones lo poco que tenían y desaparecieron. Por uno de los vidrios rotos de la ventana que daba a la calle de tierra, se podía ver una sala en la que había quedado una mesa de hierro, una caja grande de cartón y una botella de vino a medio terminar apoyada en uno de los rincones. Desde el fondo se escuchaba el sonido lastimoso de un perro. La puerta de chapón estaba apenas cerrada con una cadena anudada. Diego Gualdini desató el nudo mientras miraba a un lado y a otro del pequeño y descuidado jardín delantero. Minutos antes, había tomado la decisión de saltar la reja, sin pensar demasiado en las consecuencias.

Una pequeña patada con la punta del borcego derecho fue suficiente para que el chapón cediera. El olor a humedad era intenso y se mezclaba con un dejo a algo que se estaba pudriendo. Diego arrugó la nariz y entró. Cruzó la sala y atravesó una arcada que desembocaba en una cocina precaria. Los muebles colgados sobre la mesada estaban abiertos; medio paquete de yerba, dos latas de puré de tomates y un vaso de plástico rojo era lo único que los que se fueron habían dejado.

Frente a la cocina, había dos habitaciones: la primera, totalmente vacía; en la segunda, un ropero antiguo ocupaba uno de los lados. Caminó despacio hasta pararse frente al mueble. El perro seguía aullando. Tomó aire y abrió una de las puertas del ropero. Lo hizo con solemnidad: dentro de ese mueble, una chica de catorce años se había suicidado.

La ropa de Jennifer Balbuena había quedado ahí, colgada. Camisas a cuadros, jeans, pantalones de gimnasia, el delantal del

colegio, dos vestidos con lentejuelas. En un cajón, ropa interior y algunos pares de medias.

En la otra habitación, solo quedaba el esqueleto de una cama de dos plazas y una mesa de luz destartada. Diego recorrió los espacios intentando encontrar algo de interés para su investigación sin dejar de pensar en una frase que muchas veces le repetía su madre: «La mejor presencia es una ausencia de la que todos hablan». La ausencia repentina de la familia de Jennifer Balbuena le decía mucho más que los cacharros abandonados.

Salió al patio del fondo. El terreno era bastante grande: un cuadrado de tierra, la mitad con el pasto mal cortado. Debajo del techo de la galería, había una parrilla de material; el hierro estaba limpio, casi brillaba. Diego sonrió con angustia; imaginó a la familia en ese lugar, alrededor del fuego, esperando un pedazo de carne o algún choripán. ¿Qué los había llevado a dejar todo de un día para el otro?

Nuevamente los aullidos del perro lo sacaron de sus cavilaciones. Caminó hasta el final del jardín. Una reja con una ligustrina amarillenta y descuidada separaba el terreno de los Balbuena del de los vecinos. Corrió las ramas y pudo ver al perro. Era bastante grande, una mezcla de ovejero alemán con alguna raza imposible de descifrar. Por un minuto el perro dejó de ladrar y clavó los ojos en Diego, corrió hacia la reja y pasó del otro lado por un agujero; hizo todo sin dejar de mover la cola. Diego le acarició la cabeza mientras intentaba no caerse. El animal era grande, se paró sobre las patas traseras y apoyó las de adelante en el pecho del Jedi.

—¡Titán, basta! ¡Vení para acá, carajo! —gritó un hombre mientras cruzaba el terreno lindante.

—No pasa nada —dijo Diego sin dejar de tocar al perro.

—Oiga, ¿usted quién es? —preguntó el hombre con una mezcla de curiosidad y alerta.

Diego se presentó y reveló dos verdades: que era periodista y

estaba buscando a la familia Balbuena. Y se excusó con una mentira: que había entrado por la fuerza a la casa porque había escuchado aullar al perro y creyó que estaba en peligro.

—Ah, sí. Este perro grita mucho desde que la familia se fue, vio cómo son los animales. Yo me hice cargo, me dio pena. Lo dejaron sin comida, nada, así que me lo traje. Yo me llamo Rogelio Bustos —dijo y estiró la mano para saludar. Diego retribuyó el saludo—. Venga, salga de la casa. Salte por la reja, no pasa nada. Tengo unos mates recién hechos si gusta.

Rogelio Bustos vivía en una casita con una única habitación. Se había quedado viudo muy joven. Lloró lo que consideró que tenía que llorar y siguió adelante con una vida que se dividía entre trabajar como sereno en una playa de estacionamiento y tallar, con una habilidad a la que nunca le había sacado rédito económico, piezas de madera. Diego se quedó parado frente a una mesa llena de pequeñas tallas: animalitos, flores y muebles en miniatura. Tomó un mate amargo y preguntó:

—¿Qué sabe de la familia de Jennifer?

—Nada o casi nada. Hace dos días me desperté por los ladridos del perro, ya se habían ido. No avisaron a nadie. Pregunté en el almacén, en la panadería y nada.

—¿Usted supo algo del suicidio de la nena?

—Claro —contestó sin dejar de cebar el mate—. Me enteré por los gritos de doña Ofelia, la vecina de la casa del otro lado. Ella se había hecho un poco cargo de la Jennifer, del hermanito y del padre de los pibes. La madre de los chicos se piró hace mucho. Dicen que se fue con otro, eso no lo sé muy bien. Parece que Ofelia fue a prepararles el desayuno y cuando fue a la pieza a despertar a los chicos, encontró a la Jenni adentro de un ropero. Yo me metí a la casa por la reja, esa por la que entró usted, ¿vio? Quería ver qué había pasado, Ofelia pedía ayuda a los gritos —dijo el hombre y concentró la mirada sobre las tallas de madera que hacía con tanta dedicación.

—Y ¿qué pasó? —preguntó Diego.

—La ayudé a sacar a la piba del ropero. El hermanito se había despertado con los gritos y lloraba. Ofelia agarró su celular y llamó a la policía, pidió que mandaran una ambulancia, pero yo sabía que la chica estaba muerta. Mi mujer se me murió en los brazos, ¿sabe? Me doy cuenta fácil cuando alguien se murió. Y además, el cuerpo estaba frío. Pobrecita.

—Un suicidio —acotó Diego.

—Sí, en el piso había una botella de veneno de ratas, ese de etiqueta celeste. Estaba recién abierto, el precinto de seguridad había quedado en el piso.

Diego sacó la libreta del bolsillo trasero de su pantalón, tomó nota de los detalles y siguió preguntando:

—¿Usted vio o escuchó algo raro en Jennifer? Estaba triste o enojada... no sé. Era muy chica para semejante decisión.

—Ella siempre fue una chica muy calladita, muy buenita. Cuidaba al hermanito y ayudaba en la casa. La última vez que la vi fue tres o cuatro días antes de que se matara, me vino a pedir un favor —recordó el hombre y se emocionó—. Yo le hice el favor, pero no llegué a cumplirle del todo.

—¿Qué favor?

El hombre se levantó de la silla y desapareció tras una puerta. Tardó unos minutos en volver con un paquete. Con delicadeza, lo apoyó en la mesa y lo abrió; estaba envuelto con hojas de papel de diario. Diego se acercó y, como si formara parte de un ritual, pidió permiso para levantar el contenido del paquete.

—Sí, agarre, agarre —dijo el hombre.

Era una talla de madera, un medio círculo grueso que podía mantenerse parado. No era más grande que la palma de la mano de Diego.

—Es un arcoíris —explicó—. La Jenni me preguntó si yo podía hacer con madera un arcoíris. Le dije que era difícil, pero que lo iba a intentar. Me puse a trabajar con la madera muy en serio. Para los

que no tenemos hijos, todos los chicos podrían serlo. Los padres y las madres se enfocan en sus hijos, yo me enfoco en los hijos de todos. Me preocupa que el nene de la verdulera esté tantas horas en el cochecito junto a las manzanas o que la hija de la vecina de la otra cuadra camine solita hasta el colegio, a veces, cuando todavía no amaneció. Por eso, cuando la Jenni me pidió la figurita de madera, me concentré mucho. Cuando se la fui a llevar, no le gustó.

—¿Por qué? —preguntó Diego, más para alargar el encuentro que por curiosidad. Había algo en la estatuilla que lo inquietaba y no podía descifrar qué era.

—Porque no tenía colores, eso me dijo la Jenni. Entonces le propuse pintarlo, la madera queda muy linda pintada. Le pareció bien, pero no llegué a pintarlo. En la ferretería del barrio conseguí tres colores nada más y necesitaba siete.

Diego levantó la cabeza y dejó la talla de madera arriba del papel de diario.

—Siete colores —murmuró.

—Sí, muchacho. El arcoíris tiene siete colores.

Una mujer había sido asesinada. El primer llamado al 911 lo hizo una señora que se identificó como Chicha. Describió con detalles una pelea del otro lado de su pared, dijo que se despertó cuando escuchó un pedido de ayuda. El segundo llamado fue de un hombre al que le patinaba la voz. Aseguró que estaba caminando por la calle Bermúdez, buscando algún lugar abierto para comprar una cerveza, y que de repente una figura humana enorme se le tiró encima y lo empujó. Agregó que, cuando estaba en el piso, el sujeto le robó la billetera. Denunció también que el ladrón tenía la cara llena de sangre. El tercer llamado lo hizo Roxana Soriano. Lloraba al contar que, cuando llegó a la pensión en la que vivía, pasó por la habitación de Virgina; como encontró la puerta abierta, pudo ver que su amiga estaba muerta.

Cuando llegó el fiscal, dos patrulleros bloqueaban el tránsito de la calle Bermúdez. La camioneta blanca de la escena del crimen estaba estacionada de culata frente a la pensión. En la puerta, un policía pasado de kilos y de aburrimiento impedía el paso de cualquiera que no tuviera que ver con la investigación. A pesar de que miraban, comentaban y hasta sacaban fotos con sus celulares, los vecinos negaban haber escuchado algo fuera de lo común. Describían las últimas horas como tranquilas, había sido una noche más.

—Soy el fiscal Oviedo —dijo y no necesitó mostrar ninguna credencial. El policía de la puerta se corrió para dejarlo pasar—. La señora está conmigo —aclaró.

Los primeros años en el periodismo Carmen se había dedicado, junto con Diego Gualdini, a la crónica policial o crónica roja, como

les gustaba decir. Si bien las escenas del crimen le resultaban familiares y, por momentos, hasta interesantes, pocas veces Carmen se sintió tan incómoda y fuera de lugar como ese día. La sensación tenía que ver con su ropa y, sobre todo, con sus zapatos: el ruido que sus tacos altísimos hacían al rozar las baldosas le resultaban ofensivos. Los dos policías que custodiaban el final de la escalera se dieron vuelta para mirarla sin disimulo. Una falta de respeto andante, así se sentía.

Un pequeño distribuidor desembocaba en un cuartito que funcionaba como recepción. Detrás de una barra de madera, un hombre canoso, bastante desalineado, se agarraba la cabeza.

El comisario Pedro Maciel se acercó a Carmen y a Nicanor, y fue al grano; no había margen para los saludos.

—Ese que está ahí —dijo mirando de soslayo al canoso de la barra— es el dueño de la pensión. Tiene antecedentes penales por boludeces, nada grave. Le allanamos el cuarto y por ahora no hay nada que lo relacione con el homicidio, pero seguro va a quedar pegado por cafiolo, regentea a las prostitutas que viven acá...

Oviedo no esperó a que terminara la frase.

—¿Qué sabemos de la muerta?

El comisario sacó un papel arrugado del bolsillo del saco y leyó:

—Virginia Navarro, cincuenta y tres años, puta...

—Trabajadora sexual —corrigió Carmen.

—Trabajadora sexual —repitió Maciel sin levantar los ojos del papel—. Hace dos años que alquila la habitación. Según una compañera de la pensión, anoche salió a buscar clientes a la misma esquina de siempre, eso fue lo último que supo. Roxana Soriano, así se llama, volvió a la pensión en la madrugada y encontró el cadáver de la víctima. Ella fue la que dio aviso al 911. Sacamos a todos los otros inquilinos de la cama y tengo a dos oficiales preguntando. Todo es muy lumpen. Muchos estaban tan en pedo que tuvimos que hacer rondas de café para que se despertaran. El cuerpo sigue arriba, está la forense de turno y el fotógrafo. No

sabemos si además hubo robo. Guita no hay y no encontramos ningún celular. Dice la testigo Soriano que la víctima tenía celular.

—Bien —dijo el fiscal—. Buscame cámaras de seguridad de la cuadra y mandemos a alguien a la esquina donde paraba esta mujer. Ah, mandá a alguna poli mujer de civil. No es un ambiente amigo de la gorra, ¿ok?

Sin despedirse del comisario, Carmen y Oviedo recorrieron un pasillo lleno de puertas abiertas de par en par; en cada una de las habitaciones, los ocupantes esperaban ser interrogados por la policía. La última, la del fondo, era la de Virginia Navarro.

Antes de entrar percibieron el olor metálico; cuando entraron, se encontraron con un cuadro que no imaginaban. El piso de madera, dos de las paredes, la parte inferior de una de las cortinas y la sábana que hasta que llegó la médica forense había cubierto a Virginia Navarro estaban manchados con sangre. La saña con la que la mujer había sido atacada sorprendió a todos.

Carmen se quedó petrificada, hizo un esfuerzo sobrehumano para no vomitar. A Nicanor Oviedo se le fue el color de la cara, pero avanzó hacia donde la doctora Candela Olavarría trabajaba sobre el cuerpo de la víctima.

—¿Qué tenemos? —preguntó el fiscal.

—Un cadáver —respondió la médica sonriente, con coquetería.

Oviedo le devolvió la sonrisa e insistió con la pregunta. Ella respondió:

—Óbito, femenino, identificado como Virginia Navarro, tiene una data de muerte de aproximadamente cinco o siete horas, golpes en distintas partes del cuerpo, principalmente espalda y rostro. Fue agredida, además, con un objeto cortopunzante y los causales de muerte tienen que ver con los cortes. Hay un corte grande a la altura de la carótida, en el cuello, eso explicaría el motivo de tanta sangre.

—¿Agresión sexual?

—Mirá, no veo a priori las lesiones típicas, pero en la morgue

voy a tener más claro el panorama. De todas maneras, hice un hisopado vaginal para ver si hay rastros de semen.

Mientras la forense y el fiscal esbozaban teorías sobre el asesinato, Carmen pudo recomponerse. La manera en la que Nicanor miraba a la forense, el tono de voz que usaba y, sobre todo, esa postura de cazador inofensivo con el torso hacia adelante, los ojos entrecerrados y la semisonrisa le dieron el subidón de energía que necesitaba.

Carmen recorrió de a poco la habitación con las manos en los bolsillos de su blazer. Un policía viejo le había dicho años atrás que nadie resistía el impulso de tocar algo y contaminar la escena de un crimen. Insistía en que muchos deberían cortarse las manos, Carmen optó por una solución menos cruenta.

En muchos lugares ya habían trabajado los peritos de papiloscopía, el polvo para revelar las huellas digitales estaba hasta en los vidrios de las ventanas. Con tiza de color celeste, habían hecho círculos alrededor de las manchas de sangre; no de todas, solo de los gotones que podían ayudar a reconstruir el momento exacto en el que Virginia Navarro había sido golpeada y degollada.

«Arriesgó su cuerpo y su vida por unos pocos pesos», pensó Carmen mientras miraba la puerta abierta del diminuto cuarto; casi que pudo verla entrar ahí para ponerse al servicio hostil de cualquiera. Además de la cama de dos plazas que ocupaba casi todo el espacio, justo enfrente, había lugar para un mueble; los dos cajones en la parte superior estaban abiertos. Se asomó a esos secretos que ya habían sido vulnerados minutos antes por los peritos. En el primero, una pila de bombachas de diferentes colores y un par de corpiños de un encaje de mala calidad; en el segundo, un paquete de cigarrillos casi vacío, un encendedor con el escudo del Club Atlético River Plate, unas monedas apiladitas en un rincón, un chocolate cerrado y varios lápices de labios.

Nicanor Oviedo le puso la mano en el hombro, el contacto firme y tibio la devolvió al mundo real: la dueña de esas pequeñas cosas

que conformaban su universo estaba muerta. Asesinada.

—Carmen, en un rato se van a llevar el cuerpo. Si querés, buscamos un bar por la cuadra, tomamos un café y conversamos sobre los motivos que te llevaron hasta mi fiscalía. Me voy a quedar en la zona. Si cae la prensa, tengo que poner la jeta.

—Yo soy la prensa también y conmigo nunca la pusiste — cuestionó Carmen. Aunque sabía que su comentario no era profesional, se sintió aliviada tras el reproche.

Nicanor no dejaba de mirarla. Insistió con el café.

Caminaron hacia la puerta de la pensión. El dueño ya no estaba en el escritorio de la entrada; en su lugar, uno de los peritos de rastros acomodaba en una caja las bolsitas ziploc de nailon con los objetos de interés que habían levantado en la escena del crimen. Nicanor se detuvo y estiró el cuello con curiosidad.

—Haceme una lista detallada de los materiales secuestrados y mandámelos a mi mail lo antes posible —ordenó.

Carmen no llegó a escuchar la respuesta del perito, si es que la hubo. Un rayo de sol que entraba por la ventana hizo brillar el contenido de una de las bolsitas. Se acercó y, sin pedir permiso, levantó la bolsa de una punta y la puso a la altura de sus ojos. El cascabel plateado sonó con el movimiento. El mismo sonido, el mismo brillo, el mismo tamaño. En el cuarto de la prostituta asesinada habían encontrado un cascabel idéntico al que se colgaba en el cuello su madre.

El bar parecía detenido en el tiempo. Las mesas de madera forradas con una cuerina gastada a fuerza de trapos humedecidos con lavandina; las sillas que desentonaban con todo, incluso entre sí; las paredes cubiertas de pósteres amarillentos de equipos de fútbol y los vidrios opacos con las huellas de una limpieza hecha a desgano. Un ámbito que dejaba en claro la diferencia entre el tan glamoroso vintage y lo viejo, casi abandonado. El punto a favor de Cafeteando radicaba en que era el único bar cercano a la pensión donde continuaban los peritajes.

—Nicanor, vayamos pidiendo, pero no quiero que empecemos a hablar sin Diego. Tenemos mucho para contarte —dijo Carmen mientras leía un menú plastificado y con manchas de grasa.

El fiscal Oviedo pidió un café con leche y aceptó, con resignación, esperar al productor. Le había costado entender que el malestar que le provocaba Diego Gualdini no tenía que ver con su personalidad de niño grande ni con ese vozarrón que ocupaba todos los espacios, tampoco con esas remeras de cómics con las que se vestía. Lo que le causaba esa sensación entre el odio y el rechazo eran los celos. Sabía que entre Carmen y Diego solo existía una amistad, que nunca habían tenido sexo y que jamás coquetearon; sin embargo, Diego la conocía mejor, podía decodificar sus gestos, sus risas y hasta sus lágrimas. Aun durante los meses en los que Nicanor compartió la cama mullida de Carmen, Gualdini fue el primero con el que hablaba por las mañanas y su voz, lo último que ella escuchaba antes de dormir.

Al principio de la relación, mantuvo la esperanza de que Diego fuera gay. Nunca se lo preguntó a Carmen por temor a enterarse de

lo que después supo: a Diego Gualdini le gustaban las mujeres, tan mujeres como ella. Y tuvo que guardarse muchas veces los celos por dos motivos: Carmen no registraba los planteos, salvo que fueran los propios; el segundo motivo, el más ineludible, era que Nicanor estaba casado. Su estado civil diletante era el jaque mate que ella usaba para salir airoso de cada discusión.

Ahora que la tenía otra vez frente a frente, revolviendo de manera mecánica un capuccino, las emociones le cayeron con el estruendo de un choque de trenes. Aprovechó la distracción de Carmen para mirarla sin tapujos y con un toque de descaró. La melena, más rubia de lo que recordaba, le daba marco a un rostro con la perfección de lo defectivo: una boca demasiado grande que sonreía poco; unas pecas desprolijas sobre una nariz que, según la posición, podía parecer prominente y una piel blanquísima que se enrojecía tanto por el sol como por la vergüenza y los enojos. Todo coronado con los ojos más maravillosos que él hubiera visto. Nunca supo si eran verdes, celestes o azules; sí conoció el efecto de la mirada que eran capaces de lanzar.

Diego llegó cuando la atención de Nicanor había pasado del rostro de Carmen al escote que se colaba, generoso, entre los botones de la camisa. El fiscal suspiró. Diego Gualdini entorpecía hasta sus fantasías, siempre estaba en el medio de los dos. Saludó con un beso a Carmen y le tendió la mano a Nicanor mientras se pedía una Coca-Cola con limón.

—Bueno —dijo el fiscal—, los escucho, pero antes sepan que si tienen alguna información de valor van a tener que pasar por la fiscalía. Tengo una causa abierta por averiguación de causales de la muerte de tres adolescentes.

Carmen corrió la taza de su capuccino y apoyó los codos sobre la mesa.

—No me vengas con esa actitud pelotuda, Nicanor. A mí, justo a mí, no me tenés que hacer el papel de hombre probo y fiscal intachable.

Diego la frenó. Conocía a su amiga y sabía de su capacidad para mezclar lo personal, lo laboral y lo judicial cuando del otro lado estaba Nicanor Oviedo.

—Vamos a calmarnos —dijo mientras ponía su libreta de apuntes sobre la mesa. Oviedo lo miró con gesto agradecido—. Estuve en la casa de Jennifer Balbuena, su familia se fue sin dejar rastro. Dejaron la ropa de la chica y nada más. Entrevisté a un vecino y me contó que unas semanas antes de suicidarse la nena le había encargado un arcoíris de madera. El hombre es una especie de ebanista barrial.

—Yo estuve en la casa de Mariela Romero. Conocí a su madre y al hermanito que la encontró agonizando en la cucha del perro —agregó Carmen. Su tono de voz había cambiado. Cuando relataba los datos de una investigación, lo hacía con la cadencia rigurosa y, por momentos, monocorde que usaba en la televisión. Manejaba la voz como un disfraz—. Acá también aparece el arcoíris, el chiquito se la pasa dibujando arcoíris. Es el nene que dijo esa frase tan extraña. Justamente, esa frase es el motivo por el que tomé la decisión espantosa de ponerme en contacto con vos, Nicanor.

Diego forzó un pequeño carraspeo para impedir que el tsunami Carmen Hidalgo arrasara con todo y recitó en voz alta y de memoria:

—«Los fieles son arcángeles que poseen los rayos de los siete colores, los hijos los heredan.» El arcoíris tiene siete colores.

El fiscal conocía la frase, estaba en el expediente del suicidio de Mariela Romero.

—Hay algo más —dijo Carmen.

Sacó la foto de su cartera y, tal como había hecho cuando se la había mostrado a Diego, la deslizó sobre la mesa.

—Mirá esta foto, Nicanor. La encontré en la casa de mi madre. Es ella de jovencita con una nenita que no soy yo —explicó y dejó por unos segundos que el fiscal la mirara—. Fijate lo que dice al dorso.

Despacio, como imaginando lo que iba a encontrar, el fiscal dio vuelta la foto. Allí estaba escrita la misma frase.

—Noviembre de 1975 —murmuró Oviedo. Volvió a girar la foto y se concentró en la imagen—. Hay una conexión concreta entre tu madre y por lo menos uno de los suicidios. Carmen, voy a tener que hablar con ella.

Los ojos de Carmen se llenaron de lágrimas. El hombre al que amó y deseó tanto, el hombre al que le había abierto su corazón no tenía registro de esa noche en la que, entre copa y copa de vino, le reveló lo más profundo de su intimidad: la marea de desmemoria y confusión en la que se había convertido su madre. Después de esa noche, ella quiso todo con él, aunque fingió hasta el final no querer nada. Y, aun así, el llanto la asoló. Como siempre fue Diego el que puso orden en el caos.

—Nicanor, la madre de Carmen está mal. Tiene lagunas, imprecisiones. Su cabeza es un enredo, no va a poder colaborar. De hecho, no recuerda nada de esa foto.

El fiscal Oviedo perdió la compostura en un instante. Con las lágrimas rodando por las mejillas, Carmen le volvió a poner, como tantas otras veces, la vara muy alta. Le tomó las manos e intentó consolarla.

—No pasa nada, quedate tranquila. No la voy a llevar a declarar en esas condiciones...

Carmen no lo dejó continuar.

—Te olvidaste de lo que te conté —le reprochó—. No te importó, no me escuchaste. —Con un movimiento brusco, liberó sus manos de las del fiscal y cambió de tema—. Hace un rato, cuando salimos de la pensión, el perito que ordenaba los elementos secuestrados en la escena del crimen de la mujer tenía una bolsa con pruebas que me llamó la atención. Adentro había un dije, un cascabel plateado. Mi madre tiene uno igual y lo lleva puesto en el cuello desde que encontré la foto en su casa.

Nicanor frunció el ceño, agarró su celular y mandó un mensaje

de WhatsApp. En segundos obtuvo una respuesta.

—Acá me mandaron la lista de lo encontrado en el cuarto de la víctima y efectivamente la prueba número dieciocho es un, cito textual, «dije de metal plateado símil cascabel». Según me dicen, fue hallado debajo de la cama de la mujer. En el laboratorio van a ver si tiene huellas o algún rastro de ADN. Puede ser de ella o a lo mejor se le cayó al asesino.

Diego anotó de manera desprolija, en su libreta de apuntes, cada palabra de Nicanor Oviedo. Repasó las hojas con la excusa de estar buscando un dato; en realidad, estaba eligiendo las palabras para preguntarle sobre un tema que le resonaba en la cabeza.

—Oviedo, ¿le suena el nombre Malú? —disparó.

—No, ¿quién es?

—La novia de Lautaro Alcántara.

—Ah, sí, sí. En mi fiscalía cité a declarar a los padres del chico y me dejaron una lista de amigos del colegio y del club de rugby. También mencionaron a una chica que estaba saliendo con su hijo. Mi secretaria está juntando todos los domicilios para citarlos.

—Veo que para todo te tomás tu tiempo... —dijo Carmen con una media sonrisa—. ¿No tendrías que haber ido a buscar a todos esos chicos y traerlos de las orejas?

—Carmen, me estás cansando. La Justicia no funciona así. Nadie arrastra de las orejas a nadie, y menos en un caso donde tengo prácticamente probado un suicidio. Son declaraciones de rutina, nada más.

—Oviedo —intervino Diego—, después de todas estas conexiones que estamos hablando en esta mesa, ¿seguís pensando que son suicidios aislados?

Nicanor Oviedo se recostó en el respaldo de la silla y se aflojó la corbata. Sintió los ojos de ambos periodistas sobre él, expectantes.

—No, tengo acá a dos cuerdas a una mujer masacrada a golpes y a cuchillazos en su habitación y un cascabel que la conecta, de manera curiosa, con la madre de mi exnovia. —Carmen abrió la

boca para hacer una acotación, pero Diego se lo impidió con un gesto—. Y como si eso fuera poco, apareció una foto vieja con una frase que se repite en uno de los suicidios que estoy investigando. Ahora el que va a preguntar soy yo. ¿Quién es la nena de la foto? ¿Sos vos, Carmen?

—No —contestó tajante y de un manotazo se sacó los anteojos que se había puesto al comienzo de la reunión.

Diego y Nicanor sabían que, cuando Carmen se sacaba los anteojos de esa manera, no existía ninguna posibilidad de seguir hablando. Mezclaba los sentidos a su antojo. Sacarse los anteojos era en ella una doble señal: ya no quería ver y tampoco le interesaba escuchar nada más.

Entró en el régimen penal de mayores cuando tenía veintiún años, antes había pasado por un instituto de menores. La primera noche en la cárcel de adultos fue apaleado. Los guardiacárceles y los internos se turnaron para pegarle patadas y piñas. Después de casi dos horas de maltratarlo, lo dejaron tirado en un rincón del patio, como si fuera una bolsa de papas. Era invierno, la temperatura bajo cero le adormeció los dedos de los pies y de las manos y le dejó la piel helada. El frío actuó como anestesia y los dolores de las heridas casi desaparecieron. Boca abajo, con la cara pegada al piso de cemento, con dos dientes menos y con los labios hinchados, Urko sonrió. La naturaleza estaba de su lado.

Esa fue la última vez que había sentido miedo. Veinticinco años después, el corazón desbocado, el sudor bajo las axilas, las oleadas de sabor rancio en la boca y un hormigueo en todo el cuerpo lo dominaron como entonces. Horas antes había matado a una prostituta. Ella había sido la culpable. Desde muy chico, Urko supo que las mujeres siempre eran las responsables de las tentaciones y la lujuria. Ella lo había metido en esa habitación pestilente. Ella le había sacado la ropa y con los dientes le había desabrochado el cierre del pantalón. Fue ella la que no hizo caso las siete veces que Urko le dijo que no. Aunque después dudara de si realmente lo había dicho o nada más lo había pensado; era lo de menos, qué importaba.

En esa cama de sábanas percutidas y amarillentas, la mujer había maniobrado el cuerpo duro y lento del hombre a su gusto. Con un gesto, lo obligó a hundir las manos en su carne blancuzca, acolchada y húmeda. Nunca había besado a una mujer y, sin

embargo, tuvo que hacerlo. Contuvo, como pudo, las ganas de vomitar en el momento exacto en el que su lengua sintió el paladar rugoso y ácido de ella. Y no aguantó más, no aguantó un segundo más.

Todavía tenía la cara manchada de sangre ajena cuando el León lo cruzó en la esquina de la pensión. Sin mediar palabra, únicamente con el poder de su mirada, hizo subir a Urko a una camioneta.

El viaje fue tan largo como silencioso. Urko no pudo precisar en qué momento de la travesía el sueño y la adrenalina en fuga lo noquearon como si fuera un principiante en el negocio de la violencia. Cuando abrió los ojos, habían llegado a un destino incierto. De un salto, se bajó de la camioneta y se quedó parado, quieto, casi sin respirar, aguardando que ocurriera lo único que sabía hacer con certeza: recibir órdenes.

Se enteró más adelante: al espacio en el que había entrado lo llamaban iglesia. Era un galpón enorme, el sol que pegaba en el techo de chapa y la única ventana cerrada lo convertían en una asadera. La diferencia entre la temperatura de adentro y la de afuera era abismal. En el fondo, había un sillón de pana rojo sobre una alfombra con unos dibujos que no pudo descifrar. Pero supo que estaba en casa cuando vio la enorme cantidad de velas de distintos colores —algunas encendidas, otras apagadas— alrededor del piso. Se vio a sí mismo de niño, limpiando con las uñas las gotas de cera que quedaban pegoteadas formando una especie de mapa de oraciones. Porque para eso servían las velas, para orar.

Una pequeña corriente de aire lo envolvió de golpe; de esa manera se manifiestan las presencias, como ráfagas. No llegó a pestañear que ya lo tenía enfrente, a menos de un metro de distancia. Después de tantos dolores, de tantos huesos rotos, de tantas sangrías; después de horas y horas de creer que era un paria, un olvidado por la familia, allí estaba el León. Su padre, su hermano, su guía. El que todo lo sabía, el que todo lo podía.

Abrió tanto los ojos que creyó que se le iban a escapar de los cuencos, fantaseó con abarcarlo con la mirada y atesorarlo en su alma, ese lugar vacío en el que lo había preservado. Aunque no era necesario: la presencia del León estaba en cada milímetro, en cada partícula, en cada átomo de su cuerpo y su memoria.

El León no había cambiado demasiado. La larga melena de color castaño se veía apenas distinta por la presencia de algunas canas. Su barba roja seguía igual, el contraste con el blanco de la piel hacía que pareciera una fogata encendida en medio de la nieve.

Le resultó extraño estar a la misma altura. Ese gigante al que, de pequeño, había aprendido a mirar con la cabeza inclinada hacia atrás era un hombre de su mismo tamaño. Sin embargo, ese detalle que el tiempo había sabido emparejar no le hacía mella: el León seguía siendo enorme en el completo sentido de la palabra.

—Sacate la ropa y date vuelta —ordenó.

El sonido de esas pocas palabras lo dejó sin aire. Como si se hubiera deslizado por un tubo, Urko pudo revivir su infancia y no dudó un segundo en cumplir la orden. Así había sido siempre y así seguiría siendo. Más que cerrar los ojos, los apretó como si con ese gesto pudiera pegar los párpados para no separarlos nunca más.

El latigazo en la espalda hizo que tuviera que estirar la columna, luego un pichazo en la cintura provocó que se mordiera la lengua. Primero vio todo negro con puntitos de luces azules; después, una película se proyectó en su mente. Vio a un niño flaco al que se le notaban las costillas, desnudo, con el pelo pegoteado de mugre y con los pies llenos de callosidades de tanto andar descalzo. También pudo ver un pozo cavado en la tierra seca, profundo como una boca enorme lista para devorarlo. Desde el fondo del pozo se escuchaban quejidos. ¿Era un perro, un gato, otros niños? Una mano caliente, tan grande que casi le ocupaba toda la espalda lo empujó sin aviso. La presión fue firme, seca, precisa.

Urko abrió los ojos de golpe. No estaba en el fondo del pozo. Sentía sus piernas, su torso, sus genitales y su rostro pegados al

piso. Ni margen había tenido para reaccionar; el castigo del León, como siempre, había sido justo, sabio, fulminante. Primero lo había descargado sobre el brazo derecho. Después, le tocó al izquierdo. En tercer lugar, las nalgas. Un solo latigazo cubrió ambas pantorrillas. Por último, la espalda. Uno, dos, tres, cuatro, muchos más.

—Los pecados se pagan con sangre, Urko —dijo el León unos segundos antes de asestarle el último golpe con la rama fina e imperfecta de un árbol—. Muy bien, ahora levántate, vamos a hablar.

Urko se vistió rápido, la experiencia en la cárcel le había dado ciertas habilidades; entre ellas, la velocidad para todo lo que tuviera que ver con sobrevivir.

—Acercate, Urko. Te dije que tenemos que hablar.

El León estaba despatarrado en el sillón, ese trono que se había fabricado y desde el cual manejaba sin contemplación todo lo que tenía que ver con su séquito. Miró a Urko de arriba abajo, con una mezcla de desprecio y admiración. Lo conocía desde que era un niño, ese niño flaco al que se le notaban las costillas. Siempre supo que era un sobreviviente y que, a pesar de todo, también era uno de los leales, uno de los arcángeles que poseían los rayos de los siete colores.

—Te vengo siguiendo desde que saliste de la cárcel. En realidad, desde antes de que entraras en la cárcel, pero esa es otra historia. —El León hablaba pausado, no había perdido la cadencia aletargada de su voz—. Lo de anoche, Urko, no puede volver a pasar. Estoy arriesgando todo para cubrir a un asesino, no me mires así, bajá la mirada. Sos un asesino.

—Sí —murmuró Urko con la vista clavada en la punta de las botas del León.

—Pero bueno, ahora ya estás acá, en mi nueva Valkiria.

Durante años Urko había intentado olvidar todo lo relacionado con Valkiria. En ese lugar había nacido, se había criado y había

visto cómo su madre y su padre se habían marchitado. Nada había quedado de Anahí Larralde, la mujer que durante su primer año de vida lo abrazaba después de que se diera un porrazo o lo sostenía de las manos para que sus primeros pasos fueran firmes y avanzaran acompañados.

Lo que recordaba de ella no era la sonrisa enorme ni su mirada, tampoco tenía presente la voz con la que cantaba desde el Himno Nacional hasta las canciones inventadas con los ingredientes de recetas de cocina; para Urko su madre era una mata de pelo dorado que brillaba con el sol y se iluminaba bajo la luna. Pasaba muchas tardes intentando trenzar las hebras doradas mientras ella cortaba zapallitos o pelaba papas; en las noches, se enroscaba en la muñeca una tira de pelo como si fuera una pulsera y así se dormía, solo de esa manera podía conciliar el sueño. El único juguete que tuvo de niño fue el pelo de su madre. Hasta que su padre, Leonardo Rojas, se lo cortó.

La mañana del día en el que Urko, a los siete años, juró que iba a matar a su padre se habían levantado temprano. Anahí había puesto sobre la mesa lo poco que les quedaba para comer: un pedazo de pan casero que dividió en trozos, dos manzanas machucadas y una jarra de agua fresca que había sacado del pozo el día anterior. La vida que les habían prometido en Valkiria no había sido la ideal, pero Anahí sabía cómo hacer de la necesidad una virtud y silenciar el pacto que había sellado para que a su Nicolás no le sucediera lo que les había pasado a los otros niños de la comunidad.

«Basta, Anahí. No podemos seguir así», había dicho Leonardo Rojas, que trabajaba dieciocho horas por día en el campo. «Lo único que hay para comer es esta mierda, es hora de que Urko vaya con el León», eso le había propuesto. Mientras le cedía la ración de su desayuno a su marido, Anahí le recordó que su hijo no se llamaba Urko y le dijo que no estaba dispuesta a entregarlo. «Que el León se quede con mi cuerpo, con mi nenito no», le había dicho.

Urko nunca entendió los motivos que llevaron a su padre, un

hombre pacífico y resignado, a levantarse de golpe de la silla y agarrar a su madre del pelo, de ese pelo que él amaba como a nada en el mundo. Del susto se escondió detrás de un sillón, cerró los ojos y se tapó las orejas con las manos. Anahí le había enseñado una técnica para perder el miedo: «Cantá para tus adentros una canción, cualquiera, la que más te guste, y refugiate en el mundo de esa canción». Eso hizo: se imaginó jugando con el payaso al que se le pinchó la nariz y completó la historia con la imaginación, hasta que el payaso estornudó y largó infinidad de brillantina de colores por la boca.

Cuando se animó a salir de su escondite, la pelea entre sus padres había terminado. El piso de la cocina estaba tapizado con las hebras doradas que hasta hacía un rato cubrían la espalda de su madre. Se agachó y empezó a juntar los mechones, despacito, uno por uno. Cuando levantó los ojos, vio que su madre estaba de pie junto a la mesa, mirándolo. Su cabeza estaba cubierta por unos mechones cortos. A tijeretazos, su padre, la había dejado casi pelada.

Ese día el niño que todavía se llamaba Nicolás juró que iba a matar a Leonardo Rojas. Y cumplió.

La imagen del hombre desnudo, boca abajo y con las piernas abiertas, recibiendo los golpes de la vara del León la dejó tiesa. Se quedó agazapada del otro lado de la puerta de entrada a la iglesia, no podía dejar de mirar mientras trataba de entender. El León, el Hermano o el Elegido, según se hacía llamar, nunca había sido violento con ella ni con sus compañeros de purificación. Era rígido, eso sí, pero las rebeldías, las tentaciones o los cuestionamientos solían ser castigados de otra manera. Como aquella vez que fue descubierta tomando una cerveza dentro del área de Valkiria y el León la citó en la habitación privada que usaba para dormir, un lugar al que muy pocos tenían acceso, y le pidió que se quitara la ropa.

El hombre se limitó a observarla detenidamente, sin emitir palabra, durante más de dos horas. Al principio tuvo miedo; después, vergüenza. Cuando la humillación se hizo insostenible, le ordenó que se vistiera y fue en ese momento que comenzó el castigo.

—Malú, violar las reglas tiene un costo. Ya sabés lo que tenés que hacer para redimirte, un aporte con tus hermanos.

Y Malú cumplió como todos. En Valkiria se cumplía siempre.

No recordaba haber visto a ese hombre. El tamaño de su cuerpo la impresionó no solo por la altura, unos centímetros más que el León; eran sus brazos, su espalda, sus muslos. ¿Quién era? ¿De dónde había salido?

Siguió el recorrido de cada golpe, parecían no terminar más y, sin embargo, el gigante no se quejaba. Ni un grito, ni un pedido de piedad. Nada.

La muchacha sintió el peso de una mano en la nuca y se dio vuelta con el susto de quien se sabe en falta.

—Malú, no está bien espiar lo ajeno —dijo Ingrid.

—Perdón, Madre. Yo solo...

Apenas pudo balbucear el principio de una disculpa. La mano de Ingrid se posó sobre la mandíbula de la chica y, como si fuera una tenaza de carne y hueso, apretó hasta dejarle la cara adormecida.

—Silencio, Malú. Acompañame —ordenó con un susurro.

Ingrid era la Madre de Valkiria. La única mujer a la que el León le permitía ejercer el poder. Ella era la encargada de los más jóvenes, quien elegía a los aptos y apartaba a los ineptos. Su cuerpo macizo y cada centímetro de su piel ajada y repleta de arrugas amedrentaba con su sola presencia. Nadie recordaba haberla visto nunca vestida con otra cosa que no fuera una túnica blanca. Invierno o verano, daba lo mismo; Ingrid era atérmica. El pelo blanco recogido en una trenza tirante y larguísima dejaba al descubierto una frente ancha que daba marco a unos ojos pequeños, oscuros y sin pestañas; unos ojos que parecían los de un pájaro. Por boca tenía una raya fina, no había carne en sus labios; una boca que nunca había sido tocada por el arrebató de la risa.

Malú la siguió por los alrededores del galpón mientras se masajeaba la mandíbula dolorida. Por primera vez en los dos años que asistía a Valkiria no sintió miedo por las consecuencias de sus actos. La sensación era extraña, pero gratificante. Bajó la mirada y se concentró en las huellas que las alpargatas de Ingrid dejaban en la tierra, nunca había reparado en el tamaño infantil de los pies de la mujer.

Esa mañana, Dominga, su madre, le había llevado el desayuno a la cama; sin saberlo, sembró una semilla de rebeldía en su hija cuando le dijo: «Con una voluntad fuerte, incluso los débiles pueden tener el poder». La frase tenía un único fin: alentar a su hija a salir de su habitación y mitigar la tristeza que le causaba el suicidio de Lautaro Alcántara. Como tambores, esas palabras

quedaron resonando en su cabeza.

Ingrid dejó de caminar y miró a Malú con un gesto extraño. Por un momento, la chica creyó que esa revolución que se estaba gestando en su interior podía escucharse. Ingrid, la Madre, sabía todo.

—¿Pasa algo, Madre? —preguntó para ganar tiempo.

La mujer estiró sus manos de huesos deformados y con un movimiento certero le abrió la campera. Hizo un gesto extraño con la boca, de tal manera que la raya que formaban sus labios dejó al descubierto un agujero negro, redondo, perfecto. Malú retrocedió unos pasos y la miró desafiante.

—Hasta acá llegaste, Ingrid —dijo sin llamarla Madre.

Malú caminó hacia atrás sin quitarle los ojos de encima, luego le dio la espalda y corrió. De lejos, pudo escuchar los gritos de la mujer pidiendo ayuda para detenerla, pero Malú ya estaba fuera del halo de su poder. Rodeó la inmensidad del galpón sin mirar atrás. Las piernas parecían las de otro cuerpo, nunca creyó que pudieran ser tan rápidas en la huida. Sin darse cuenta, entre jadeo y jadeo, largó una carcajada. Se sentía libre.

Se detuvo unos segundos para recuperar aire, se agachó y acomodó las manos en las rodillas; las gotas de sudor le caían por la nuca y por la espalda. Levantó la cabeza para calcular cuántos metros la separaban del portón de salida del predio y en ese instante lo vio. Gastoncito, el hermano de Mariela, caminaba sin prisa. Estaba vestido con el delantal blanco de la escuela, no había asistido a clases. No era una excepción que el nene se escapara por los techos de las aulas para refugiarse en Valkiria.

Las piernas que, un segundo antes, le habían parecido supersónicas se le aflojaron por completo. Malú sacó fuerzas de una sola convicción: no había podido salvar a Lautaro, pero no iba a dejar a Gastón en manos de la comunidad. De tres zancadas llegó a donde estaba el nene.

—Vamos, vamos, nos vamos de acá. Dame la mano —dijo sin

dejar de mirar hacia atrás. Temía que Ingrid estuviera cerca.

—¿Qué te pasa, Malú? Vengo a ver al León y a la Madre —dijo el chiquito con una sonrisa.

Cómo convencer a Gastón de que ese lugar era peligroso, si ella todavía no tenía muy claro de quiénes estaba huyendo. Optó por la mentira.

—No están, no vinieron hoy. Vamos, vamos. Te invito a tomar un helado afuera.

Gastón aceptó enseguida la propuesta. No recordaba que alguien le hubiera ofrecido antes un helado. En su casa, nunca había cosas dulces; las pocas golosinas que comía se las tenía que agradecer a Ingrid, aunque últimamente ya no le daba nada.

Con paso rápido llegaron hasta el portón de hierro negro. Malú intentó destrabar la palanca, pero no pudo: estaba cerrado. Levantó la cabeza y desistió al minuto, imposible trepar semejante altura. Dejó a Gastón en la entrada y caminó hasta el lugar donde el hierro se convertía en un murallón de cemento coronado con rollos de alambres de púa. Nunca había reparado en esos detalles: el lugar estaba pensado para hacer impracticable una huida. Volvió con el nene, que esperaba impaciente; estaba entusiasmado con la idea del helado.

—Gastón, ¿por dónde entraste? —preguntó.

El chico señaló un lugar incierto del otro lado del galpón. Malú dudó, tenían que rodear el edificio y pasar por la puerta donde un rato antes había visto al León castigando al hombre misterioso. Pero no quedaba otra opción. Tomó al niño de la mano y lo hizo correr junto a ella.

Rodearon el galpón principal sin problemas y se apoyaron contra la pared de ladrillos del fondo.

—¿Por dónde, Gastoncito? —insistió Malú.

En ese terreno, durante un tiempo había funcionado una pollería. Los galpones donde criaban los pollos habían sido demolidos y habían dejado al descubierto un predio que se parecía bastante a un

campo. En los días de mucho calor, era habitual sentir un hedor que nunca había terminado de irse de esa tierra seca sobre la que muchos miembros de la comunidad armaban sus carpas. En el barrio, algunos rumoreaban que el dueño de la pollería había muerto y que había dejado sus propiedades a la deriva; otros sostenían que el municipio se lo había cedido a ese señor tan extraño de barba roja a cambio de que permitiese que se instalara allí la gente que no tenía dónde vivir. Nada de eso era verdad.

—Pasando las carpas hay una reja que tiene un agujero —contestó el nene y señaló el lugar.

—¿Y qué hay del otro lado de la reja? —preguntó Malú.

—Las vías del tren. Yo camino derecho por las vías y llego a mi casa.

Malú confió en lo que acababa de decirle Gastón, pero, cuando tomó la decisión de avanzar por el campamento de manera tranquila, para no llamar la atención, ya era tarde. Ya no había vuelta atrás.

A menudo imaginaba que los pasos que daba en la calle de tierra de la cuadra de su casa los hacía sobre alguna baldosa de la Capital. Cuando saltaba la zanja para llegar al casco del pueblo, cerraba los ojos y hacía de cuenta de que era el impulso de una ola del mar, un impulso inventado, porque Nazarena Capellán no conocía el mar. Había nacido en Sanuribe y siempre vivió en ese páramo de la provincia de Buenos Aires.

Dos veces había escapado del hastío de las casas bajas: la primera, cuando tenía ocho años y con su familia fueron de vacaciones a Mendoza; la segunda había sido un año atrás, un autorregalo para su cumpleaños número treinta y cuatro. Su capacidad de ahorro no le permitió llegar muy lejos, pero Tandil y su piedra movediza le habían gustado mucho. Después del infarto que, como un rayo, se llevó a su madre, Nazarena y su papá, un viudo en pena que nunca llegó a recuperarse de la ausencia de su esposa, se mudaron a la casa de su tía, esa mujer que, sin saberlo, la había salvado de la orfandad.

La casa de la tía era una de las más antiguas de Sanuribe. Muchos decían, un poco en serio y un poco en broma, que primero había llegado el caserón y después todo lo demás. La adolescencia de Nazarena no pudo haber tenido un escenario mejor: una sala enorme y fresca, con una galería estilo colonial que daba a un jardín que su tía cuidaba con un esmero pocas veces visto. Rodeada del verdor, aprendió que nunca hay que plantar un rosal en el lugar donde haya habido anteriormente rosas. «No se llevan bien con sus antepasados», aseguraba la tía con rigor científico. También aprendió que el aroma de los jazmines tenía un efecto similiar al de

los sedantes, afirmación que la llevó a dormir durante las calurosas tardes de verano en la reposera, debajo de cataratas de jazmines.

Los inviernos en el campo eran cosa seria. La red de gas natural no llegaba fuera de la zona urbana y la casa se calefaccionaba con salamandras en las habitaciones y una chimenea gigante que, como solían decir entre risas y alrededor del fuego, consumía bosques enteros de quebrachos.

Los tiempos felices terminaron de golpe. Una noche a principios de otoño, cuando estaban en la cocina preparando las semillas para empezar a hacer las plantaciones que comenzarían a crecer en primavera, Martiniano, el padre de Nazarena dijo: «Extraño a Paulina». Lo dijo con el pijama puesto y después de dar el beso de las buenas noches. Sabía que era el beso de la despedida. Amaneció muerto, en su cama. Y otra vez el rayo. Y otra vez su tía la salvó. Por eso, Nazarena sentía que ahora era su turno.

La tía estaba vieja, ya no se ocupaba del jardín. La artrosis había convertido sus manos, que supieron gestar las mejores plantas del pueblo, en unas manoplas de huesos torcidos. Daba pena verla convertida en una mujer vestida de negro, sentada en la mecedora con la vista fija en una pared. Ella, que no paraba un minuto desde el primer canto del gallo; la que apenas si se apoyaba en la mesada para picotear algún trozo de queso o salame en el almuerzo; la que con la helada o bajo un sol lacerante caminaba, arrastrando el changuito de metal, hasta el pueblo para que en la alacena de la casona siempre hubiera frutas, verduras o leche recién comprada.

Solo los domingos la tía parecía revivir. No necesitaba la agenda ni el despertador. Se levantaba al alba, como siempre, y decía: «Hoy es día de feria, vamos». Había desarrollado el poder de adivinar los domingos; ese día que para muchos era de fe, para ella, era de trabajo. Las recetas de mermeladas caseras habían sido la herencia en vida que le había tocado a Nazarena. De lunes a sábado trozaba fruta, esterilizaba frascos de vidrio y revolvía con movimientos hipnóticos el dulce en la olla de cobre.

La feria de Sanuribe era mucho más que el lugar donde se compraban, se vendían o se canjeaban productos; era el escenario de los sociales: «Doña Eulogia se fue para la capital con los hijos»; «Los García pudieron poner electricidad en la casa»; «Patricia, la señorita de la escuela, está embarazada»; «Desapareció Cachito, el perro de la despensa». Perderse la feria de los domingos era peor que no leer el diario durante una semana: el que no iba quedaba dando vueltas sin saber qué pésame dar o qué alegría celebrar.

A Nazarena Capellán la divertían las cosas de pueblo, pero, a pesar de ser nacida y criada en esas costumbres, no era exactamente lo que se considera una chica de pueblo. O sí, pero se negaba a aceptarlo y hacía de ese criterio casi una decisión política.

Una vez al mes se tomaba el micro que terminaba el recorrido en la cabecera del partido. Se acercaba al kiosco de revistas del Centro —así denominaban lo que para todos era una ciudad pequeña o un pueblo grande—, compraba una revista de modas y la estudiaba al detalle mientras tomaba un cortado en la confitería de la plaza.

A tres cuadras, la vieja farmacia había devenido en local multimarcas. Nazarena había buscado en Internet lo que significaba la palabra *multimarcas*; cuando lo supo, pegó un grito de emoción. Pudo comprarse ropa de ciudad y dejar en el fondo del ropero esos vestidos —«batones», decía la tía— que la mimetizaban con otras mujeres con las que ella no se identificaba. Había adoptado un corte de pelo desmechado —así decían en la revista—, y se había decolorado las puntas pasando de un castaño oscuro a uno más claro y luminoso. También usaba pantalones chupines y unos remerones que dejaban al descubierto alguno de sus hombros. Dentro de sus posibilidades económicas, intentaba copiar el estilo de las modelos y también seguía de cerca los looks de Carmen Hidalgo.

Todas las semanas se sentaba frente al televisor para verla. No le interesaban los informes ni las investigaciones; Nazarena solo quería analizar cómo combinaba la periodista los trajes elegantes

con las remeras informales. Cuando conseguía señal de wifi, se metía en la cuenta de Twitter de Carmen para tomar nota de las marcas que la vestían para la televisión. Hasta que una tarde un posteo de la periodista le llamó la atención. No era información sobre una campera de cuero ni la dirección para aprovechar la rebaja de un par de botas de lluvia; Carmen había subido una foto en la que una chica muy joven y linda posaba con una nenita. La periodista pedía ayuda para identificar a la chiquita y decía que la joven era su madre.

Lo primero que hizo Nazarena fue agrandar la foto. Le daba una intriga atroz ver cómo era físicamente la madre de Carmen Hidalgo. No se sorprendió: era tan linda como la hija. Se la quedó mirando un buen rato; le hacía acordar a alguien, pero no estaba demasiado segura de a quién. Tomó nota de ese pelo tan lacio y durante un rato fantaseó con la idea de dejarse ese estilo tan despojado de los años setenta. También se quedó pensando en esa túnica blanca que vestía, pero la descartó de cuajo; el blanco era un color que solo se lucía en mujeres bien flacas y, aunque ella no era gorda, unos rollitos en la cintura se negaban a ceder espacio. Luego de descartar el peinado y la ropa, hubo otra cosa que le resultó llamativa. Miró atentamente la foto para desechar dudas; después de unos segundos, se dio cuenta de que esa foto había sido sacada en Sanuribe, su pueblo. Las casas bajas y, sobre todo, la torre tubular hacían imposible la confusión.

Nazarena se entusiasmó: la chatura de su lugar de origen había saltado del ostracismo a las redes sociales de una periodista famosa. Sonrió nerviosa, como quien está a punto de sacar el número ganador del sorteo de Navidad. Volvió a observar la foto. ¿Dónde había visto a esa mujer? La agrandó más desde la pantalla de su celular e hizo memoria hasta que logró descifrar el pequeño misterio. Decidió contestar el pedido público de Carmen.

Antes de enviar la respuesta, escribió y borró varias veces. Le daba mucha vergüenza poner alguna palabra inadecuada o que la

frase estuviera mal redactada, con errores. Finalmente se conformó con el siguiente mensaje: «Hola, Carmen. Tu mamá se parece a una amiga de mi tía, en su casa hay una foto parecida. Te veo siempre en tu programa, sos una genia. Saludos». Cerró la aplicación, y esperó una respuesta.

Lo que más fastidiaba a la agente Soledad Noriega no eran las botas de tacos altísimos ni el top encorsetado que no la dejaba respirar con comodidad. Era la etiqueta de los shorts de licra que se le clavaba en la cintura con cada movimiento. Esa etiqueta que tendría que haber arrancado antes de salir del departamento de investigaciones ponía en riesgo su concentración.

Dos horas antes, la orden había llegado a la División Homicidios: tenían menos de veinticuatro horas para esclarecer el crimen de una prostituta en el barrio de Devoto. El jefe Pavón los había juntado a todos en la sala de reuniones y los había puesto al tanto de lo poco que la comisaría zonal había recolectado. La cosa parecía ser seria. El jefe no había podido engominarse el pelo como solía hacer; había saludado sin dejar de acomodarse los mechones rebeldes, mientras repartía fotocopias de las primeras actuaciones hechas en la escena del crimen.

—¿Una hoja nada más? —preguntó Soledad con desgano.

—Y no descartemos que sea una hoja llena de datos de mierda juntados de mala gana por los primeros policías que llegaron al lugar, lo de siempre. La investigación la tiene el fiscal Nicanor Oviedo.

Los cinco policías convocados se removieron en sus sillas: el fiscal era conocido por su exigencia extrema. El jefe empezó a distribuir las tareas.

—Otamendi, Miranda y Martínez, ustedes tres vayan a la escena del crimen. Cuello, ocúpate de las cámaras de seguridad de la zona y vos, Noriega, metete en la runfla del barrio. Es zona caliente, complicada. Mucho fiolo, mucha puta.

La agente Soledad Noriega hizo un gesto de resignación, era incapaz de negarse a las órdenes del jefe Pavón; había sido él quien la había rescatado del tedio de llenar durante cuatro años las planillas en el área de robo de automotores.

—Jefe, con la yuta peinando el barrio deben estar todos debajo de la cama —dijo con lógica.

—Tema tuyo, Soledad. ¿Para qué carajo laburás en homicidios? Agarralos del forro de las pelotas y sacalos de abajo de la cama, querida —dijo y miró a su equipo uno por uno—. ¡Vamos, a mover el culo! No hay tiempo que perder.

Dejaron la oficina a la par. Soledad se quedó unos segundos parada frente a su escritorio, mirando la pantalla de la computadora, con el paisaje de un mar Caribe que, presumía, nunca iba a conocer. Al lado, había puesto la foto de su hijo disfrazado de Barney en su cumpleaños de cinco; ese hijo al que, por trabajo, cada vez veía menos.

«Mover el culo», había dicho el jefe. Tuvo una idea. Con una sonrisa, salió de la oficina y bajó hasta la recepción del departamento de policía.

—Hola, Merceditas, necesito tu ayuda —dijo Soledad mientras se apoyaba en el escritorio de la recepcionista—. ¿Te acordás de cuando el otro día me contaste que habías arrancado con las clases de zumba y que la pasabas muy bien armando el vestuario para las coreografías?

—Claro, Sole —respondió la recepcionista y, con un movimiento rápido, se soltó la mata de rulos negros con la gracia de quien está a punto de subir a un escenario de la avenida Corrientes—. Venite cuando quieras a las clases, te va a hacer genial para despejarte un poco la cabeza. Estamos armando una córeo con la música de “Despacito”...

—Pará, pará —dijo la agente—. Necesito que me prestes la ropa que usás, ¿la tenés acá?

—Sí, está en mi locker —respondió Merceditas, confundida.

La agente Noriega se encerró en el baño, abrió el bolso de la recepcionista y lo vació en el piso. Separó medias, shorts, un top de lentejuelas y un par de botas. No pudo evitar preguntarse de qué manera la recepcionista podía bailar con esos tacos, pero agradeció la osadía.

Se desnudó frente al espejo. Su ropa interior de algodón simple estaba muy alejada del rol que tenía que interpretar; de todas maneras, no pensaba llegar a tanto. No recordaba la última vez que se había arreglado ni cuándo había decidido dejar de vestirse con la ropa que se supone debe vestir una mujer. Su cuerpo robusto solo se enfundaba en pantalones de jeans o de gabardina en invierno y de algodón en verano; remeras de manga larga o corta, blancas, negras o grises; camperas de cuero o chalecos de lona; zapatillas o botas de cuero cortas.

El espejo le devolvía una imagen que la sorprendía. Se desató el rodete que sabía hacerse hasta con los ojos cerrados y una catarata castaña le cubrió los hombros. Se pintó los labios de un rojo intenso y se acomodó el arma en la cadera, el elástico de los shorts era tan ajustado que la sostuvo con firmeza.

El área de trabajo era bastante amplia, un radio que abarcaba cinco avenidas y varias calles, plazoletas pequeñas y pasajes. Arrancó como indicaba el protocolo: de adentro hacia afuera. Caminó la cuadra de la pensión en la que habían matado a la prostituta. A pesar de que no era su trabajo, no pudo evitar memorizar cada uno de los postes o locales que tenían cámaras de seguridad; los años buscando autos robados le habían dejado algunas costumbres.

No había llegado aún a la esquina en la que, según el dueño de la pensión, solía parar Virginia cuando un empujón la estampó contra la persiana cerrada de un locutorio. El agresor la tenía agarrada de la nuca para que no se diera vuelta. Soledad puso la cabeza en funcionamiento: con seguridad se trataba de un hombre, era extraño encontrar a una mujer que fuera más alta que ella montada

en las botas con tacos de quince centímetros. Además, la firmeza y la fuerza de esa mano terminaron de convencerla. Y más aún el olor: la persona que la tenía inmovilizada tenía puesto un perfume frutal, el mismo que ella había comprado a menudo en una cadena de perfumerías.

—Ni se te ocurra hacer tu parada acá, ¿me escuchaste?

Soledad levantó las manos y se aclaró la garganta.

—¡Eh, aflojá un poco! No quiero usar tu parada —dijo para defenderse.

Pero quien la había inmovilizado le dio un tirón en el brazo y la obligó a darse vuelta.

—Soy Oriana. ¿De dónde saliste vos? —preguntó con la boca fruncida.

Oriana era una travesti. Desde muy chica había sido golpeada, humillada y discriminada. Su familia la había excluido y ella, abrazada al concepto de ser lo que sentía ser, había armado su propia familia en la calle. La esquina que defendía era el espacio en el que su autonomía se reafirmaba.

—Me llamo Sole y no te quiero robar la parada —dijo la agente mientras con disimulo se aseguraba de que el arma seguía donde tenía que estar—. Soy amiga de Virginia, la chica que mataron anoche, y me vine hasta este barrio para saber qué pasó.

Oriana se alejó unos pasos sin dejar de controlar la situación. Se acomodó la campera deportiva y, con un dedo, se limpió la comisura de los labios con la pericia de quienes saben que los labiales suelen salirse de los límites establecidos.

—Ninguna amiga de Vigui diría «Virginia» —dijo con énfasis—. Ella odiaba su nombre, porque decía que Virginia venía de virgen. —Sonrió con la mirada perdida, evocando algún recuerdo.

—Lo sé, lo sé —dijo Soledad intentando neutralizar el jaque mate de Oriana—, pero nunca me dijo cómo se hacía llamar en este barrio.

Oriana parpadeó con coquetería; a pesar de que le faltaban las

pestañas postizas en uno de sus ojos, el gesto le sentaba encantador.

—¿Qué querés saber? —preguntó sin vueltas.

—Dónde estuvo ayer antes de que la mataran, si estaba amenazada, si algún fiolo la estaba apretando, si tenía alguna disputa con compañeras de calle... No sé, cualquier cosa que me ayude a entender qué pasó y quién la mató.

—El Comilón —dijo Oriana.

—¿El Comilón? ¿Quién es?

—Problema tuyo, linda. Yo no voy a decir nada más. A los golpes aprendí cuántas palabras salen de mi boca.

La agente Soledad Noriega no insistió. Tenía claro que cuando una persona decidía hablar era tan firme como cuando decidía dejar de hacerlo. Le agradeció el dato y le pidió permiso para seguir con la caminata por esas calles que parecían vedadas. Oriana aceptó todas las demandas, pero antes de dejarla seguir, acotó:

—Piba, tené cuidado de que en el Comilón no se den cuenta del fierro que tenés en la cintura. Ellos no son damas como yo.

Cruzaron una mirada cómplice y se despidieron.

23

Lo primero que vio cuando abrió los ojos fue un techo de madera oscura. Los tirantes iban de un lado a otro; entre los listones, se podían distinguir las planchas de fibra de vidrio sobre las que habían sido sujetados con clavos y tornillos.

Uno, dos, tres, cuatro a la derecha. Cinco, seis, siete, ocho a la izquierda. Durante un buen rato —una hora, dos o tres—, se dedicó a contar cada tornillo, cada clavo que sobresalía de las muescas de la madera. Lo siguió haciendo hasta que tuvo un motivo para dejar de contar. Y cuando el motivo tomó cuerpo y forma, frenó de golpe y su cabeza arrancó de nuevo como si desde algún lugar alguien hubiese apretado el botón de reiniciar.

—Malú, ¿estás acá? Malú, Malú...

La voz —casi un susurro— de Gastón la puso en funcionamiento. Se sentó en la cama; sí, era una cama. Una cama grande de dos plazas, con las sábanas más suaves y las almohadas más mullidas que había visto en su vida. Con la punta de los dedos acarició todo rápido, como si por ese lugar se atesorara la memoria.

Dos veladores y una lámpara de pie iluminaban el cuarto. La única ventana estaba cerrada y con la persiana baja, imposible saber si era de día o de noche. Y la voz de Gastón que seguía insistiendo.

Corrió el acolchado, también era hermoso; todo en esa cama estaba hecho para quedarse. Un canto de sirenas cómodo, perfumado, esponjoso, pero Malú tenía algo bien claro: debía levantarse.

Caminó en puntas de pie hasta el mueble que tenía enfrente. Era de una madera muy distinta a la del techo, de un color mucho más

parejo; como mesada, una enormidad de mármol rosa. Sobre el mueble, nada.

En la pared, había un espejo enorme, con un marco ancho y dorado. No pudo evitar mirarse. Alguien le había quitado sus calzas, su buzo azul, su campera de jean y la había vestido con una túnica blanca. Durante unos minutos se fijó en el contraste que su piel negra hacía con el blanco del género que la cubría. También le habían sacado la hebilla que ordenaba su pelo mota, oscuro, imponente. Le costó reconocerse en la imagen pura que le devolvía el espejo. Respiró hondo y se puso de perfil.

Miró sin vergüenza su panza, que ya no se veía tan chata. Con ambas manos estiró la túnica y sonrió. Durante cuatro meses, se dedicó a ocultar los signos evidentes de su embarazo: cambió los pantalones ajustados por calzas elastizadas; las remeras cortas por buzos anchos y disfrazó las náuseas y los vómitos con ataques al hígado.

—Malú, Malú...

La voz de Gastoncito otra vez. En la habitación no había nadie más que ella. Miró debajo de la cama y adentro de un placard en el que solo había túnicas blancas colgadas en perchas de pana negra. El nene no estaba.

—Gastón, ¿me escuchás? ¿Dónde estás? —dijo en voz baja.

Dos golpecitos del otro lado de la ventana la sobresaltaron. Malú buscó en vano la correa para levantar la persiana: no había. Las mangas de la túnica le quedaban largas; se arremangó e intentó meter los dedos entre el borde de la persiana y el marco de la ventana, pero no entraban. Apoyó las palmas en el metal y tiró hacia arriba. No consiguió que se moviera ni un centímetro.

—Malú, Malú... —insistió Gastón.

—Ya va, Gastón. Fijate si del otro lado está la soga para levantar la persiana, ¿la ves? —preguntó acercando la boca a las hendidias de metal.

Gastón no contestó. Del otro lado solo se escuchaba un llanto

oprimido. Con el corazón desbocado, fue hasta el placard, descolgó con furia una de las túnicas blancas y se quedó con la percha. Volvió a la ventana y la introdujo en el pequeño espacio por el que sus dedos no habían entrado. El alambre se deslizó sin resistencia. Un raptó de optimismo le dio la calma que necesitaba. Despacio, pero con firmeza, empezó a hacer palanca para que el hueco se agrandara. Aunque empezó a transpirar y unas gotas de sudor le cayeron por la cara, evitó la tentación de secarse; no podía distraerse. Cuando la apertura le pareció suficiente, metió una mano, mientras con la otra seguía sosteniendo la percha. Por fin la persiana empezó a ceder.

El sudor había llegado a sus ojos, casi no veía. Largó el alambre y metió la otra mano. Con un grito de dientes apretados consiguió levantar la persiana hasta la mitad.

—Hola, Malú. Te queda bien la desesperación, mejor que la túnica.

Sacó las manos de golpe con la esperanza de que la persiana volviera a bajar del todo, pero quedó trabada a la misma altura. Del otro lado, había un cuarto similar. Y no estaba Gastón, como ella había creído, sino la persona menos pensada. Tuvo que sostenerse del marco de la ventana para no desmoronarse. El León la miraba con sorna. Él también estaba vestido con una túnica blanca, pero del cuello le colgaba una chalina celeste.

—¿Dónde está Gastón? —preguntó Malú.

Sin sacarle los ojos de encima, el León largó una carcajada siniestra. En ese instante, Malú registró la locura que habitaba dentro de quien se consideraba el Elegido; ese líder a quien ella había admirado, en el que había confiado y a quien le había cedido, de alguna manera, a Lautaro. Cuando conoció al León, creyó haber encontrado en él al padre o al abuelo que nunca había tenido.

Todo empezó cuando, con el ahorro de las propinas del bar, decidió tomar clases de boxeo. Al principio, averiguó precios en varios gimnasios de Palermo y Belgrano; luego extendió el radio de

búsqueda hasta Nuñez, pero los precios le resultaron inalcanzables. No le quedaba otra que aprovechar las clases gratis de prueba, que servirían solo para confirmar que «la felicidad es cara», como siempre le decía su mamá. Hasta que un sábado su suerte pareció cambiar.

Pasado el mediodía, salió de su casa decidida a dar varias vueltas alrededor de la plaza de San Justo. Tenía ganas de correr y, además, de pasear por la feria de artesanos que tanto le gustaba. Pero el plan quedó truncado cuando, después de dar cuatro vueltas a ritmo rápido, la lluvia dificultó la carrera. Le hubiera encantado seguir haciendo deporte bajo la lluvia, pero no quería arriesgar el único par de zapatillas que tenía; no sabía cuánto podían resistir si se mojaban.

Caminó por la calle Almafuerte y se refugió bajo el techito de una santería. Durante un buen rato, se entretuvo mirando los objetos desde el otro lado de la vidriera: estatuas pequeñas de santos, rosarios de pelotitas brillantes y coloridas, pilas de estampitas esparcidas entre velas de colores y mazos de cartas de tarot. Su madre era una experta lectora de tarot, pero sus dotes de bruja terminaron el día en el que dio vuelta una carta que no le gustó y tiró el mazo a la basura.

Malú entró en la santería y se concentró en un mazo de cartas con diseños preciosos. Preguntó cuánto salían; la respuesta la desalentó y las dejó en la repisa donde las había encontrado.

—Si te gustan, te las regalo —le dijo un cliente que esperaba en la fila para pagar una caja llena de velas.

Ese fue el primer regalo que le hizo el León. Pero no fueron las cartas de tarot lo más importante; fueron las charlas, la contención y el nulo interés sexual que el hombre le demostraba. Y, también, esa comunidad de la que se sintió parte desde el primer momento; ese lugar en el cual todos eran iguales. Allí no había ricos ni pobres; no interesaba si iban gordos o flacos, tampoco si eran lindos o feos. Malú fantaseaba con que toda la gente que amaba

formara parte de esa comunidad: la comunidad del León.

Pero ahora que lo tenía frente a frente, que en sus ojos se evidenciaba la demencia, que su olor era el de un animal desbocado y su risa sonaba siniestra, Malú tuvo miedo. Cuando notó cómo él miraba su panza, queriendo poseer lo que era de ella, entendió por qué nunca le había hablado a su madre del León. Dominga habría sabido. Dominga la habría rescatado. Pero no había espacio para lamentos ni culpas; era el momento de defender lo más importante que tenía, quizá lo único: el hijo que crecía en su vientre.

—¿Dónde está Gastón? —repitió con más firmeza.

León caminó despacio hasta la ventana y levantó un grabador muy pequeño. Con el dedo, apretó una tecla y la voz del nene inundó las dos habitaciones: «Malú, Malú...». Y otra vez la carcajada, el desvarío. Tenía que huir, no le quedaba otra alternativa, pero ¿cómo?

Estaba encerrada en lo que suponía era el templo. La comunidad se dividía en varias estancias: el galpón-iglesia, donde León daba sus charlas; la casita de Ingrid, que reunía a los chicos del barrio; el taller en el que se guardaba la comida y todo tipo de herramientas; el campito, la zona de acampe de los fieles y, por último, el templo. Allí vivía el León. Malú nunca había estado en ese lugar. ¿A dónde daba? ¿Cuántas puertas tenía? ¿Alguien podría escuchar sus gritos?

No llegó a contestarse ninguna de las preguntas. Mientras miraba al León, por detrás, alguien la tomó de ambos brazos y la inmovilizó.

—No me hagan nada, estoy embarazada, por favor —dijo antes de largarse a llorar.

El León sonrió y lentamente bajó la persiana. Malú quedó del otro lado, pero ya no estaba sola. El hombre al que el Elegido había golpeado y humillado en el galpón la sostenía de los brazos. Sin otra opción, siguió pidiendo piedad.

—Por favor, no me hagas nada. ¿Quién sos?

Urko la hizo dar vuelta y, al quedar enfrentados, descargó su

mirada sobre el vientre turgente de Malú. Intentó apoyar su mano grande y áspera, pero Malú retrocedió y le impidió el contacto. Urko repitió mientras no dejaba de mirarle el vientre:

—Los fieles son arcángeles que poseen los rayos de los siete colores, los hijos los heredan.

La agente Soledad Noriega leyó el menú del día en la pizarra del bar El Comilón. Ofrecían milanesas de carne con ensalada de lechuga y tomate (la otra posible guarnición era puré de papas) y macedonia de frutas, o arroz con pollo y budín de pan. En ambos casos, estaba incluida la bebida: gaseosa o agua, y café. Memorizó el menú para aportar esos datos a quienes estaban trabajando en la autopsia del cuerpo de la prostituta. Si, como pensaba, Virginia había consumido su última cena en ese lugar, los restos de alguno de esos platos deberían estar en su estómago.

Miró por la ventana: aunque ya habían abierto el lugar, las mesas estaban vacías, no había ningún cliente. Con disimulo, la agente acomodó la etiqueta del short que la tenía a mal traer e hizo caso al consejo de Oriana: puso el arma a la altura de su axila derecha y la sostuvo con el corpiño, la campera de cuero ayudaba a disimular.

En el fondo del salón, un señor vestido con una camisa de mangas cortas color marrón limpiaba con un trapo rejilla la mesada del mostrador. El olor a lavandina inundaba todo. Soledad controló la arcada que le produjo y se sentó a la mesa que daba contra la ventana. Desde esa posición, podía ver la calle y el interior del bar.

El mozo levantó la cabeza, pero, antes de antenderla, decidió terminar de acomodar en los estantes las tazas y los vasos recién lavados. Soledad no se inmutó, especuló que esos eran los códigos y los iba a respetar. Se distrajo jugando con uno de los jueguitos de su celular. Se le daban muy bien los interrogatorios y el análisis de los escenarios en el Criminal Case.

—¿Vas a almorzar o qué? —preguntó el mozo.

Soledad se sobresaltó, no lo había visto venir. El celular se le

escapó de las manos y cayó al piso.

—Ay, perdón, me asusté —dijo mientras se agachaba a buscar el teléfono. En ese momento, se le ocurrió aprovechar el percance y convertirlo en beneficio. Levantó la cabeza y continuó con voz quebrada—: Estoy muy sensible. Le pido disculpas, es que no puedo creer lo que pasó con mi amiga Vigui.

El gesto del mozo fue indescifrable. Las cejas negras de tan tupidas impedían ver los movimientos de los párpados y el bigote mal recortado dejaba su boca expuesta en una mueca tan extraña como permanente. Soledad insistió:

—¿Se enteró de lo que pasó con Vigui?

—¿Qué Vigui? Nunca escuché ese nombre —dijo impaciente, descargando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Se llamaba Virginia. Una chica que trabajaba por esta cuadra, la mataron.

—¿Dónde trabajaba? ¿En la panadería de doña Diana? —preguntó interesado.

Desde el mostrador, otro mozo más joven se metió en la conversación. Le habló a su compañero como si Soledad no estuviera presente.

—No, Carlitos, qué panadería ni ocho cuartos. Era puta, una de las putas que hacen parada en la esquina del terreno baldío. El pibe que trae las verduras me contó hoy que estaba lleno de canas en la pensión esa que está cerca de la avenida.

Carlitos hizo otro gesto indescifrable. Soledad se acomodó el elástico del short y se paró. Caminó hasta el mostrador y se acodó en el único espacio en el que la lavandina parecía no haber hecho estragos.

—Estoy desesperada de tanta tristeza —dijo apoyando la cabeza entre las manos—. Quiero saber quién la mató. La yuta no va a averiguar nada de nada. Las putas no le interesamos a nadie.

—Qué sé yo, piba. Tomate un trago de ginebra, la casa invita. Me quedé impresionado yo también. La piba estuvo anoche

morfando acá y ahora caput.

El corazón de la agente Noriega se aceleró. Tenía que seguir con su rol sufriente.

—Te acepto el trago, gracias. ¿Y qué dijo anoche la Vigui? ¿Estaba bien?

—Como siempre —contestó parco, mientras servía hasta el borde la ginebra en dos vasos chicos—. Llegó más temprano, seguro por la tormenta esa que anunciaron, que al final fueron dos gotas de mierda, y se sentó en la mesa esa del fondo. Había un chabón antes y compartieron la mesa.

—Ah, pero ¿el tipo la estaba esperando?

—No, no. Ya estaba, llegó solo. Pero se fueron juntos. Era rápida la Vigui —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro.

Soledad tomó un trago corto de ginebra y siguió:

—Y ¿cómo era el tipo? Físicamente, digo.

El mozo vació el vaso de un trago y se quedó unos segundos haciendo memoria.

—Era raro, no sé. Muy grande, eso sí. Alto. Se nota que hace gimnasia o algo. La cabeza rapada tenía, parejita, parejita. No le miré la pilcha, pero se fueron juntos, sí. Ahora que pienso, era muy alto, eh. Le llevaba como tres cabezas a la Vigui. —Se sirvió otro vaso de ginebra y levantó la botella, pero Soledad se negó con la mano en alto—. Pobre tipa, che.

—¿Y para dónde se fueron? ¿Llegaste a ver?

—Sí, para el lado de la pensión. La Vigui se lo llevó a la cucha, seguro.

Soledad pidió permiso para ir al baño y le mandó al jefe Pavón la descripción del que podría haber sido el último en ver con vida a Virginia. Pavón respondió al instante con el emoji de aplausos y le envió unas fotos que tardaban en cargarse. En el baño no había buena señal.

Cuando salió, el mozo de gesto incomprensible la esperaba en la mesa con el menú en la mano. Soledad pidió un tostado de jamón y

queso y aprovechó para mirar las fotos que, finalmente, se habían cargado. Eran capturas de una cámara de seguridad. Las imágenes eran bastante claras: un hombre calvo y de gran contextura física caminaba tranquilo por una calle del barrio. Según la hora del registro, había sido filmado luego del crimen de Virginia. La agente masticó sin ganas los bordes del sánduche. Antes de irse, se arrimó al mostrador.

—¿Es este? —preguntó y acercó la pantalla del celular a la cara del mozo.

El hombre la miró con desconfianza y asintió de manera casi imperceptible.

No pudieron detenerla. La mujer era una tromba. Había entrado en el edificio de Tribunales a los gritos. Ni el guardia de seguridad ni las secretarias de jueces y fiscales se animaron a frenarla.

El prelude del estallido había tenido lugar unas horas antes. Su hija Malú había salido temprano, como todos los días. Los dos colectivos que tomaba para llegar al bar en el que trabajaba solían demorarse, porque los baches en las calles del barrio se llenaban de agua y el chofer se veía en la obligación de cambiar el recorrido, o porque las empresas no llegaban a reparar las fallas mecánicas y contaban con menos unidades. Cualquiera fueran las causas, los perjudicados siempre eran los mismos.

Dominga vivía atenta a su hija: amistades, alimentación, vestimenta. Todo lo que ella consideraba riesgoso era sinónimo de peleas y largas charlas que terminaban de la misma manera: la mujer, con lágrimas, y Malú, ideando nuevas estrategias para escabullirse del control maternal. Sin embargo, la mañana en la que había visto a su hija por última vez todo había transcurrido en calma. Malú había tomado la decisión de seguir adelante con su vida. Mientras cortaba bananas y pomelos para el desayuno, Dominga pensó que la tristeza que cargaba su hija por el suicidio de su noviecito había quedado atrás.

—¡Si no me atienden ya mismo, voy a quemar este lugar con todos ustedes adentro! —gritó.

Metió la mano dentro de la bolsa de las compras y empezó a revolver naranjas contra una pared. Las personas que atestaban los pasillos se detuvieron a ver la escena, muchos filmaron con sus teléfonos celulares. No era habitual ver a una mujer negra, vestida

con un tapado de paño rojo chillón y una melena afro que ondeaba al ritmo de los movimientos furiosos de un cuerpo excedido en kilos, montar semejante escándalo ante la mirada, entre risueña y preocupada, de los dos policías que se habían acercado.

La puerta de madera con el cartel dorado que decía «Nicanor Oviedo. Fiscal» se abrió de golpe. El griterío y el estruendo de una de las naranjas que fue a dar contra la pared lo hizo saltar de su silla.

—¿Qué es este conventillo?! —gritó con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Los policías intentaron explicarle, pero Dominga se adelantó y se plantó frente a Oviedo.

—¡Quiero que alguien me atienda, mi hija desapareció! —dijo con la bolsa colgada en el hombro y una naranja en cada mano.

—No es este el lugar, señora. Tiene que radicar la denuncia en la comisaría. Además, yo no estoy de turno en este momento. Se retira ya mismo del edificio o la mando detener —explicó el fiscal sin dejar de estar atento a las naranjas.

Cuando todos esperaban una reacción más desmedida, la mujer se puso a llorar. Oviedo se pasó la mano por la cabeza con hastío e intentó calmarla. Su gesto nada tenía que ver con la empatía, pero había notado que varios testigos estaban registrando el momento con sus teléfonos y no quería quedar escrachado en las redes sociales.

—Señora, voy a instruir a mi secretaria para que la acompañe a radicar la denuncia y hablaré personalmente con el fiscal Aranda para que la atienda.

—Ya fui a la comisaría —dijo Dominga entre sollozos ahogados—, y me dijeron que tengo que esperar cuarenta y ocho horas para que mi Malú vuelva a casa y yo no quiero esperar.

—Le informaron mal. Nadie tiene que esperar cuarenta y ocho horas, eso es mentira. Le tienen que tomar la de... —Oviedo interrumpió lo que estaba diciendo y se quedó un segundo callado

—. Perdón, ¿cómo dijo que se llama su hija?

—Malú. Bueno, se llama María Lucía, pero le decimos Malú.

El máximo capital de Nicanor Oviedo, además de su encanto irresistible con las mujeres, era su memoria. En el expediente que tenía sobre su mesa de trabajo figuraba el nombre de Malú. Unas horas atrás, Diego y Carmen habían hecho referencia a la chica en la conversación que habían tenido en el bar. Malú, la novia de Lautaro Alcántara, hiló el fiscal en su cabeza. Tragó saliva, se aclaró la garganta e invitó a la mujer, que seguía llorando, a entrar en su despacho. Antes de cerrar la puerta, le ordenó a todo el mundo que volviera a sus lugares de trabajo. El show había terminado.

—Malú trabaja en un bar de ese barrio de Palermo... Espere que tengo anotada en un papelito la dirección, nunca me la acuerdo. Se fue como todos los días. Llevó la plata, la tarjeta SUBE y el documento —relató Dominga a pedido del fiscal—. Al rato, no sé si media hora o una hora después, no me acuerdo ahora, veo que en la mesa de la cocina se había olvidado el almuerzo que yo le había preparado. Ella gana poquita plata y con tal de no gastar es capaz de no comer en todo el día, entonces se me ocurrió tomarme los colectivos y llevarle la comida.

—Antes de salir para el trabajo de su hija, ¿la llamó por teléfono? —preguntó Oviedo sin levantar la cabeza del teclado de la computadora en la que estaba escribiendo la declaración de la mujer.

—No, el teléfono de mi casa lo cortaron hace rato por falta de pago y tengo un celular muy viejito que no tiene crédito. Además, no tengo por qué llamar a mi hija, me le aparezco y listo. Soy la madre, ¿no le parece?

—Sí, claro. Fue hasta el bar y entonces, ¿qué pasó?

Dominga tomó un trago de agua de un vaso que le había ofrecido el fiscal y respondió:

—Llegué y estaba lleno de gente. Me quedé mirando por la

ventana a ver si veía a Malú. No quise entrar, es un lugar muy nariz para arriba y no me gusta avergonzar a mi hija. Así que estuve ahí mirando y mirando, pero mi hija no aparecía. Había otras mozas sirviendo las mesas, pero mi Malú no estaba. Hasta que no aguante más y entré. —Hizo una pausa y se secó las lágrimas con el dorso de una mano—. El chico de la caja me dijo que hoy le tocaba franco y que mi hija no había ido a trabajar.

Oviedo se ofreció a llamar a Malú. Marcó tres veces el número que Domiga le había facilitado y no obtuvo respuesta: el celular estaba apagado. Siguió con las preguntas de rigor: si habían tenido alguna pelea, si era habitual que se fuera sin decir adónde, si solía mentir, hasta que Dominga puso en palabras lo que Oviedo tenía en la cabeza.

—Tengo miedo de que mi hija termine como ese chico Lautaro con el que andaba.

—Señora, tranquila. Lautaro se suicidó —dijo en un fallido intento por calmarla.

—¿Y? Está muerto igual. Yo tengo miedo de que mi hija esté muerta.

Oviedo no tenía ganas de evaluar esa situación; en su lugar, inició las actuaciones por averiguación de paradero. Le dijo a la mujer que el hecho de que Malú fuera menor de edad aceleraba todos los procesos. Ella asentía sin entender del todo la explicación del fiscal, pero sintió que quería ayudarla y eso la tranquilizó. Cuando estaban terminando de llenar el acta con los datos de Malú, el timbre del teléfono de línea lo interrumpió. Del otro lado, el comisario Pavón tenía noticias para darle, la voz le salía a borbotones. Oviedo abrió los ojos y la boca como si por esos orificios se pudiera filtrar lo que estaba escuchando. Cuando cortó la comunicación, un gusto amargo le había subido desde el estómago hasta el paladar. De un trago, vació el vaso de agua de Dominga y la miró.

—Señora, no se vaya. A la desaparición de su hija se suma otra

desaparición más. Tenemos que empezar de nuevo con las preguntas.

El jefe de la División Homicidios, Luis Pavón, mandó un mensaje urgente a sus subalternos. A las tres de la tarde tenían que estar reunidos en la oficina central del Departamento. El fiscal Nicanor Oviedo quería fortalecer el grupo de trabajo ante un panorama desalentador: tres adolescentes se habían quitado la vida de manera sospechosa, una prostituta había sido asesinada y una chica de quince años y un nene de cinco estaban desaparecidos desde hacía veinticuatro horas. Lo curioso era que para el fiscal todos esos hechos que, a priori, parecían aislados estaban conectados entre sí y eran parte de un mismo expediente de investigación.

Pavón metió monedas en la ranura de la máquina de café y apretó la tecla del chocolate cremoso. Tomaba seis vasos de ese brebaje espeso por día, lo tragaba como si fuera un medicamento, muchas veces con asco, pero era lo único que lo mantenía despierto y le quitaba la ansiedad. Caminó con el vaso a medio tomar hasta la sala de reuniones; en el reloj de pared ya eran las tres de la tarde, aunque siempre estuvo diez minutos adelantado. Su antecesor, el comisario Julián Mamperro, había dado la orden de adelantar diez minutos todos los relojes del departamento de homicidios; según su criterio, era la única manera de que sus reuniones empezaran en punto. A Pavón siempre le había causado mucha gracia la anécdota, pero nunca hizo retrasar ninguna de las agujas que marcaban, mentirosas, el paso de las horas.

La agente Soledad Noriega fue la primera en llegar. Se sentó en un sillón, al costado de la mesa central. Mordisqueaba una barrita de cereal mientras repasaba unas anotaciones de su cuaderno. Ni siquiera levantó la cabeza cuando sus compañeros entraron en la

oficina. Otamendi y Cuello debatían si era pertinente o no que ese jugador que estaba casado con la ex mujer de otro jugador fuera convocado a la selección nacional. Martínez tarareaba bajito una canción que escuchaba con los auriculares puestos. Miranda fue el único que captó no solo la atención, sino también los aplausos de todos al desplegar en el centro de la mesa un paquete lleno de medialunas que, por el aroma, parecían recién horneadas.

—A ver, muchachos, si nos dejamos de pelotudear un poco. Estamos ante un quilombo importante —dijo Pavón mientras elegía la medialuna más blanquita.

—Ey, jefe, con la panza llena se piensa mejor —justificó el dueño del paquete y señaló a Soledad, que no se había movido del sillón—. Che, Sole, comete una facturita o ¿estás haciendo dieta vos?

La agente sonrió. Terminó de un mordisco su barrita de cereal y guardó el papel en el bolsillo.

—Buenas tardes, señores.

La voz del fiscal Nicanor Oviedo obligó a que todos pusieran cara de circunstancia, pasaron de la risa a la seriedad más absoluta con la habilidad de un actor de teatro. El jefe Pavón tomó la posta y dijo:

—Fiscal, adelante, pase por favor. —Con apuro cerró el paquete de medialunas y despejó la mesa—. Lo estábamos esperando. Mi gente está lista.

Soledad dejó el cuaderno sobre la mesa. En algunas de las juntadas con otras mujeres policías, habían hecho referencia al aspecto del fiscal Oviedo; ella siempre las tildó de exageradas, pero, ahora que lo tenía a pocos metros de distancia, supo que se habían quedado cortas en las apreciaciones. No había conocido jamás a un hombre al que esa moda de traje sin corbata le quedara bien. La agente Noriega era muy tradicional: el traje se usaba con corbata y punto. Pero el fiscal parecía salido de una revista de artistas de Hollywood. Y el perfume... ¡ese aroma! Desde el momento en el

que entró y dijo «buenas tardes, señores», el aire se refrescó de golpe; todo olía a limón o a naranja, a algo cítrico.

—Agente Noriega, ¿escuchó lo que acaba de pedirle el doctor Oviedo? —Pavón le habló dando golpecitos con el puño sobre la mesa.

Soledad sintió cómo la sangre le subía a la cara y notó los codazos burlones entre Otamendi y Cuello. Pidió disculpas, argumentando un dolor de cabeza inventado. El fiscal le repitió la pregunta: quería saber qué datos había obtenido del relevamiento callejero.

En la pantalla que estaba colgada en la pared, Soledad proyectó las imágenes de la cámara de seguridad en la que se veía al hombre que había comido con Virginia horas antes del crimen, dato que ya había sido adjuntado al sumario; el mozo de El Comilón había declarado los detalles.

—Muy bien —dijo el fiscal mientras se quitaba el saco y quedaba en mangas de camisa. Soledad hizo un esfuerzo para no colgarse de los antebrazos de Oviedo—. Quiero contarles que recibí los resultados de los peritajes de huellas digitales. La gente de papiloscopia hizo un buen trabajo, levantó en la escena del crimen huellas con las coincidencias necesarias para hacer una identificación certera y de peso legal.

—¿Las metieron en el registro? —preguntó el agente Miranda.

—Sí —contestó Oviedo dejando un espacio de misterio—. Y ¡bingo! Tenemos un nombre y un apellido.

—Tenía antecedentes, entonces —arriesgó Miranda.

El fiscal Oviedo abrió con lentitud su maletín, generando interés, como siempre. Del bolsillo interno sacó una carpeta de tapas verdes. Con una lapicera pluma plateada marcó dos de las hojas y empezó a leer.

—Nicolás Rojas, alias Urko. Pasó los últimos veinticinco años de su vida preso...

A nadie le resultó desapercibido el cambio en su voz. El juez

Oviedo jugaba a conducir su propia exhibición: el hombre de las mil intrigas había pasado a ser de pronto una suerte de locutor.

—En el penal de Devoto —completó Soledad—, a pocas cuadras del bar donde comió con la víctima.

—Exacto —afirmó Oviedo con una sonrisa sensual. Soledad supo que ese coqueteo solo tenía sentido porque era la única mujer en la sala—. El asesino acababa de tener acceso a una condicional, no pasó ni un día libre que volvió a las andadas. Les quiero mostrar a todos esta foto del expediente de ejecución penal.

Los cinco agentes se agolparon sobre la imagen. El jefe Pavón permaneció sentado a la cabecera de la mesa, ya había recibido esa información unas horas antes; sus contactos con los peritos de rastros eran fluidos.

—Es el mismo tipo, pero un poco más joven —dijo el agente Martínez.

Todos estuvieron de acuerdo. Pavón quiso saber si ya tenía orden de captura, necesitaba organizar a su tropa y pedir apoyo a otra base. El crimen de la prostituta no era lo único de lo que tenía que hacerse cargo.

—Sí, jefe Pavón, ya hice el pedido y el juez lo autorizó, pero antes necesito que sepan un poco más sobre Nicolás Rojas, alias Urko —dijo Oviedo—. No están ante cualquier reo ni ante cualquier caso.

Los cinco agentes y el jefe cruzaron las miradas: en menos de cuarenta y ocho horas, habían identificado al autor del crimen marginal de una prostituta, un hecho que se solía festejar con unas cervezas en algún bar de la zona, y, además, tenían enfrente a un fiscal de la Nación, con gesto adusto, a punto de explicarles por qué el caso que creían resuelto no era cualquier caso. El agente Cuello dejó escapar un suspiro que todos fingieron ignorar.

—El hombre al que estamos buscando, como les dije hace un momento, se llama Nicolás Rojas, pero se lo conoce como Urko —repitió el fiscal Oviedo. Caminaba por la sala como si fuera un

alumno rindiendo examen—. Fue condenado por matar a su padre y a su madre, Leonardo Rojas y Anahí Larralde. Tenía diecisiete años en el momento de los asesinatos. Hasta la mayoría de edad estuvo en un instituto de menores de régimen cerrado y luego pasó a un penal común.

—¿Tiene más familia? —preguntó con curiosidad el jefe Pavón.

—No, y ese es un punto a destacar. Según la causa que pude rescatar del archivo, la situación fue la siguiente. —Oviedo se sentó y desparramó sobre la mesa las hojas amarillentas del expediente de Urko—. La familia Rojas (padre, madre y adolescente) llegó de la noche a la mañana a un pueblito llamado La Elenita, al sur de la provincia de Buenos Aires. Y digo de la noche a la mañana porque literalmente fue así. Los habitantes de ese lugar que declararon en su momento contaron que la familia se instaló en una casa deshabitada de las afueras.

—¿La usurparon? —preguntó Soledad.

—Los vecinos creyeron que sí, pero después se supo que en realidad era propiedad de la familia de Anahí, de la familia Larralde. En ese momento, nadie dijo nada. Es un lugar en el que nadie se mete con nadie, aunque en privado todos hablen de todos. —El fiscal repartió entre los agentes las fotos de la casa de la familia de Urko—. Como verán, era una propiedad prolija de una planta. Esta familia vivió allí aproximadamente seis meses. Algunos declararon haberlos encontrado cada tanto en el pueblo, comprando provisiones en el almacén, pero no mucho más. Motivo por el cual a nadie le sorprendió haber dejado de verlos durante semanas. Hasta que un baqueano que andaba a caballo por la zona se acercó a la casa porque vio a unos perros cimarrones atacando a las gallinas de la familia Rojas. Les traje fotocopias de lo testimoniado por este hombre, fue el que encontró los cadáveres —dijo Oviedo e hizo circular varias copias de la declaración.

En la localidad de La Elenita, Provincia de Buenos Aires, a los 13 días del mes de agosto de 1989, siendo las 15.30 horas, comparece como testigo quien dice llamarse Luis Cáseres y acredita su identidad mediante documento nacional argentino, de cincuenta y ocho años de edad, estado civil viudo, de profesión desocupado, previo juramento de decir verdad, dice que siendo aproximadamente las 6 horas se aproxima a la casa sin dirección exacta afincada en la parte norte de las afueras de La Elenita, llamándole la atención un grupo de perros cimarrones que atacaban a las gallinas de los propietarios. Asegura haberse bajado de su caballo para alertar a los dueños de la propiedad de esta situación. Consultado sobre lo que encontró al llegar a la casa, el testigo manifiesta haber visto la puerta abierta y haber entrado al lugar, que en el pasillo de acceso vio un reguero de sangre (sic). Consultado sobre los motivos que lo llevaron a entrar al lugar dijo que pensó que alguien podía estar en peligro y necesitar ayuda, que sacó su facón (cuchillo de dimensiones) y al llegar a la sala se encontró con el cuerpo de una mujer totalmente cubierto de sangre, que no se animó a tocarla porque supo que estaba muerta. Consultado de cómo se dio cuenta de que estaba muerta, aseguró que por el olor penetrante, que asustado y asqueado (sic) decidió volver a su caballo y pedir ayuda en el destacamento policial de la zona. Sin más que agregar se culmina con el acto legal correspondiente.

El fiscal Oviedo esperó a que los cinco agentes y el jefe terminaran de leer el acta y continuó con el relato de los hechos:

—Este hombre efectivamente fue a la comisaría local. Volvieron a la casa y dos de los polis encontraron en una de las habitaciones el cuerpo del padre de la familia. La verdad es que las primeras actuaciones fueron muy precarias. El análisis de la escena del crimen resulta muy pobre, pero no se necesitó mucho más —dijo e hizo una pausa para despertar expectativa, tenía cada movimiento

estudiado—. No pasó ni una hora que en el medio del campo encontraron a nuestro hombre, bah, en esa época era un adolescente.

—¿Se pudo establecer la data del crimen? —preguntó el agente Miranda.

—Sí, eso sí. Tres semanas aproximadamente. Y ahí vuelvo al principio, cuando les dije que el muchacho Urko o Nicolás no es cualquier reo. Al pibe lo encontraron, como les decía, en el medio de un campo vecino. Se había armado una tapera con cosas que se había llevado de su casa: unas mantas, una almohada y algo de ropa, pero había dejado los alimentos intactos. Durante tres semanas se mantuvo comiendo perros.

Los agentes y el jefe Pavón se removieron en sus sillas. Nicanor Oviedo los miró con una media sonrisa.

—Sí, perros —enfaticó—. El lugar estaba lleno de perros salvajes que andaban por ahí. Este pibe, con solo diecisiete años, cuando tenía hambre los enfrentaba, cazaba algunos y se los comía. Según el acta de secuestro, entre las cosas de la tapera había huesos, pelaje y partes podridas de los animales.

—¿Qué decía la autopsia del padre y la madre de Urko o Nicolás? —preguntó Soledad.

Oviedo sacó otra de las actas de la carpeta para poder responderle.

—Golpes y cortes de arma blanca. Creen que con el mismo cuchillo que faenaba a los perros... Bueno, imaginen.

—Como a Virginia, los mató como a Virgina —murmuró Soledad.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo con el comentario de la agente Noriega. El fiscal continuó con la exposición.

—Lo demoraron como sospechoso. El chico era menor de edad, por eso legalmente era inimputable, todavía no existía el régimen penal juvenil. En la comisaría dijo que él había sido quien había matado a sus padres. Intentaron ubicar a algún familiar, pero no

hubo caso. Contactaron a la familia de Anahí Larralde, la mujer. Resultó ser gente de mucho dinero, solo retiraron el cuerpo de su hija de la morgue y dejaron el de Leonardo Rojas. También dejaron al chico en banda. No lo conocían ni lo reconocían como parte de la familia. De los Rojas no se supo nada.

—Si el chico era inimputable, ¿qué pasó? —preguntó el jefe Pavón.

—Se le practicaron peritajes psicológicos, acá los tengo. —Sacó una nueva hoja—. Falta de arrentimiento, de empatía, bla bla bla, un psicópata de manual. Los psicólogos consideraron que era peligroso para sí mismo y para terceros, entonces lo pusieron a resguardo en un juzgado de menores que lo mandó a un reformatorio de puertas cerradas.

—¿Y por qué termina en un penal de mayores? —preguntó la agente Noriega.

—Porque mató a un guardia de seguridad cuando acababa de cumplir la mayoría de edad —contestó el fiscal Oviedo.

Pavón se lavantó de su silla y se paró al lado del fiscal.

—Bueno, muchachos y muchacha —dijo haciéndole un guiño a Soledad—, estamos detrás de un personaje peligroso. A todo lo que contó el fiscal Oviedo hay que sumarle que es un hombre que se crio y formó en el más hostil de los lugares: la cárcel. Sabe pelear, resistir y, sin dudas, conoce cómo se manejan las búsquedas y las investigaciones. Todos sabemos que los presos se van pasando entre ellos informaciones. —Miró a su equipo y ordenó—: Miranda y Martínez, vayan al penal. Necesitamos conocer las relaciones que pudo haber hecho en la cárcel, por ahí alguien desde adentro le dio aguantadero afuera. Otamendi, hacé barrio del crimen. Muchas veces no se alejan demasiado, ahora con la foto podemos ver si alguien lo vio por la zona. Cuello, andate a visualización. Necesito apurar más los videos de las cámaras, puede ser que alguno lo haya pasado a buscar o se haya subido a algún taxi. No sé. Y vos, Soledad, quiero que te juntes con la familia Larralde, los abuelos de

Nicolás o Urko, como quieras llamarlo. Podemos tener un hilo para tirar de ahí.

Nicanor Oviedo les deseó suerte y les pasó su número de teléfono celular, les pidió que se comunicaran con él a cualquier hora, ante cualquier novedad. Cuando los cinco agentes se retiraron, se quedó a solas con el jefe Pavón.

—Pavón, yo sé que esto no tiene que ver con su área, pero quiero contarle un poco sobre la desaparición de una adolescente apodada Malú y la de Gastón, un nene de cinco años.

Pavón tomó asiento y se dispuso a escuchar.

Después de diez llamados sin respuesta, ocho mensajes de WhatsApp con el visto puesto y tres mensajes de voz desviados al buzón, Carmen Hidalgo decidió borrar de su vida y de sus fuentes de información a Nicanor Oviedo. Se encerró en su camarín para que nadie la viera llorar. Carmen nunca se quebraba, jamás se mostraba vulnerable, siempre estaba espléndida, nunca fracasaba. Carmen era una estrella. Bajo estos parámetros había construido su carrera y no iba a ser el embustero de su exnovio quien viniera a derrumbar lo que tanto esfuerzo le había costado.

«¿A quién le debo la mujer en la que me he convertido?», se preguntó. «A mí, solo a mí me lo debo», se respondió. Abrió el placarcito en el que la vestuarista le dejaba la ropa, perfectamente colgada y planchada, que le tocaba para el programa del día; descolgó la percha con un traje color marfil de pantalón y saco entallado y una camisa celeste de seda. Descartó el collar de perlas, no quería tener ningún colgante que se le enganchara con los cables del micrófono.

Prendió las luces del espejo que ocupaba la pared entera y se empezó a maquillar. Lo hizo sola como cuando, por una u otra razón, había llorado; las maquilladoras solían adivinar los estados de ánimo. También se ocupó ella misma del pelo. Esa tarea era más fácil: uno de sus tantos sellos personales tenía que ver con su melena rubia batida y, por momentos, desprolija. Metió los dedos entre los rulos y los sacudió unos segundos. Con un toque de espray terminó de acomodar el peinado. Se miró y le gustó el resultado.

Con Diego habían tomado una decisión. Esa noche iban a

empezar a publicar la historia que los tenía no solo preocupados, sino también ocupados: los suicidios de los tres adolescentes. Acordaron no hacer ninguna referencia personal a la relación que podían tener con la vida de la madre de Carmen; ella sostenía como mantra que el periodismo nunca tiene al periodista como protagonista.

Caminó por el pasillo largo, lleno de macetones decorados con plantas de plástico, y esperó paciente el ascensor. Bajó en el cuarto piso y saludó a las chicas de la mesa de entradas de la redacción. El noticiero ya había terminado y los productores estaban sentados alrededor de la mesa central charlando y bajando la tensión del aire. Eran como pilotos de avión que acababan de aterrizar un boeing 747 en la pista de destino. El productor ejecutivo se mostraba más que satisfecho: le habían ganado por cuatro puntos de rating al programa de la competencia. La conductora del noticiero, Sofía Linares, saludó a Carmen sacudiendo la mano mientras, con la otra, se sacaba los aros.

Se conocían hacía mucho, habían arrancado juntas como movileras en una radio chiquita que había cerrado en algún momento de la crisis de 2001. No eran amigas, pero se respetaban. Sabían el costo que cada una había pagado para triunfar, muchas veces a los codazos, siendo mujeres en los medios.

—Carmencita, tesoro, ¿cómo viene tu programa de hoy? —preguntó Sofía en voz alta—. ¿Tenés alguna bombita para que profundicemos mañana en el noti?

Carmen se acercó a la mesa y la saludó con dos besos, un código que mantenían desde que habían viajado a España para cubrir un atentado terrorista.

—Vamos tranquilitos hoy, no hay bomba, pero empezamos a prender la mecha —le dijo al oído.

—Me encanta, ¡boom! —contestó Sofía y largó una carcajada—. Avisame antes, que después quedo como una pelotuda que no tengo ni idea de lo que pasa en el canal.

—Obvio, amiga.

Diego se acercó a las mujeres.

—Sofi, a ver si me la largás a Hidalgo, que la tengo que poner a laburar. Los programas de televisión no se hacen solos —dijo guiñando un ojo.

Los tres rieron y prometieron, como tantas otras veces, ir a cenar a algún restaurante chiquito y alejado, donde nadie les sacara fotos con el celular.

Carmen y el Jedi cruzaron la redacción y se encerraron en la oficina que la gerencia de noticias había destinado para el equipo de investigación. Faltaba una hora para el arranque del programa, salía en vivo.

—Bueno —dijo Diego—, ya tengo editado el informe con los testimonios que hicimos y te armé unos textos con info oficial sobre estadísticas de suicidios adolescentes en la Argentina y comparativa con otros países.

Carmen repasó con desgano el material que su productor le había mandado al mail. Cerró la tapa de su *notebook* y apoyó los brazos cruzados sobre el escritorio.

—Jedi, no pienso decir nada de esto. Tenemos claro que los suicidios de estos chicos no tienen nada que ver con las estadísticas habituales, ¿no? —preguntó con la única intención de afirmar lo que pensaba.

—Sí, lo tengo claro yo y lo tenés claro vos. —Diego se levantó de su silla y buscó en un cajón del armario los auriculares personales de Carmen—. Pero no lo podemos probar al aire todavía. Entonces salimos con el tema, nos hacemos los giles y la semana que viene, con una buena promoción, vamos más al hueso de la cosa.

—Oviedo no me atiende el teléfono —dijo mientras se ponía los auriculares—. La mejor fuente que tenemos no me atiende ni un puto llamado.

—Dejame que lo llamo yo.

—Si te llega a atender a vos y a mí me sigue ninguneando, agarrate —dijo Carmen en tono jocoso.

El Jedi supo que no estaba haciendo ninguna broma. Miró el reloj de su celular: faltaba media hora para ir al aire. Salieron apurados. Carmen subió unas escaleras para ir al estudio, que estaba dos pisos más arriba; Diego bajó otras para meterse en el control, desde donde pondría en funcionamiento todo lo necesario para que el programa saliera al aire.

Una vez en el estudio, Carmen Hidalgo se preparó para ejercer su rol de periodista. Se paró frente a la pantalla gigante donde ya se podía ver el logo del programa. Los técnicos le habían conectado el micrófono y por los auriculares podía escuchar las indicaciones de Diego. La música del arranque se escuchaba por los parlantes del estudio. Carmen le pidió al productor de piso que le corriera los monitores: no necesitaba saber cuándo la estaban enfocando, con ver prendidas las lucecitas rojas de las cámaras era suficiente. Faltaban cinco minutos.

Estar al aire en vivo era parte de su vida cotidiana. Muchas veces se sentía más cómoda en un canal de televisión que en su propia casa; sin embargo, la adrenalina de los segundos previos a que su imagen llegara a las pantallas de millones de personas era inevitable.

Las luces se prendieron sobre su cabeza. «Veinte segundos», anunció Diego en su oído por el auricular. Carmen clavó los ojos en la lente de la cámara principal. Aire.

—Hola, buenas noches. Bienvenidos a un nuevo programa. En minutos, les vamos a contar tres historias. Lautaro, Mariela y Jennifer —Carmen pronunció los nombres despacio, hizo un pequeño intervalo entre cada uno y continuó—: Así se llaman los protagonistas o, mejor dicho, se llamaban porque los tres están muertos. Las autoridades dicen que se suicidaron, pero ¿es así realmente?

—Carmen, bajá un cambio, calmate —murmuró Diego, que la

conocía bien, por la cucaracha. Ella no le hizo caso y fue por más.

—Esta noche compartiremos un informe en el que vamos a empezar a desandar esta historia que algunos pretenden tratar como la historia de tres chicos tristes. Yo creo que es mucho más que eso y que entre las tres muertes hay un hilo conductor. Miren el informe, a ver qué creen ustedes. Adelante, director.

Clip con música y compilado de las fotos de los tres adolescentes: Lautaro Alcántara vestido con el uniforme de su equipo de rugby: la camiseta manchada con barro, los cachetes colorados y la sonrisa triunfante de quien acaba de ganar el partido clave. Mariela Romero posando frente al espejo del baño: el pelo largo y lacio, con un mechón violeta; el arito en la nariz y una campera de jean bordada con lentejuelas. Jennifer Balbuena en una playa con mar de fondo: shorcito blanco y corpiño de bikini, brazos en alto, cadera hacia un costado, unos anteojos de sol que le cubrían casi toda la cara.

Un segundo de pantalla en negro. Luego primer plano de la cara de un hombre con ojos celestes hundidos en dos cuencas negras, camisa a cuadros con los botones del cuello desabrochados y el pelo canoso peinado con gomina hacia atrás. Pacho Alcántara, el padre de Lautaro, había decidido hablar en el programa de Carmen, harto de no obtener respuestas; era un hombre que no estaba acostumbrado a esperar.

—La policía, el fiscal, el juez, todos me dicen que Lauti se suicidó, pero yo no lo creo. Algo pasó... —dijo mirando a la cámara.

En el video, se la veía a Carmen con una camisa roja, sentada frente a Pacho Alcántara y sosteniendo el micrófono.

—Señor Alcántara, tuve la oportunidad de hablar con la madre de Mariela, otra de las chicas que aparece en la investigación, y sostiene lo mismo que usted. Ella cree que algo o alguien empujó a su hija al suicidio.

La cámara se acercó más a la cara del hombre. La frente parecía

un campo recién sembrado: se podían contar cada una de las arrugas horizontales, hondas, prolijas.

—Sí, Carmen, creo lo mismo, y eso me lo tiene que confirmar la Justicia. Mi hijo no tomó esa decisión solo y yo quiero saber, tengo derecho a saber.

Pantalla en negro. Imágenes de los pasillos del hospital de La Matanza. Carmen y el doctor Uriarte caminando por los patios que rodean el hospital. Plano cerrado. El médico Mario Uriarte aparecía vestido con su ambo, del bolsillo de la chaqueta sobresalía una lapicera y el borde superior de un recetario. Describió, sin dar los datos personales de Mariela, la forma en la que llegó:

«Deshauciada, casi muerta», dijo. Relató todo lo que hicieron para que la chica sobreviviera y todo lo que no pudieron hacer por ser demasiado tarde. Y aportó un dato más:

—La menor no tenía antecedentes de haber intentado quitarse la vida antes, tampoco tenía cortes o lesiones que indicaran que se autoflagelaba. Suelo fijarme en estos detalles porque en más de una oportunidad pudimos salvar a adolescentes que se lastiman, pero no fue este el caso.

Pantalla en negro. Imágenes dentro de la casa de Rogelio Bustos, el vecino de Jennifer Balbuena. Planos de las tallas de madera acomodadas sobre una mesa. Planos de Carmen con el arcoíris de madera que Jennifer nunca llegó a recibir. Primer plano del hombre. Tenía puesta una polera negra de lana que no cubría del todo su abultado cuello.

—Y se fueron de un día para el otro —dijo Rogelio Bustos, haciendo referencia a la familia de Jennifer—. Yo creo que no aguantaron el dolor de vivir en el lugar donde su hija se mató. Fue todo tan extraño y triste.

Con voz pausada, el hombre relató la última vez que vio a la chica con vida y la historia del arcoíris de madera que no llegó a darle. En el plano final, abrazaba con las dos manos el objeto y lo apoyaba contra su pecho.

Pantalla en negro. Vuelta al piso. Primer plano de Carmen Hidalgo. La periodista dejó correr unos segundos antes de hablar, sabía que su gesto muchas veces decía más que sus palabras.

—Las personas que acabamos de ver necesitan una respuesta, tienen derecho a una respuesta. Esta fue solo la primera parte del informe que preparamos con la producción. Vamos a seguir investigando el caso porque creemos que hay algo que no está siendo dicho. La investigación la lleva adelante el fiscal Nicanor Oviedo. Estamos esperando que atienda nuestros llamados. Y hay algo más que les quiero mostrar, a ver si el camarógrafo me acompaña.

El plano de la cámara se abrió y mostró su cuerpo hasta la cintura. Carmen metió la mano en el bolsillo del blazer color crema y sacó un dije plateado. Lo levantó hasta la altura de sus ojos y lo mostró ante la cámara.

—Esto que ven en mi mano es un cascabel, un cascabel de plata. —Lo movió con suavidad y un tintineo agudo e intenso se filtró por el micrófono—. ¿Qué tiene que ver este cascabel con la muerte de los tres adolescentes que les acabamos de presentar?

En el estudio no se oía el menor ruido, ningún murmullo. Carmen volvió a guardar el dije en el bolsillo. Lo hizo despacio, sabía cómo generar climas televisivos. La cámara volvió a tomar solo su cara.

—La semana que viene vamos a contestar esta pregunta. Ahora vamos a un corte. Ya volvemos, no se vayan.

La cámara se alejó y mostró un plano de todo el estudio. Se la pudo ver a Carmen caminando hacia un escritorio de vidrio. La música del programa acompañó toda la secuencia hasta que llegó la tanda publicitaria. Escaleras abajo, en el control de transmisión, Diego Gualdini se sacó los auriculares de un tirón y se agarró la cabeza.

En su casa, Nicanor Oviedo apretó la tecla roja del control remoto y lo revoleó por los aires. Podría haber estallado en

pedazos, pero cayó sobre un sillón. Tomó de un trago el vino que se había servido unos minutos antes de que arrancara el programa de Hidalgo, un vino caro que no pudo paladear: la repentina ira hizo que el líquido tuviera gusto a alcohol de quemar. Caminó hasta la ventana de su living y se quedó un rato de pie, con las manos apoyadas en la cintura, mirando las luces de los edificios vecinos. Tenía que tomar una decisión.

A cuarenta y cinco kilómetros del departamento del fiscal Nicanor Oviedo, en un predio de La Matanza, también habían visto el informe del programa de Carmen Hidalgo. Nadie revoleó el control remoto. Nadie, tampoco, tomó sin respirar una copa de vino caro. Pero la furia era la misma.

—Nos tenemos que ir —dijo el León mientras se acariciaba la barba roja.

Ingrid, que toda su vida se había asumido como parte de un ejército que tenía como fin vencer a las fuerzas del mal, sintió un sacudón de energía. Su capacidad para captar las debilidades ajenas la habían mantenido siempre cerca del Elegido. Ella era la madre designada, la encargada de los niños, la que señalaba quién servía y quién no con su dedo de uñas despintadas y mordidas. Estaba cerca de los setenta años. Los dolores de cadera y de rodillas, y las piezas dentales que se le fueron cayendo se lo recordaban a diario, pero su capacidad de sumisión se mantenía intacta. Si el León decía que había que irse, se iban a ir.

—¿A dónde nos vamos, León? —preguntó mientras masajeaba los pies callosos del hombre.

El León se quedó unos minutos sin palabras, unos pocos minutos que parecieron siglos.

—A casa —contestó con seguridad.

Nunca había estado más seguro.

Nazarena Capellán también había visto el programa de Carmen Hidalgo. «¿Cómo me quedaría un traje de un color tan clarito?», había pensado y, acto seguido, se había concentrado en el maquillaje de la periodista: la bolita del ojo bien iluminada, delineado negro muy marcado y profundidad con sombra opaca marrón. Había anotado todo en su cuadernito de datos de moda. Pero la sorpresa había sido el tintineo que había escuchado desde la pantalla. Ya no se trataba de la ropa ni del pelo de la periodista. El detalle singular había sido el cascabel que Hidalgo había mostrado en cámara. Apenas finalizado el programa, Nazarena se arrepintió de no haber escuchado el informe.

Apagó el televisor y se puso a ordenar el living. Metió en un bolso su cuaderno y la cartuchera tejida donde atesorada marcadores, lápices y gomas de borrar de distintas formas y colores. Pasó un trapo húmedo por el hule de la mesa y llevó a la cocina el plato con cáscaras de mandarinas y manzanas. Había cenado fruta, un blog de estética aseguraba que era el método ideal para adelgazar la panza. Mientras tiraba las cáscaras en el tacho de basura, enjuagaba el plato y salía a la galería de la casa para llenar de alimento balanceado los tarritos con los que alimentaba a dos gatos callejeros, pensaba en el cascabel que había mostrado Carmen Hidalgo. No podía sacarse de la cabeza el tintineo.

Cerró las puertas con llave y trabó los postigos de las ventanas. Levantó una manta que había quedado en el piso y la acomodó en un sillón. Caminó hasta el fondo, donde quedaba su habitación; se sacó la bata de algodón que le habían regalado unas vecinas para su último cumpleaños y se metió debajo de las mantas de la cama en

la que dormía desde que era una niña. El tintineo del cascabel seguía resonando en su cabeza, por más esfuerzo que hiciera en apagarlo. Tin, tin, tin.

Dio una vuelta, dos, tres, cuatro. Se destapó, el calor no le permitía relajarse. Puso la almohada en el lugar de los pies y se recostó al revés. Tampoco funcionó. Finalmente, se levantó y prendió el velador de la mesita de luz. Buscó la linterna que siempre guardaba debajo de la cama. En el campo, la electricidad era una cuestión azarosa y siempre había que estar preparada. Se puso la bata y las pantuflas, pero, cuando estaba por salir de su habitación, decidió caminar descalza. Su tía tenía el oído afinado.

El pasillo que conectaba las habitaciones con la sala estaba a oscuras; con la linterna apuntando al piso, iluminó sus pasos. Siempre habían llamado «el cuartito» a la habitación del fondo. Era el lugar donde se guardaban los objetos que nadie se decidía a descartar; una especie de purgatorio de toallas, sillas, colchonetas, macetas, ropa y elementos de cocina. Una vez al año, Guillermina, la señora que por unos pesos solía limpiar lo que nadie limpiaba, sacaba al pasillo todo lo que se había amontonado durante doce meses, pasaba un lampazo con desinfectante por el piso, ventilaba y lo dejaba con el cupo listo para recibir los cacharros del año siguiente. «Llévate todo, Guille», decía la tía y Guille traía la camioneta de su sobrino y se llevaba todo. La historia se repetía cada año como un ritual.

El tintineo del cascabel que Carmen Hidalgo había mostrado por televisión le trajo a la memoria un recuerdo de su infancia. Era chica y se quiso meter, sin permiso, en el cuartito del fondo; necesitaba maderas viejas para que su papá le construyera la casita de muñecas que tanto le había prometido. La puerta estaba entreabierta y pudo espiar. Su tía estaba sentada sobre una caja grande; sobre las rodillas, tenía un cuaderno anillado y escribía como si la vida se le fuera en esa tarea. Estuvo a punto de entrar, pero, aun siendo tan chiquita, percibió que lo que estaba pasando

ahí no podía ser interrumpido. Quizá fue la postura, el ritmo o la manera en la que respiraba su tía. Nazarena intuyó que se trataba de algo importante y se quedó quietita esperando que ocurriera un hecho inminente, pero solo eso sucedió. Su tía llenaba las hojas con su letra, aprovechando el sol que entraba por la ventana y ocupaba la mitad de una de las paredes. No recordaba cuánto estuvieron así, una escribiendo y la otra espiando, hasta que su tía cerró el cuaderno de un manotazo.

Nazarena estuvo a punto de escapar corriendo, pero la curiosidad pudo más y permaneció sin moverse, con una manito apoyada en la puerta, y, la otra, en el marco. Cuando su tía se levantó, la parte de arriba de la caja donde había estado sentada quedó con la forma de sus caderas; giró sobre sus talones y, con las manos bien abiertas, tanteó la pared del fondo buscando un agujerito pequeño. Nazarena tuvo el rapto de correr a ayudarla, pero desistió. En esa época, su tía había empezado a tener problemas en la vista; por momentos se le nublaban los ojos y sus manos oficiaban de lazarillo hasta que la visión se le acomodaba y todo volvía a la normalidad.

La mujer encajó el dedo en el huequito de la pared y una puerta, poco disimulada, se abrió dejando al descubierto unos estantes. Adelantó la mitad del cuerpo y el cuadrado negro pareció tragarla. Nazarena no llegó a asustarse porque la pared le devolvió a su tía rápido, pero sin el cuaderno. Y fue en ese instante, justo en ese instante, que se dio cuenta de que su tía sostenía un cascabel y lo hacía sonar cerca de su oreja. Tin, tin, tin.

El tiempo había hecho su trabajo: Nazarena ya no era esa nena de vestiditos de lanilla y la tía se había convertido en el cúmulo de todo lo que había sido durante su vida, una especie de cuartito del fondo humano, sin ninguna Guillermina que la vaciara para volver a empezar.

Apuntó con la linterna hacia la puerta. Debajo de la manija, había una cerradura y la llave estaba puesta; no fue necesario girarla. El pestillo cedió con una mínima presión y las bisagras

sonaron como un aullido penetrante. El corazón de Nazarena se agitó.

Entró despacio, arrastrando los pies descalzos para no llevarse nada por delante. El haz de la linterna iluminó una mecedora rota; cinco macetones apilados y oxidados; cuatro valijas, una pegada a la otra, y dos bicicletas, a una le faltaba la rueda de atrás y estaba apoyada contra la pared del huequito.

Nazarena evaluó la posibilidad de prender la bombita que colgaba del techo, pero prefirió no hacerlo: su tía no solo era sensible a los ruidos, sino también a los cambios de contraste.

Dejó la linterna prendida arriba de una de las valijas y, casi sin respirar, corrió la bicicleta. Repitió de memoria lo que le había visto hacer a su tía cuando era pequeña. Palmas, dedo en el agujerito mal disimulado y el pequeño tirón hacia afuera que dejaba al descubierto ese espacio secreto que, ahora, sentía estar profanando.

El olor a humedad le hizo arrugar la nariz. No se detuvo y con la linterna iluminó el interior. Parecía una caja fuerte bastante grande. Tres estantes de madera dividían la anchura; en los dos superiores, solo había polvo, y, en el tercero, encontró lo que buscaba: el cuaderno anillado. Lo dejó en el piso junto con la linterna, como hacía su tía; metió medio cuerpo dentro del hueco, arrastró las manos hasta los rincones y hurgó con los dedos. El cascabel no estaba.

Volvió a su habitación y dejó el cuaderno sobre la cama. Las ganas de leerlo eran intensas, pero el arrebató que la había impulsado en plena madrugada devino en culpa: ¿quién era ella para despojar a su tía de los secretos que atesoraba en el armario escondido tras una pared?

El cuaderno era grande, con tapas negras; el anillado de metal que, en su momento, debió haber sido plateado o dorado se había oxidado. Nazarena rozó el viejo cuaderno con la punta de los dedos. Cuando finalmente decidió abrirlo, se encontró con que la

mayoría de las hojas estaban en blanco. Su tía solo había escrito en las primeras hojas y se veía que había arrancado algunas. Con disimulo, como si alguien la estuviera mirando, leyó el primer párrafo. Y no pudo parar.

Fui la única que se atrevió a hablar cuando todavía se podían cambiar las cosas. En toda historia, existe el momento en el que la dirección de los acontecimientos puede torcerse y, sin embargo, no pude evitar lo inevitable, lo que estaba escrito. Tal vez mi León tenía razón cuando me decía que yo sin él no servía, que era un cuenco vacío que solo se llenaba con la energía que emanaba de él. Pero la energía de mi León era un fuego que había que alimentar y a eso me dediqué. «Criaturas descarriadas», solía pedir en esas noches en las que el alcohol y las drogas lo convertían en un dios sin poderes.

Su cuerpo era un monumento al hedonismo, parecía fabricado con el único fin de recibir placer. Si tenía hambre, era yo la que corría a la huerta a buscar sus verduras favoritas; he llegado, incluso, a cambiar mi cuerpo por un pedazo de carne. «Carne por carne», decía él mientras me acariciaba la cabeza con la mano izquierda y con la derecha se tocaba. Mi entrega le provocaba placer sexual y yo era feliz. Muy feliz.

Cuando llegamos a Valkiria me desilusioné. No solo yo, el grupo entero cayó en la cuenta de que, tal vez, el paraíso prometido no eran esas tierras tan inmensas como inhóspitas. En lugar de un castillo, había una iglesia destartalada; las vías del Edén no eran más que calles de tierra que rodeaban un caserío infame; los corceles celestiales, unos perros ruidosos a los que se les veían las costillas del hambre. ¿Ese era el lugar en el que iban a ser designados los que debían morir? Todos dudamos, claro. Pero el León, con esa habilidad que tenía para descubrir la basura

que el otro suele guardar bajo la alfombra de la vergüenza, se paró ante nosotros como lo que era: el líder. Apareció de golpe. Nadie lo vio venir, nadie lo sintió acercarse. Simplemente se corporizó. Nos quedamos callados todos, hombres y mujeres.

Le ordenó a una de las chicas que le alcanzara una silla. Se subió de un salto y se dejó ver en todo su esplendor: con el torso desnudo, mostrando sus músculos, que casi se podían contar uno por uno. Achinando los ojos —eso hacía cuando entraba en trance, achinar los ojos—, gritó con esa voz que no parecía suya: «Ustedes necesitan creer en lo que ven. Si me ven amigo, lo seré. Si me ven padre, lo seré. Si me ven salvador, lo seré. Si me ven como un dios, seré su dios». Y aplaudieron. Y aplaudí.

Teníamos autorización para mirarlo. Su cuerpo estaba hecho para ser admirado, solía decir. Y eso hicimos. La única vestimenta que lo cubría era un pantalón de algodón color celeste. En el pecho lampiño alguien le había dibujado con carbón un símbolo. El pelo castaño le tocaba los hombros y se fundía con su barba tupida y roja. Una chica llamada Dinora le había dicho que se parecía a Jesús. El resultado fue una paliza, nunca más la vimos.

La ceremonia en Valkiria fue fundacional. A pesar del cansancio por haber recorrido en camionetas destartaladas miles de kilómetros, nos sentíamos satisfechas. Ni siquiera teníamos hambre y eso que solo nos habían dado algunas frutas demasiado maduras y una avena con leche de dudosa calidad. Los hermanos superiores rodearon nuestra formación y, tomados de las manos, empezaron a entonar nuestro himno: «No hay gloria en el cielo, no hay paraíso allí. Lo haremos aquí abajo con ilusión y frenesí».

A todas las mujeres se nos hizo formar en fila. Una junto a la otra, codo contra codo. En ese entonces éramos catorce; la mayor tenía veintidós años, pero aparentaba muchos más; la menor era una niña de unos dos o tres años. Para el León las mujeres éramos

seres despreciables: hablábamos de manera vulgar, despedíamos malos olores, éramos consumistas y solíamos vampirizar todo lo que tocábamos.

La mayor de las nuestras se sacó la ropa y totalmente desnuda se sumó a los cánticos, las otras la imitamos. No recuerdo por qué lo hicimos, pero no sabíamos comportarnos de otra manera que no fuera en manada. Eso éramos: una manada de almas impuras.

Lo recuerdo como si acabara de suceder. Hasta los olores de nuestros cuerpos sudados llegan a mí en este preciso instante en el que aprovecho lo poco que me queda de visión para escribir.

Me cuesta identificarme con la imagen que me devuelven los recuerdos. En Valkiria no había espejos, estaban prohibidos. Aprovechaba, con culpa, las veces que íbamos al pueblo para mirarme en los vidrios de las ventanillas de los autos o de las ventanas de las casas. Puedo asegurar que el día que fundamos la comunidad yo era una chica esmirriada, con una melena oscura, ondulada e inmanejable.

Todas nos parecíamos bastante o por lo menos eso creíamos. Menos la niña, que no se parecía a nadie. Gritaba cuando era imperioso hacer silencio, lloraba por las noches mezclando sus aullidos con los de los perros cimarrones que andaban por el campo, pero sobre todo usaba a cada rato la única palabra que parecía conocer y la única que los hermanos y hermanas de la comunidad teníamos prohibida: «no». La chiquita decía que no con la voz, con la cabeza, con las manitos. No. No. No.

Por ella quiero terminar de escribir mi diario. Antes de que mis ojos se apaguen, quiero contar todo lo que vieron. Y es mucho.

En las noches todavía me despiertan los gritos que quedaron guardados para siempre en algún lugar de mi memoria. Debe ser parte de la cuenta que tengo que pagar por haberme quedado

quieta. El León hacía todo en frío, como se hace cualquier acto de violencia: sin alterarse, sin preavisos. Ponía a los niños en fila frente al hueco de tierra, les decía con voz pausada y grave que allí dentro vivía un espíritu que desgarraba la piel de los pecadores, apoyaba la mano en la espalda del primero de la fila y empujaba. Después seguía con el segundo, con el tercero, con el cuarto, hasta que no quedaran niños por tirar.

Cuando llegamos a Valkiria tuvimos que cavar el pozo. La orden fue clara: dos metros de ancho, dos metros de profundidad. La tierra estaba tan seca que se había partido en terrones ajados y duros como piedra. Las mujeres fuimos hasta una canilla, de la que apenas salía un chorro de agua sucia, y llenamos baldes y baldes. Humedecemos la superficie para que los hombres empezaran a cavar. El León les había dado palas de acero con mango de madera. Nosotras tuvimos que ayudar con las manos. Nosotras no merecíamos ningún tipo de facilidad ni beneficio.

A pesar de las heridas en las uñas, a pesar del sol que nos ampolló la piel, a pesar de los mareos causados por la deshidratación, ese día fuimos felices porque el León estaba feliz. Bailamos alrededor del pozo y pudimos comer unas manzanas que alguien —no recuerdo quién— había traído en una bolsa de arpillera gigante.

Todavía siento el gusto ácido y arenoso de las manzanas en la lengua, todavía siento esa excitación en el centro del útero, todavía me conmueve la sonrisa de mi León, que atesoro en algún lugar oscuro. Debe ser por eso que sigo pagando la deuda: los gritos de los niños no me dejan dormir. Esos gritos.

«El pecado empieza en el pensamiento», nos decía el León cada día. Y con esa frase bastaba para que anduviéramos entre nosotros buscando al pecador. Si alguien se quedaba más de lo habitual mirando un punto fijo, afilábamos un instinto que creíamos tener y

lo delatábamos. Tardé demasiado en darme cuenta de que ese don para detectar pensamientos impuros no era más que una manera de sobrevivir. Una manera cobarde, tal vez, pero la única de la que éramos capaces.

Como aquella tarde en la que corrí al pueblo descalza y con el cuerpo embarrado. El León estaba en la plaza conversando con dos chicas que no tenían más de catorce años. Le conté, casi a los gritos, que Simón estaba pensando en abandonar Valkiria, que no me lo había dicho, que no lo había escuchado, pero que lo había percibido en su mirada. Sin mediar palabra me dio una cachetada. Seca, sonora, lacerante. Nunca supe qué habrán pensado las dos adolescentes testigos de la situación. Quedé con la cabeza torcida hacia un costado y con la melena sucia tapándome la cara.

Esa noche armamos un fogón en el medio del campo. Simón llegó con los ojos hinchados, el labio partido y marcas de ataduras en las muñecas. Sonreí sin que se notara y se me aceleró el corazón: mi premio era inminente.

Después de cantar y bailar alrededor del fuego, el León puso sus manos en mis hombros y me llevó hasta su casa, la única que tenía techo, paredes y agua potable. Era su templo. Así llamábamos todos lo que ahora concibo como un rancho sucio y oloroso; en esa época, lo percibía como un palacio.

Tuvimos sexo o, mejor dicho, él tuvo sexo. No me permitía moverme. Mi deseo era pecado. A los pecadores —como le pasó a Simón— se los sometía a feroces golpizas. Hombres o mujeres, daba igual.

Dos de sus guardaespaldas también abusaron de mí esa noche mientras el León rezaba, en un dialecto que solo él entendía, en una esquina del cuarto.

Después de casi tres horas volví a la carpa en la que dormía, un espacio reducido que compartía con la gringa. Corrí a manotazos los cuadernos y los lápices de colores de ella. Nunca supe cómo había hecho para conseguirlos. Tal vez su pasión por el dibujo era

más fuerte, incluso, que el miedo al León. Nunca me olvidé de la gringa. Pero esa es otra historia.

«Ya no son humanos», nos dijo una tarde el León. Y eso era una buena noticia.

Nos obligaba a recibir a los nuevos con algo que él llamaba love bombing. Dos hermanos que sabían inglés nos tradujeron por lo bajo: teníamos que ofrecer un exceso de amor a los recién llegados, un bombardeo de abrazos, besos, caricias y aplausos.

La mañana en la que llegaron Sara y Leila fue inolvidable. Hubo manzanas frescas, duraznos de la plantación vecina, tomates deliciosos que el León aportó al banquete y descorchamos unas botellas de sidra caliente, pero nada impidió el disfrute. Las nuevas estaban fascinadas: se reían, bailaban, cantaban a los gritos canciones de moda y, por supuesto, de manera solapada al principio y brutal después, compitieron por el interés del León.

Él acariciaba primero a una, más tarde a la otra. El recurso no fallaba, nunca falló. Me di cuenta de que Sara se distraía bastante en la tarea de seducir al León. No alcanzaban sus curvas voluptuosas ni su revoleo de rulos castaños, menos aún sus gestos vulgares. Todo lo hacía con un ojo puesto en un chiquito que estaba sentado a unos pocos metros mirando con una media sonrisa. Días después, me enteré por Ingrid que se llamaba Martín y que tenía seis años. Esa mañana de la bienvenida iba a ser la última vez que Sara tendría contacto con su hijo.

Las reglas de Valkiria eran claras: los padres y las madres debían comprometerse con el camino de la purificación y nada podía molestar en ese proceso que el León guiaba con destreza. Los hijos eran separados de manera tan tajante que después ya nadie recordaba a quiénes habían engendrado y hasta si lo habían hecho.

Los niños de Valkiria eran criados por Ingrid y Samuel, dos de los allegados de confianza del León. A fuerza de golpes, tareas forzadas y alimento, a veces escaso, todos terminaban creyendo que sus criadores eran «papá y mamá» y así les decían.

Ellos vivían en un galpón bastante grande en las afueras de nuestra comunidad. Nunca me interesó conocer el lugar ni a los chicos. La maternidad no era algo que me importara.

No recuerdo los motivos por los que una noche me desperté de golpe. Lo que nunca olvidé fue la sensación de ahogo que me forzó a dejar mi carpa, necesitaba tomar aire fresco. Antes, por supuesto, espíe por uno de los agujeros de la loneta: nadie andaba cerca, todos dormían. Caminé sin rumbo fijo por el campo; un poco de memoria, otro poco iluminada por la luna. Llegué hasta el galpón en el que el León guardaba las provisiones: cajones con frutas fermentadas que sacábamos de los tachos de basura del pueblo, colchones y mantas que nos había dado el Municipio después de una inundación grande que hubo y las bolsas, las famosas y deseadas bolsas negras. Gracias al padre Aurelio teníamos deseos. ¡Si él hubiera sabido que gracias a esos deseos nos manteníamos vivos!

Durante las Pascuas, en la iglesia se realizaba una colecta. Muchos donaban plata, otros llevaban kilos y kilos de ropa usada que se vendían a precios de risa en una feria americana hasta la que llegaban todos los campesinos de las zonas rurales. Era la única oportunidad que se les presentaba para llevar a sus roperos prendas que no tenían que ver con sus tareas. El León mandaba a los niños de la comunidad. Sucios, llenos de piojos, con raspones en las rodillas y las uñas llenas de tierra tenían el aspecto ideal para conmovier a todos.

El padre Aurelio los recibía, los sentaba a una mesa de madera con mantel de hule, les preparaba una chocolatada con vainillas y

les regalaba bolsas llenas de ropa. Polleras, vestidos, pantalones, suéteres, zapatillas, carteras, mochilas, todo era acumulado en el galpón. Pero antes, el León extendía las prendas sobre el piso de tierra de Valkiria y nos mostraba lo que nunca más íbamos a tener, todo lo que habíamos dejado atrás a cambio de purificar nuestras vidas. «A la sanación total no se llega con vanidades», decía. Y le creíamos. Y le creí.

Esa noche me atreví a tocar las bolsas repletas de donaciones, solo a tocarlas, no más que eso. Un ruido me alertó y me distrajo de lo que habría podido ser una tentación imperdonable. Agradecí en silencio. Ratas no eran; sé cómo se mueven, conozco los ruidos que hacen sus garras contra la madera, los sonidos agudos de sus gargantas. Perros, tampoco. Cuando osaban acercarse al galpón, el León se encargaba de azotarlos con una soga. Los perros no eran tontos.

Caminé despacio apoyando primero los talones, después las plantas de los pies, y moví uno de los cajones de frutas. Una ola de moscardones me rodeó. Sacudí las manos para espantarlos. Una caja de cartón bastante grande (me llegaba hasta la cintura) me llamó la atención. No tenía ninguna inscripción. Me asomé. La luz tenue de una bombita de bajísima potencia me permitió distinguir un bulto. Era un niño. Un niño que me miraba con ojos de hielo desde el fondo de la caja. En un susurro le pregunté qué hacía ahí escondido, me respondió que siempre se metía en agujeros o cajones para sentirse más protegido. Los niños en Valkiria crecían en la soledad más absoluta. Me di media vuelta y me fui. Tenía que analizar a qué beneficios podría acceder si lo delataba con el León. En ese entonces, no tenía noción acabada de las consecuencias de las malas decisiones.

A pesar de que tendría que haber muerto, Urko estaba destinado a sobrevivir.

Cuando terminó de leer, Nazarena estaba llorando. Pudo percibir el dolor en cada palabra escrita por su tía. Tuvo el impulso de ir hasta su habitación, despertarla y darle un abrazo, pero prefirió esperar hasta el otro día. Era mejor aprovechar las horas en el stand de la feria del pueblo y charlar, como tantas otras veces, con el ritmo que imponían los compradores.

Intentó dormir. No pudo. «¡La foto!», exclamó casi en un grito.

Se levantó sin tanto recaudo y cruzó la sala. La chimenea apagada había dado paso al fresco húmedo que copaba las entrañas de la casona en cualquier época del año. Nazarena sintió cómo se le erizaba la piel. Fue hasta el recibidor y prendió la luz. Allí estaba el mueble que oficiaba de perchero y espejo. Sobre una tabla angosta, en un costado, ella y su tía solían dejar las llaves y un monedero con cambio chico para las propinas del señor que traía la leña. En el otro costado estaba la foto.

Nunca había reparado en ella, era uno de esos objetos que miraba sin detenerse desde que era una niña. Levantó el portarretratos de carey con cuidado y las lágrimas se le escaparon por los ojos. Después de haber leído el cuaderno de su tía, esa imagen adquiría otra dimensión. Le sacó una foto con su celular, dejó todo como estaba y volvió a su habitación. Miró la hora. «Una red social no tiene horarios», pensó y le escribió a Carmen Hidalgo.

«Un guerrero no se arrepiente. Si ustedes se arrepienten por las cosas que hacen, se están dando una importancia que no tienen. Solo van a ser importantes para Dios cuando no estén en este mundo. Pero lo más importante, escuchen bien, es que van a ser importantes para mí.»

Los chicos habían formado una ronda alrededor del hombre de barba roja al que veían como un superhéroe y escuchaban embobados. Los más chiquitos se sentaban adelante; los adolescentes, atrás. El ritual, así lo llamaban, se repetía dos veces por semana: los miércoles por la tarde y los domingos por la mañana. Al Elegido le gustaba officiar su misa principal en el día de resurrección, era su manera de desafiar a quienes consideraba unos blasfemos.

Ingrid era la encargada de recorrer el barrio para elegir a los niños más vulnerables, niños que necesitaban ser salvados. Un trabajo que no podía fallar y no fallaba. El León siempre decía que los vástagos —así le gustaba llamarlos— nacían puros y que el contacto con una sociedad impura y corrupta los iba manchando por dentro. Explicaba con precisión científica que las personas, al igual que en la botánica, nacían de un tronco que les inyectaba vida hasta que podían desarrollarse de manera independiente. Ese era el momento en el que necesitaban un tutor y él era el tutor de tutores.

—¿Ahora no somos importantes para vos? —preguntó una nena sin dejar de rascarse la cabeza.

El León contuvo la furia. Interrumpir sus relatos era pecaminoso, la palabra del otro no tenía ningún valor. Buscó a Ingrid con la mirada. La mujer estaba parada en el fondo como

cancerbera de la puerta del galpón, se puso detrás de la nena y le tiró el pelo con firmeza. La nena gritó.

—Vimos que esta chiquita se rasca mucho la cabeza —dijo Ingrid en voz alta. Los demás niños seguían la escena con una mezcla de miedo y fascinación—. ¿Alguien sabe por qué?

El León cerró los ojos y juntó sus manos bajo el mentón. Sus labios se movían en una especie de oración secreta.

—¿Alguien sabe por qué?! —gritó Ingrid.

—Tiene piojos —dijo uno de los nenes con el entusiasmo de quien acierta una adivinanza difícil.

Ingrid sacó una tijera del bolsillo de su capa de lana, mientras que con la otra mano seguía sosteniendo en una cola el pelo de la nena. Los chicos murmuraron sin dejar de mirar. Con un movimiento rápido y certero cortó, casi de raíz, el pelo de la chiquita, que de tanto que temblaba se había olvidado de llorar. La mujer enroscó la larga cabellera diezmada en su muñeca y volvió a su lugar como si nada hubiera pasado.

El León abrió los ojos y siguió con su sermón. Más tarde el niño que había contestado a la pregunta de Ingrid recibió su premio: fue obligado a limpiar con sus manos los excrementos de las letrinas del campamento. En el universo del León, las traiciones siempre se pagaron a buen precio.

El más chiquito de la ronda era Gastón. No le interesó demasiado lo sucedido con la nena y su pelo cortado, él solo esperaba que el León le diera lo que le había prometido. Las tripas le rugían. Desde que Urko se había llevado a Malú, había comido poco y nada. Ingrid lo había encerrado en una de las salas del área de los niños y le había hablado bastante. No se acordaba ni una palabra de todas las que dijo la mujer, pero no iba a olvidar nunca el momento en el que el León había abierto la puerta y la había hecho callar de un cachetazo. Ver a Ingrid con la cara de costado y la mejilla enrojecida lo convenció: no tenía que preguntar más por Malú, no volvió a hacerlo.

Después del sermón los niños, en fila, se retiraron del galpón. Cada uno tenía tareas asignadas que se dividían en dos grupos: limpieza y oración. Las niñas retiraron de la galería los baldes, los trapos de piso y la lavandina; los varones prendieron velas y se arrodillaron con la frente pegada a la pared del fondo. El León llamó a Gastón con un guiño.

—Valoro mucho tu colaboración, Gastón. Hoy no vas a orar ni a limpiar. Le di la orden a Ingrid para que te cocine una buena comida —dijo—. Además, tengo un regalo para vos.

El nene hizo un esfuerzo para contener la sonrisa. «La felicidad es cosa de débiles», decía siempre su hermana Mariela. No aguantó y la pregunta se le escapó de la boca.

—¿Qué regalo?

El León le dio una bolsa de nailon; adentro, bien doblada, había una túnica blanca. Gastón se la apoyó contra el pecho y agradeció. Sabía que las túnicas blancas eran para unos pocos y eso lo hizo sentirse especial como nunca.

Ingrid le había preparado papas fritas. Gastón se sentó en una silla en la cocina, apoyó el plato sobre sus rodillas y comió casi sin respirar. Entre papa y papa, levantaba la cabeza; había aprendido a los golpes que con Ingrid nunca había que distraerse.

—Madre Ingrid, muchas gracias por esta comida —dijo con la esperanza de poder repetir la porción.

—Las gracias deben ser para el León, que con su bondad infinita logró este milagro —dijo sin dejar de cortar verduras en una tabla de madera.

—Madre Ingrid, ¿mi mamá sabe que estoy acá, durmiendo y todo?

La mujer dejó la zanahoria que estaba pelando y evaluó las opciones. La más eficaz siempre era el cachetazo, por cuestionar, pero sabía que, en algunas personas, la violencia funcionaba únicamente en el corto plazo. Apeló a otro mecanismo que funcionaba tan bien como la mano adoctrinadora: la mentira.

—Gastón, por supuesto que tu madre sabe. Ella me encomendó a mí, y por supuesto al gran maestro León, que nos encarguemos de tu educación.

El nene sintió tristeza esa mañana en la que, sin embargo, había sido feliz. Pensó en su madre, pero sobre todo en su hermana Mariela.

—Madre Ingrid, ¿por qué mi hermana tomó el líquido de la vida eterna y se murió?

La mujer se acercó a la silla donde Gastón seguía sentado y le dio vuelta la cara de un cachetazo, lo levantó de un brazo y lo arrastró fuera de la cocina.

—Ya vamos a hablar con el León cuando vuelva de su viaje —amenazó.

—¿A dónde fue? —preguntó el nene con el único fin de calcular cuánto le quedaba antes del castigo del maestro.

La cara arrugada de Ingrid se estiró de golpe, los ojos le brillaron y su boca sin labios intentó una sonrisa.

—León fue a casa —dijo—. Todos vamos a volver muy pronto a casa.

Las calles del pueblo no habían cambiado demasiado. Las que habían sido de tierra lo seguían siendo y la principal, que unía el caserío con la ruta, mantenía ese asfalto de baja calidad salpicado de pozos que el Municipio emparchaba de vez en cuando. La plaza sí estaba distinta, como si fuera la encargada de ir arrancando las hojas del calendario; el paso del tiempo se leía en esa manzana.

Ya no estaban las hamacas con asiento de madera y cadenas oxidadas, sostenidas por unos tubos de acero poco confiables. En su lugar, ahora había un cantero enorme lleno de arbustos con flores blancas. El tobogán y el arenero también habían desaparecido para dar lugar a un espacio con piso de cemento sobre el que alguien, con buen tino, había puesto tres mesas de madera con varias sillas para que los habitantes del pueblo pudieran compartir unos mates, alguna torta casera, unas galletitas y, en particular, lo que les sobraba: tiempo.

Sentía cada paso que daba como el pinchazo de una daga rasgando alguna parte de su cuerpo. Todo lo que tenía que ver con Valkiria le dolía en la piel, en la sangre. Se abotonó el camperón de corderoy hasta el cuello y se bajó el gorro tejido hasta las cejas; hacía calor, pero él sentía frío. Si hubiese podido, se habría hecho invisible, pero la época en la que esgrimía como un mago sus dones fantásticos había quedado en el pasado.

Alrededor de la plaza algunos hombres y mujeres habían armado temprano los puestos en los que hasta la medianoche intentarían vender frascos de mermelada casera, panes de dudosa factoría, muñequitos de la suerte hechos con cerámica, bufandas tejidas a mano y algún que otro yuyo para preparar infusiones que

prometían curar todo tipo de malestares.

Caminó entre los pobladores que trabajaban a destajo. A pesar de que la misa había terminado, los fieles que se quedaban en el atrio de la iglesia solían ser los mejores compradores. Cuando estaba a punto de cruzar la calle que lo separaba de la iglesia, se dio vuelta de golpe: una sensación conocida lo alertó. Todos los feriantes seguían con sus actividades, menos una.

La mujer estaba tiesa; a sus pies, había un frasco de miel hecho pedazos. Pero no había sido el ruido de los vidrios estallando contra las baldosas lo que había encendido la luz de alarma, sino la convicción de que ella lo había reconocido. Se quedó quieto y usó sus ojos como si fueran una cámara de fotos: envió la imagen por los pasadizos oscuros de su memoria hacia la época en la cual ese lugar había sido su reino. A pesar del esfuerzo, no logró ubicar a esa mujer vieja y con la espalda encorvada en su historia; sin embargo, ella seguía ahí, enfrentándolo.

Sabía que tomar decisiones casi siempre era hacer algún tipo de daño, no le quedaba otra opción. Las dos únicas veces que había dejado cabos sueltos había perdido todo lo que había logrado construir; tardó mucho en darse cuenta de que, en definitiva, había conservado lo más importante que tenía: él mismo.

Con paso firme y sin un atisbo de duda se acercó. Ocho pasos como zancadas los dejaron frente a frente. Parecía sucia: el polerón de lana negro tenía una infinidad de migas de pan a la altura del pecho; la falda, también tejida, le tapaba las rodillas; las pantorrillas hinchadas y surcadas por venitas violetas terminaban en unas pantuflas arrasadas por el uso y que, en algún momento, habían sido rojas. Estuvo a punto de hablarle, de preguntarle el nombre. Sabía que, si escuchaba la voz de la vieja, quizá su memoria se activaría. No hizo falta, una chica le hizo, sin saberlo, el favor.

—Tía, ¿qué hacés ahí parada? —preguntó mientras con una escoba intentaba, sin éxito, limpiar la miel y los pedazos de vidrio

que la mujer había esparcido en el piso.

Despacio, como si fuera una escena en cámara lenta, la mujer levantó un brazo y con el dedo índice lo apuntó amenazante. El hombre hubiera querido agarrarla por la muñeca y quebrarle el brazo en menos de un segundo. No le costaba nada hacerlo: sus reflejos y su fuerza seguían intactos. Sintió ese calor que le corría por las venas siempre que alguien, cualquiera, osaba desafiarlo. A él no se lo enfrentaba, no se lo interpelaba. A él se lo respetaba.

La chica dejó la escoba tirada en el piso y con una paciencia infinita intentó calmar a su tía. Le murmuró palabras al oído y, con delicadeza, logró que la mujer volviera a poner el brazo en su lugar, pegado al cuerpo. El hombre notó que algo no estaba bien: la vieja lo miraba sin verlo. Dio un paso más y observó los ojos lechosos, casi transparentes de la mujer.

—¿Es ciega? —le preguntó a la chica.

—Sí, sí. Un día dijo que no quería ver más y no vio más —respondió con el misterio asumido.

El hombre volvió a acomodarse el cuello del abrigo y cruzó la calle hacia la iglesia. La ciega giró la cabeza y lo siguió con sus ojos estériles, mientras un chorro tibio se le deslizaba por las piernas hasta hacer un charco de pis en el piso.

La ciega lo supo apenas lo percibió con el olfato. El León había vuelto a Valkiria.

Dos termos llenos de café y gotas hidratantes para los ojos era todo lo que el agente Cuello necesitaba para aguantar las horas de visualización de las imágenes de las cámaras de seguridad que tenía delante. Un equipo externo de la División Homicidios había hecho la primera parte del trabajo. Gracias a ellos, habían podido obtener una imagen definida del hombre que había matado a la prostituta Virginia Navarro. Ya con el asesino identificado, tocaba la búsqueda o la cacería, como solían decir dentro del Departamento Central.

¿Cómo había llegado al lugar? ¿Cómo se había escapado? ¿Estaba acompañado o solo? Las respuestas a esas preguntas podían estar en las más de sesenta horas de videos que se acumulaban en un escritorio frente a tres máquinas con sus monitores. Los policías de la comisaría local habían buscado casa por casa, edificio por edificio y local por local lo que las cámaras habían captado dentro del margen horario del crimen. Algunas calles eran «ciegas», así denominaban a los metros de los que no había registro alguno; otras tenían imágenes de baja calidad; las menos estaban dentro del sistema de seguridad urbano. Esas eran las primeras que se revisaban con la esperanza de que todo estuviera en las cintas de buena definición; caso contrario, el trabajo era arduo y artesanal.

La agente Soledad Noriega se sentó en la punta del escritorio de su colega Cuello y le preguntó si había alguna cosa que tuviera que saber antes de reunirse con los abuelos de Urko, el hombre al que estaban buscando a contrareloj.

—No, todavía nada. Enganché a un pibito que marca autos para

afanar, pero no más que eso todavía. Tengo para una vida con esto —dijo y se sirvió una taza de café de un termo con dibujos del hombre araña.

—Bueno, yo voy saliendo. Tengo el teléfono prendido, avisame si notás algo que me pueda servir.

Se despidieron con un apretón de manos. Soledad había decidido hacer la visita sin el uniforme de policía. Eligió ir vestida con pantalones azules, polera negra, botas bajas y campera de gabardina verde musgo. El jefe Pavón le había prestado su auto particular. Ambos coincidieron en que no era necesario que la familia materna de Urko Rojas sintiera la presencia policial de manera tan contundente. Los necesitaban relajados y colaborativos.

Para sorpresa de todos, la abuela de Urko no había puesto ningún tipo de impedimento en hablar con la policía. Un llamado telefónico había sido suficiente para concertar la cita.

Vivía en uno de los barrios más caros de la ciudad de Buenos Aires. Soledad pudo estacionar el auto en la explanada de la puerta de la casa. Antes de tocar el timbre, memorizó algunos detalles: una estación de servicio en la esquina, un banco a media cuadra y, enfrente, una embajada. No imaginó a Urko buscando refugio en un lugar tan custodiado.

Una empleada con impecable uniforme negro de delantal blanco abrió la puerta.

—La señora Larralde la está esperando —dijo sin darle espacio a Soledad para saludar.

La siguió por una amplia galería que conducía a un jardín de invierno con techo vidriado. Un juego de living compuesto por dos sillones de ratán y una mesa ratona de mármol era el único mobiliario de esa estancia luminosa.

La señora Marisel Larralde estaba sentada en una mecedora y lo primero que hizo al ver a Soledad fue excusarse.

—Disculpe que no me levanto a hacerle los honores, estoy vieja y en estos días las rodillas me están jugando una mala pasada.

Siéntese con confianza —dijo e hizo sonar enseguida una campanita que tenía en la mano.

La empleada doméstica se acercó al instante.

—Marta, querida, sirvale un café a la señorita, por favor.

Soledad y la empleada cumplieron las órdenes: una sentó en el sillón y la otra fue a la cocina a buscar el café.

—Señora Larralde, en primer lugar le agradezco la deferencia de atenderme. Estoy trabajando en la investigación sobre el asesinato de una mujer en el barrio de Devoto. —Soledad evitó decir que Virginia era una prostituta—. Tenemos la sospecha de que su nieto es el homicida, lo estamos buscando y...

La mujer levantó una mano blanca, arrugada y con las uñas esmaltadas con un rojo brillante. Era su manera de hacer callar a Soledad para ocupar su lugar en la charla.

—Yo no tengo nieto, señorita. Yo tuve hija, una hija preciosa. Una hija amazona. Tendría que haberla visto montando su caballo en los concursos hípicas, parecía salida de un cuento. —Soledad intentó hacer una pregunta, pero la mujer se lo impidió—. Espere un minutito, yo le voy a contar una historia. Usted escuche bien. No le voy a hablar de cualquier cosa, le voy a hablar de una princesa.

Marisel Larralde arrancó su relato con una firmeza que, con el correr de las palabras, se fue dulcificando. Comenzó contando los esfuerzos que había tenido que hacer para quedar embarazada. Siempre había sido una mujer conservadora y concebía el sexo con un único fin, el de procrear. Pasaban los meses y la desilusión se acrecentaba hasta que, después de casi un año de intentos fallidos, la magia había sucedido: su matriz había empezado a gestar lo que terminaría siendo una niña de casi cuatro kilos.

—Teníamos una vida hermosa —continuó. Ni siquiera hizo una pausa cuando la empleada sirvió el café de Soledad—. Viajamos por el mundo y nos instalamos en el campo de la familia de mi marido. Ese fue el error. Ese campo estaba maldito. Si yo hubiera

sabido... En ese campo mi chiquita Anahí se fascinó con los caballos y empezó a practicar para los concursos de salto. Era maravillosa, un espectáculo. Años y años le llevó ser campeona de equitación, hasta que bueno. —Se frenó de golpe, como si las palabras se le hubieran terminado y se puso a meter los dedos en los agujeros de la manta tejida que le cubría las piernas.

Por la información que les había pasado el fiscal Oviedo, Soledad sabía que Anahí se había fugado con un peón de estancia de quien se había enamorado. Para no ahondar más en el tema que había enmudecido a Marisel, encaró la cuestión por otro lado.

—Señora Larralde, usted dijo que no tiene ningún nieto. Entiendo lo figurativo de esa afirmación, pero creo que usted sabe que Anahí tuvo un hijo con el señor Leonardo Rojas.

—Eso no es un hijo. Un hijo no mata a la madre que le dio la vida y esa lacra mató a mi hija. Nos citaron a declarar y a buscar los restos de Anahí y fuimos. Mi marido y yo no dijimos una palabra, nada. Callamos para cuidar la memoria de ella. Ahora descansa en paz en la bóveda de los Larralde, su lugar.

Soledad apuró el café de un sorbo.

—¿Qué callaron, señora? —preguntó.

Las manos de la mujer habían dejado la manta de lana. Ahora temblaban.

—Callamos la verdad. Yo quería contar todo, pero mi marido no me dejó. Él es un hombre muy cauto, siempre tiene razón, y le hice caso. Ahora, pobrecito, está muy desmejorado. Tuvo un ACV y casi no puede moverse ni hablar. Lo tengo en su habitación con enfermeros que lo ayudan y me ayudan.

Soledad sintió un poco de culpa por alegrarse de la situación de salud del señor Larralde, que ya no podía impedir que su esposa hablara.

—Quiero saber la verdad, señora. De su verdad tal vez dependa que Urko Rojas —evitó decirle «su nieto»— siga matando. Es una buena manera de homenajear a su hija, ¿no le parece?

Marisel Larralde volvió a hacer sonar la campanita. La empleada apareció como por arte de magia.

—Querida, preparé una buena jarra de té y algo para comer. La agente Soledad... No recuerdo el apellido. Bueno, la agente y yo tenemos para largo.

Soledad sonrió y sacó su cuaderno. Marisel Larralde parecía haber entendido que, a veces, para que los muertos vuelvan hay que poder contar sus vidas y ella era la única que podía contar la de Anahí.

Imaginó el enojo atroz del jefe Pavón cuando recibiera las multas: la agente Soledad Noriega acababa de pasar dos semáforos en rojo. Había estado a punto de mandarle el parte del relato de Marisel Larralde por audios de WhatsApp, pero desistió de la idea. Su cabeza todavía estaba procesando los datos, el camino desde Palermo Chico hasta la División Homicidios era el único momento que iba a tener para acomodar las piezas de un rompecabezas que había empezado a desarmarse mucho antes.

Estacionó en la playa destinada a los patrulleros y autos particulares de los miembros de la fuerza y entró en el edificio por la puerta de atrás. Mientras esperaba el ascensor, sacó el celular del bolsillo de la campera y se metió en Google maps; escribió el nombre del pueblito que había mencionado Marisel Larralde. Hasta que no lo vio aparecer en el mapa creyó que era un delirio de la mujer. Pero no, allí estaba. La línea roja marcaba 180 kilómetros.

La campanita del ascensor la distrajo de la búsqueda. Durante los cinco pisos solo atinó a arreglarse el pelo; varios mechones de puntas decoloradas y reseca se habían escapado de una hebilla que, a duras penas, los podía contener.

Lo primero que vio cuando entró en la oficina fue al agente Cuello; estaba sentado en el mismo lugar en el que lo había dejado, con los brazos cruzados y una sonrisa de festejo de cumpleaños.

—¿Novedades? —preguntó Soledad a modo de saludo.

Cuello se levantó de la silla y se arrodilló en el piso con los brazos en alto, emulando la pose de Lio Messi cuando mete un gol. Soledad largó una carcajada y le dio un empujón que lo dejó sentado, con las piernas abiertas.

—Claro que tengo novedades, mamita linda. ¡Soy un as de las camaritas, el único, el mejor! Deberían darme un premio —dijo eufórico desde el piso.

—Dale, boludo. Levantate y contame —dijo Sole risueña.

Cuello dejó de hacerse el gracioso y con un gesto la invitó a sentarse en la silla que había calentado durante horas. Prendió el monitor más grande y le pidió que se concentrara en las imágenes que vería.

Los primeros minutos una calle angosta copó la pantalla. Pasaron cuatro autos y un colectivo. Por una de las veredas solo se veía a una señora paseando un perrito. La imagen era muy nítida y, según la ficha del material, pertenecía a la cámara de seguridad de un local de telefonía celular. El comercio había sufrido varios robos y los dueños tomaron la decisión no solo de filmar puertas adentro; querían registrar también las motos que esperaban afuera a los delincuentes. Al minuto 3.08 de la filmación, un hombre gira por la esquina y se queda parado en el medio de la calle, como si esperara que un auto lo pisara; cosa que hubiera sucedido si no hubiera sido durante las primeras horas del día.

—Ese es Urko —murmuró Soledad.

Urko no se movía, no hacía gestos, no parecía estar huyendo. Solo estaba ahí.

—Según la hora del video, esta imagen es posterior al asesinato —acotó Cuello—, pero esto no es todo.

Casi a los cuatro minutos de la cinta, otro hombre aparece en la filmación. Sale caminado con paso tranquilo del palier exterior de un edificio, se acerca a Urko, se para a menos de un metro de distancia y le pone la mano en la frente. Durante seis segundos se quedan así, quietos.

—Agrandé la imagen y pude comprobar que el hombre siempre estuvo ahí, en el palier, como si lo estuviera esperando —dijo Cuello.

—O lo estuviera siguiendo —remató pensativa Soledad.

Al minuto 4.20, una camioneta vieja, bastante destartalada, frena junto a los dos hombres. Desde adentro, alguien abre la puerta del acompañante, Urko y el hombre suben. La camioneta arranca y desaparece de la imagen.

—Por el lugar en el que está la cámara no se llega a ver la patente, pero ya tiré la alerta y estamos buscando en las cámaras más alejadas de la zona y en las de autopistas para tratar de identificar el rumbo de la huida.

Soledad ya no estaba escuchando las aclaraciones de su compañero.

—Poneme de nuevo la imagen del tipo del palier y agrandala lo más que puedas.

Cuello tocó el botón para retroceder el material y lo frenó en el momento en el que el hombre estaba por llegar a la calle. Era en la única toma donde se lo podía ver de frente. Apretó el zoom y agrandó la imagen. Soledad le sacó una foto, sonrió y palmeó en la espalda al agente Cuello. Sin decir una palabra más, salió de la oficina y golpeó la puerta del despacho del jefe Pavón. Del otro lado, una voz gruesa le pidió que esperara.

—No puedo esperar, jefe. Es urgente —insistió la agente Noriega.

Pudo imaginar la cara de hastío de Pavón y lo confirmó cuando abrió la puerta.

—Agente Noriega, estoy en una reunión importante. Le dije que esperara un rato —le recriminó.

Soledad se paró en puntas de pie para intentar ver quién era la persona que estaba sentada frente al escritorio del jefe. Lo reconoció de un vistazo. Era el fiscal Nicanor Oviedo.

—Al fiscal también le va a interesar la información que tengo. Creo que sé dónde puede estar escondido el prófugo.

—¿Urko Rojas? —preguntó Pavón con interés.

Como toda respuesta, la agente Noriega sonrió y entró en la oficina de su jefe. Cuando se sentó junto a Oviedo, Soledad detectó

dos cosas: su jefe estaba nervioso y el perfume del fiscal era irresistible. La primera quedaba en evidencia por la cantidad de vasos de plástico vacíos manchados con ese chocolate cremoso que Pavón usaba como tranquilizante; la segunda era solo producto del simple ejercicio de respirar.

—La escuchamos, Noriega —dijo el jefe sin tutearla, como cuando se ofuscaba—. Espero que su intervención valga la pena.

Soledad les contó la reunión que había mantenido con Marisel Larralde, la abuela de Urko. Notó que el desinterés inicial de los dos hombres, de a poco, devenía en una escucha atenta. Por un segundo se sintió una Sherezade despeinada y con algunos kilos de más.

—¿Entonces la madre de Urko, Anahí, les pidió ayuda a sus padres? —preguntó Oviedo.

—Sí. Ella huyó con el peón de la estancia familiar y mandó una carta en la que explicaba que por amor renunciaba a todo, incluso a su herencia. Mucho después, el señor Larralde recibió un llamado de su hija. Anahí le contó que había tenido un hijo, ella lo llamaba Nicolás, y que temía que se lo mataran.

—¿Quién le quería matar al hijo? —se interesó Pavón.

—Según recuerda la señora Larralde, su hija estaba en una comunidad con otras familias. Todos tenían un guía, una especie de gurú, al que Anahí temía.

—Una secta —murmuró Oviedo.

—Algo así, sí. El tema es que el señor Larralde no le creyó y no la quiso ayudar. Nunca le perdonó la huida y el escarnio que en ese momento significó que la niña dorada de la clase alta se revolcara con un peón. Cuando la señora Larralde se enteró de que su hija se había contactado, se enfureció con su marido. Con tal de no escuchar a su mujer, el hombre le dio el dato del lugar en el que estaba y del que quería huir.

Oviedo y Pavón cruzaron una mirada y se enderezaron en sus asientos. Soledad continuó:

—Marisel Larralde es y siempre fue una mujer de privilegios, criada en una nube. Tenía la manera de encontrar a su hija, pero no sabía de qué modo hacerlo por sus propios medios, por lo que acudió a quienes siempre resuelven los problemas de los ricos: la servidumbre. A espaldas de su marido, le pidió al chofer que fuera a buscar a Anahí. Le dio la dirección y esperó. —La agente se detuvo un instante, disfrutando la expectativa que generaba su relato—. El hombre volvió con poco y nada. Le dijo que Anahí no estaba más en ese lugar.

—Muy bien, pregunto: ¿esta historia vieja de qué nos sirve ahora? —dijo con buen tino el fiscal Oviedo.

Soledad sacó su teléfono celular y les mostró a ambos la imagen que había encontrado el agente Cuello.

—Este hombre que ayuda a nuestro asesino Urko a escapar es el mismo que atendió hace años al chofer de los Larralde —contestó Noriega, con la certeza de una ganadora de concurso de televisión.

—¿Cómo aseguramos eso? —insistió Pavón usando el plural, era su recurso cuando evitaba ser agresivo.

—Porque la señora Larralde recuerda que su chofer describió al tipo que lo atendió como un hombre de barba roja.

A pesar de que la imagen del celular de Soledad era de una cámara de seguridad, la barba roja era un detalle por demás llamativo. Pavón y Oviedo lo confirmaron y evaluaron los pasos a seguir. Antes de que pudieran decir una palabra, Soledad puso sobre el escritorio una bolsa pequeña de cartón. La miraron con las cejas levantadas.

—Cuando Anahí Larralde y Leonardo Rojas fueron asesinados por su hijo adolescente, la Justicia se contactó con la familia Larralde. Les dieron el cuerpo de la chica y esta bolsa. Eran los elementos que para los investigadores pertenecían a Anahí.

El jefe Pavón compartió una conclusión:

—No sé qué piensan ustedes, pero yo en esta historia veo dos momentos de una secta. Después de una larga pasividad, los

misimos protagonistas vuelven.

—¿Por qué se disolvió? ¿Qué pasó durante el letargo? — preguntó en voz alta Soledad.

—Ese es el punto clave —respondió Oviedo mientras se acariciaba, pensativo, la barbilla con los dedos.

El jefe Pavón abrió la bolsita que le había dado la agente Noriega y extendió sobre la mesa una túnica blanca. Un cascabel plateado rodó y cayó al piso. El fiscal Oviedo lo levantó y lo sostuvo entre el dedo pulgar y el índice, a la altura de sus ojos.

—Carmen Hidalgo —murmuró.

Ni la agente Soledad Noriega ni el jefe Pavón lo escucharon.

Sonia estaba ansiosa, no había entendido muy bien las palabras de Carmen. Le costó bastante recordar que esa chica rubia vestida con pantalones de jean —ella odiaba los jeans— era su hija y, además, le había resultado extraño que ella, que siempre le decía que se quedara en su casa porque era más seguro, le hubiera propuesto hacer un bolso para irse de viaje. También se había molestado bastante cuando Diego le dijo que en el bolso no entraban los almohadones de sus sillones, pero no fue necesario armar un escándalo: Carmen le había ofrecido llevar en el baúl del auto la reposera y eso fue suficiente para que Sonia sintiera la alegría de un plan inminente.

Una hora antes el fiscal Oviedo había respondido, finalmente, la cantidad de mensajes que Carmen le había dejado. Antes de aclararle, sin que nadie le hubiese pedido nada, que su llamado no era consecuencia del berrinche que ella había hecho por televisión, le dijo que tenía un dato que podía interesarle.

—Hablá y dejá de hacerme quedar como la loquita de la relación. —Lo apuró Carmen.

Oviedo se arrepintió del llamado, pero, de todas maneras, le hizo un resumen y dejó para el final el hallazgo de un nuevo cascabel.

—¿La madre del asesino de la prostituta tenía un cascabel como el de mi madre? —Carmen hizo la pregunta más para tratar de entender que para que Oviedo se la respondiera.

—Exacto, y los peritos de homicidios lo compararon con el cascabel que apareció en la habitación de Virginia Navarro. Son idénticos.

Carmen le agradeció los datos más por distracción que por

convicción: lo que antes le causaba intriga ahora le preocupaba. Ella había visto una carnicería en la habitación de Virgina; nadie en su sano juicio era capaz de semejante ataque, y que esa persona estuviera relacionada con su madre era un tema que tenía que resolver. Y su oficio le había enseñado que para resolver había que saber. «La información es poder», le había dicho su primer jefe y a ella solo le interesaba ser poderosa.

Decidió ir al bar donde Diego almorzaba los domingos. Tomó un taxi, no tenía ganas de manejar. Bajó el vidrio de la ventanilla, le gustaba que el viento le diera de lleno en la cara. En el camino, repasó los mensajes de su teléfono celular: tenía muchos pendientes. Carmen era fanática de las redes sociales; le parecía que eran el florecer de una nueva manera global de comunicarse y no quería dejar de ser parte, pero sus ocupaciones no le permitían ocuparse tanto de ese espacio en el que se movía como pez en el agua. Solía arrancar por Twitter, pero no supo por qué motivo prefirió chequear antes sus mensajes de Facebook. Pasó el dedo por la pantalla para elegir cuál abrir. Su casilla se llenaba de decenas de fans que la felicitaban, de extraños que la insultaban, de personas que le pedían trabajo y de hombres que le proponían citas amorosas, todo con la misma intensidad.

—Nazarena Capellán... —susurró con el corazón acelerado.

Abrió el mensaje y vio la foto que la mujer le había mandado. El viento que entraba por la ventanilla del auto se convirtió en huracán. Desde ese momento, todo pasó como una película que alguien adelanta con solo tocar un botón.

Le pidió al chofer que la esperara, se bajó del taxi y entró acelerada en el restaurante. Diego no pudo terminar su postre. Carmen dejó trescientos pesos en la mesa, agarró a su amigo del brazo y lo subió al auto sin dar explicaciones. Diez minutos después estaban en la casa de Sonia preparando un viaje de urgencia a Sanuribe.

A la ropa que usaba todos los días, Sonia le agregó un tapado

marrón y una capelina que se ponía en los días de verano. Era como una nena que mezclaba sus atuendos favoritos sin importarle el frío o el calor.

Nazarena Capellán había sido escueta pero clara: «Señora Hidalgo, le mando la imagen de una foto que mi tía tiene en su casa. Se la ve a ella cuando era joven. La chica que está con ella es su mamá o se parece mucho a la chica que usted mostró en su cuenta de Twitter. Somos de Sanuribe, provincia de Buenos Aires. Hay otras cosas que me gustaría contarle, pero no por este medio».

Las fotos eran casi idénticas. En la que Carmen había encontrado en el escritorio de su madre, Sonia era muy joven y estaba parada al lado de una nena chiquita, ambas vestidas con túnicas blancas. En la que le había mandado Nazarena, también estaba Sonia joven, pero a su lado había una mujer un poco mayor. Diego las analizó mientras Carmen terminaba de preparar a su madre.

Era obvio que ambas fotos habían sido sacadas en el mismo lugar y en el mismo momento: se veían la torre tubular, las casitas bajas, el mismo rosál a un costado y la misma rosa caída hacia la derecha, en el mismo tope de la planta.

Diego, Carmen y Sonia subieron al auto de Carmen. Diego insistió con manejar. Ambas mujeres aceptaron la oferta y los tres se rieron cuando Sonia dijo que ella hubiera manejado encantada de la vida, pero que no recordaba muy bien para qué servían esos pedales que había en el piso, debajo del volante.

—Es increíble esto —dijo Carmen mientras abría una botellita de agua mineral que siempre llevaba en la guantera—. En menos de una semana, pasaron más cosas que en el último año de mi vida.

El viaje fue tranquilo. Escucharon programas de radio hasta que Sonia pidió unas canciones de Luis Miguel. Carmen buscó en su lista de Spotify un compilado de las más conocidas y se emocionó al notar que su madre recordaba la letra de todas. La memoria de Sonia era como un electrodoméstico que funcionaba a los golpes: a

veces el circuito conectaba, a veces no.

Supieron que estaban entrando en el pueblo de Sanuribe porque a lo lejos vieron la torre tubular de las fotos, la misma que Sonia en algún momento de su vida —ni ella recordaba cuál— había dibujado.

—Mami, ¿te acordás de este lugar? Mirá esa torre —dijo Carmen señalando por la ventanilla.

Sonia no contestó. Se había acostado en el asiento de atrás del auto y estaba dormida.

Nazarena le había dado la dirección de la casona en la que vivía con su tía y en la foto del Google maps les había marcado cómo llegar. Mientras cruzaban a velocidad mínima el centro del pueblo, Diego preguntó:

—¿Ya viniste con tu vieja a este pueblo? Miralo bien...

Carmen negó con la cabeza.

—Nunca. Me crie en San Marcos, en Córdoba —contestó sin dejar de mirar cada casa, cada esquina.

—¿Y antes de San Marcos? ¿De dónde es Sonia?

—De Mar del Plata, creo. Con mi madre nunca se sabe. Siempre me contó historias que duraban lo que tardaba en contar otras historias. Fue madre soltera, eso seguro. Nunca me quiso hablar de mi padre. En realidad, inventaba padres para que yo dejara de preguntar, hasta que aprendí a no preguntar más.

Diego salió del casco urbanizado de Sanuribe y agarró una ruta de tierra que, según el mapa, los llevaba a la casa de Nazarena Capellán.

—Bueno, Carmen, puede ser que en este pueblo nos topemos con algo de la historia de tu madre. Según la foto que ella tenía y la foto que mandó esta mujer Nazarena, antes de que vos nacieras ella anduvo por acá.

Avanzaron algunos kilómetros a muy baja velocidad, sin hablar. Los pozos hacían imposible un andar fluido. Los movimientos del auto despertaron a Sonia.

—Me quiero ir a mi casa —dijo con la nariz fruncida, como si estuviese oliendo algo desagradable.

—Estamos paseando, mamá —intervino Carmen con el tono con el que le hablaría a un niño encaprichado—. Vamos a visitar a una amiga mía, Nazarena se llama.

—No la conozco. Y además tengo hambre. —Sonia palmeó a Diego en la cabeza—. Oiga, chofer, dé la vuelta a la izquierda en la próxima salida y siga derecho. A unos metros hay una parrilla de esas de la ruta que nos regala algunos panes o carne que le sobra. No te vas a perder, querido, la parrillita está debajo de un eucaliptus gigantesco. Vamos a buscar comida a ese lugar.

Sorprendido, Diego siguió las indicaciones que le había dado Sonia y Carmen no se opuso.

—Ahí está —dijo Sonia entusiasmada.

Estacionaron frente a un cúmulo de ladrillos abandonados. Al costado de la ruta, se veían los despojos de una construcción: un cuadrado grande de tierra donde el pasto no crecía; en el costado derecho, una zanja precaria; en el izquierdo, cascotes rodeados de yuyos. Diego y Carmen se bajaron del auto, Sonia los siguió.

—Se deben haber mudado —dijo Sonia—. Qué pena, era muy bueno este lugar.

Las dos mujeres se quedaron paradas sobre la banquina. Diego avanzó despacio entre los restos, caminó unos metros y se detuvo frente a una pila de basura.

—Tenías razón, mamá —dijo Carmen sin dejar de mirar el árbol gigante que daba sombra a las ruinas—. Acá seguramente existió esa parrilla que vos decías.

—Claro, querida, yo no miento. La mentirosa sos vos que andás diciendo a cada rato que yo soy tu madre —dijo con una resignación fingida y subió al auto.

Retomaron el camino. Veinte minutos después llegaron al lugar donde vivía Nazarena Capellán. Era imposible confundirse: era la única casa. Estacionaron el auto al costado de la ruta y a pie

recorrieron un trazado de piedritas grises rodeado de rosales en flor. Sonia se encaprichó, quería que su hija le diera las llaves del auto. «Sos una máquina de perder cosas, ya me perdiste la máquina de café», dijo empacada. Carmen cedió al enojo: «Tomá, acá las tenés». Siguieron caminando, al final se veía la casona de estilo colonial pintada de amarillo claro. Sonia se quedó fascinada con los mosaicos calcáreos azules y rojos que recubrían el piso de una galería espaciosa. Diego tocó el timbre, de lejos se escuchó el ladrido de un perro.

Nazarena Capellán abrió la puerta y sonrió nerviosa. Nunca antes había visto personalmente a una celebridad de la televisión. No pudo evitar un repaso fugaz del look de Carmen: jean recto, zapatillas rojas, remera blanca debajo de un suéter azul escote en V y una chaqueta de cuero negra.

—Bienvenida, señora Hidalgo. —Le tendió la mano, solo tenía saludos para ella—. Pase, adelante, la estaba esperando.

Carmen estaba acostumbrada a las reacciones que causaba su presencia y sabía qué palabras decir para quitarle tensión al primer contacto.

—Nazarena, por favor decime Carmen y tuteame. —Giró y señaló a Diego—. Te presento a Diego Gualdini, mi productor, y esa señora que está mirando el piso de la galería es mi madre.

Nazarena le dio un beso rápido en la mejilla a Diego y se acercó a Sonia para verla más de cerca. La mujer estaba en su mundo. Con una sonrisa de oreja a oreja miraba los azules y los rojos del piso. Por momentos, acariciaba los mosaicos con la punta de uno de sus pies.

—Señora, soy Nazarena. La invito a pasar a mi casa, ¿le parece bien? —dijo con la dulzura de quienes no necesitan saber nada de la persona que tienen enfrente, lo intuyen.

En su interior, Carmen agradeció no tener que dar demasiadas explicaciones sobre su madre. No sabía explicar sus reacciones.

Los cuatro entraron en la casona. En una mesa enorme, los

esperaba una picada con quesos, embutidos y una horma de pan casero que inundaba la sala espaciosa de un aroma fabuloso. Sonia no dudó y con una mano se metió dos pedazos de queso en la boca y, con la otra, guardó algunas rodajas de salami en el bolsillo de su pollera marrón. Cuando Carmen estuvo a punto de retarla, Nazarena la tomó del brazo. Diego, como siempre, ordenó la situación.

—Nazarena, vinimos a conversar con vos. Queremos saber sobre esa foto que le mandaste a Carmen...

—Sí, dejemos a la señora comer tranquila. La noto hambrienta —dijo sonriendo—. Les pido que me acompañen a la otra sala.

Se instalaron en un pequeño living con un ventanal que daba a un jardín al que algunos descuidos no le opacaban la belleza.

—Lindo, ¿no? —dijo Nazarena—. Antes lo arreglaba mi tía, ahora, cuando puedo me ocupo yo.

—¿Antes de qué? —preguntó Carmen, dejando el jardín de lado.

—Antes de que se quedara ciega.

Sin decir una palabra más, Nazarena le alcanzó el portarretratos de carey con la foto que le había mandado por Internet. Carmen permaneció unos minutos con los ojos clavados en la imagen.

—Es mi madre de joven, no hay dudas. —Abrió su cartera y le mostró a Nazarena la foto que Sonia había conservado durante décadas.

—¿Pudiste saber algo de la nena? —preguntó Nazarena.

—No.

—No es solo esta foto lo que te puede interesar, también la historia de mi tía. —Señaló el cuaderno que había rescatado la noche anterior, estaba apoyado en la punta de una mesita ratona.

—¿Tu tía se llama Rosa? —preguntó Diego—. La madre de Carmen menciona a una tal Rosa, dice que la hacía reír.

—Cierto —agregó Carmen antes de que la muchacha pudiera responder—, pero también nos dijo que Rosa está muerta.

Nazarena negó con la cabeza y le alcanzó a Carmen el cuaderno

de su tía. Sin perder un segundo, aún de pie, el Jedi y Carmen empezaron a leer.

A pocos metros de donde estaban los tres conversando, los rayos tibios del sol se colaban entre los vidrios. Sonia comía una rodaja de pan recién cortada frente a la mesa con los platos de embutidos regionales. El ruido de unos pies que se arrastraban le provocó curiosidad y la llevó a darse vuelta. Entonces la vio. Era ella, Rosa. Volvían a encontrarse después de décadas de distancia.

Sonia caminó hasta quedar frente a la mujer de vestido negro y cabello cano recogido en un rodete. Le sonrió y no dijo nada, no era necesario. Rosa estiró las manos viejas. Temblaba. Con las puntas de los dedos, recorrió cada rincón de la cara de la otra mujer: la frente, la curvatura de la nariz, las mejillas, los labios, el mentón.

—Gringuita, sos vos, estás viva... —murmuró.

Sonia tomó entre sus manos las de Rosa. Ambas tenían los ojos húmedos.

—Nos organizamos para resistir —dijo Sonia con el tono de quien confía un secreto. Y se pusieron a recordar, a hacer memoria.

Cuando Diego, Carmen y Nazarena volvieron al living, no había nadie. La loca y la ciega habían desaparecido.

«Nunca vas a saber dónde están mis límites, jamás me podrás destrozar», fue lo último que Rosa le dijo al León.

—No me servís para nada, Rosa. Tu vientre estéril es solo un cúmulo de tejidos inservibles. Sin nosotros estás muerta, sin mí no sos nada —gritó el León con los ojos inyectados en sangre.

Ya nada de lo que él pudiera decirle importaba. Minutos después se montó en la bicicleta que estaba tirada en el fondo del corral de los conejos y pedaleó hasta que la fuerza de sus piernas sacó del eje la cadena oxidada. Aunque la caída le dejó ambas rodillas rojas y sangrantes, Rosa corrió sin detenerse. «Uno también se acostumbra al dolor», pensó. Y mientras corría, en sus oídos resonaban los gritos del León, sus rugidos.

«Tu alma se consumirá en el infierno.»

«La próxima en caer al pozo de los traidores vas a ser vos.»

Corrió y corrió, intentando no creer en él; aunque a ratos sí le creía.

Era un domingo, pasado el mediodía, cuando Rosa Capellán entró en la comisaría del pueblo de Sanuribe. Tenía treinta y cinco años, pero el hambre, las violaciones, los golpes y el sometimiento mental la hacían parecer de más edad.

—Vengo a denunciar algo grave —le dijo al policía que estaba parado del lado de adentro de la puerta.

La hizo esperar su turno, aunque en la salita de espera no había nadie. Rosa obedeció, era lo que mejor sabía hacer. Otro policía con cara de siesta malograda la hizo pasar a una oficina. La miró de arriba abajo con asco. Rosa tenía puesta una túnica blanca manchada de barro, por las pantorrillas chorreaban hilos de sangre

que le caían de las rodillas y su pelo era una mata pegoteada de sudor y mugre.

—¿Qué querés? —preguntó molesto.

—Me escapé de la comunidad. Van a matar a una nena y están planeando un suicidio colectivo. —Las palabras le salían como vómito de su boca. Sin pausa, casi sin pronunciarlas.

El policía largó una carcajada. Rosa se largó a llorar.

—Bueno, bueno, piba. Me parece que tomaste unos vinitos de más. Andá a dormir un poco la mona y vas a estar mejor —dijo intentando calmar a la mujer.

Rosa supo que el León tenía razón cuando decía que las palabras de las mujeres no valían ni un puñado de tierra seca. Entendió que la comunidad era mucho más grande que Valkiria y comprendió, también, que estaba sola.

Treinta y cinco años después, el momento de reparar lo que había sido roto había tocado su puerta en forma de pasado, un pasado llamado Sonia.

No necesitaron hablar. Salieron de la casona por la puerta de atrás. Las dos sabían lo que tenían que hacer, siempre lo supieron. Como un lazarillo distraído, Sonia tomó a Rosa de la muñeca, rodearon la casa y caminaron hasta la puerta de entrada. La ciega la siguió con confianza. La gringa nunca le había fallado.

—Rosa, no me acuerdo mucho para qué sirven los pedales del auto, pero yo sabía manejar, así que voy a manejar. —Sonia metió la mano en el bolsillo de la pollera y le mostró las llaves del auto a Rosa como si la ciega pudiera verlas—. Las dos chicas y el muchacho están charlando en una habitación cerca de la mesa, ¿escucharán cuando arranquemos?

—No. Estamos bastante lejos y las paredes de la casona son bien gruesas —respondió la ciega mientras tanteaba la puerta del auto para encontrar la manija.

Sonia se subió en el lugar del conductor sin ayudar a Rosa. Las habían educado en el sálvese quien pueda. La ciega pudo entrar por

sus propios medios.

El auto arrancó sin inconvenientes. La cabeza de Sonia se trababa para un lado, mientras su cuerpo funcionaba para el otro. No era la primera vez que hacía cosas de manera mecánica: recetas de cocina, caminatas a lugares determinados, conexiones de subtes o colectivos. Algo la regía más allá de su memoria. «El cuerpo no olvida», le había dicho su vecina Raquel. Tampoco se había olvidado de esa frase.

—No te pude buscar, Gringa —empezó a hablar la ciega, confiada en que Sonia sabía cómo llegar a donde tenían que llegar—. Pedí ayuda, grité, lloré y nadie me dio pelota. Mi familia siempre creyó que yo era la loca.

Sonia largó una carcajada sin dejar de mirar la ruta.

—En mi familia también creen que soy la loca. Es mejor así. No hay que andar dando explicaciones. Soy loca y listo.

—¿Cómo te escapaste?

—No me acuerdo. Tendría que pensar un poco más y manejar y pensar es difícil.

La ciega entendió el mensaje y se calló la boca. Pero Sonia siguió hablando.

—Me escapé con alguien, de eso sí me acuerdo.

La ciega se incorporó en el asiento y con una mano buscó la mano de Sonia.

—¿Salvaste a la nena? —preguntó con la voz entrecortada.

—Vos me salvaste a mí —contestó firme Sonia.

—¿De qué te salvé?

—Me salvaste de estar sola.

Durante tres kilómetros, a los costados de la ruta solo había eucaliptus. A pesar de que las ventanas estaban cerradas, el olor fresco se colaba dentro del auto. Cuando terminaron de pasar las hileras de árboles, Sonia vio a su derecha la torre tubular. Rosa también la percibió: después del olor penetrante de las hojas sacudidas por el viento, venía la torre. En Valkiria los puntos de

encuentro se marcaban con elementos de la naturaleza.

Sonia tomó la decisión de dejar el auto unos metros más adelante de la torre. No sabía por qué lo hacía, pero estaba segura de que era lo correcto.

—Rosa, bajemos y yo te llevo de la mano. Es el camino de siempre, ya sabés —dijo mientras apagaba el motor del auto.

La ciega acarició el cascabel que llevaba colgado de una cinta negra en el cuello. Bien escondido, Sonia llevaba el suyo.

«Eran dos mujeres viejas caminando por el costado de la ruta. Una estaba vestida con una pollera, un abrigo y una capelina de colores y llevaba de la mano a la otra mujer, toda vestida de negro. La de negro parecía ciega. No pedían ayuda, andaban seguras como quienes saben hacia dónde van.» Eso fue lo que declaró el dueño del tambo de Sanuribe, la última persona que las cruzó a unos metros de haber pasado con su 4x4 la torre tubular.

Habían llegado de madrugada y en tandas. Los primeros, en un micro escolar alquilado; los segundos, en la tráfico de la comunidad. El León, Urko, Ingrid y Malú viajaron en la camioneta celeste y destartalada.

—Qué pena que Malú no pueda sentir el regreso a casa —dijo el León mientras manejaba por la ruta de entrada a Sanuribe.

Ingrid y Urko no abrieron la boca. No tenían nada importante para decir. El dueño de las palabras trascendentes era el Elegido. Y lo sabían.

Durante el viaje, varias veces Ingrid puso dos de sus dedos en el cuello de Malú. Lo hizo a escondidas. Antes de emprender el viaje le había hecho tomar, casi por la fuerza, un jugo de naranjas. Adentro había disuelto un tranquilizante. En la veterinaria le habían explicado que la dosis indicada tenía que ver con el peso de la mascota. La mujer hizo un cálculo rápido y agregó las gotas en el vaso.

—Espero que se despierte cuando pisemos tierra sagrada —siguió monologando el León.

Por momentos Malú abría los ojos; eran momentos rápidos, fugaces, en los que, con la cabeza recostada contra uno de los vidrios de atrás, pudo ver un poco de campo, un poco de árboles y un poco de cielo. Cuando Ingrid la tocaba, los volvía a cerrar; el nerviosismo de la mujer era su pequeña revancha. Pensar en armar un plan para escapar le quitaba las pocas fuerzas que tenía. Escuchaba de fondo la voz del León; no entendía lo que decía, tampoco le interesaba.

La camioneta frenó de golpe. Como si fuera de goma, su cabeza

pegó contra el asiento del conductor. Sintió ganas de vomitar, pero las contuvo.

—Urko, bajá a Malú. Ingrid, encargate de los fieles y de armar la ceremonia.

Valkiria ya no tenía el brillo de aquella época en la que la comunidad había estado formada por más de doscientas almas errantes en busca de la purificación. Pero la torre tubular seguía allí, estoica, y eso era lo único que al León le importaba.

Para entrar en el predio tuvieron que forzar la cadena con candado que trababa unas rejas precarias. Los primeros que habían llegado lo habían hecho sin problemas y se habían instalado en la esquina del terreno. El León les había prohibido armar las carpas. Obedecieron. Se quedaron allí sentados, de piernas cruzadas, esperando indicaciones. El segundo grupo fue el encargado de acomodar las cajas de madera que habían transportado en la tráfico. La orden había sido clara: nadie podía abrirlas. Nadie las abrió.

La torre tubular fue la tarea del León, no era más que una pieza de ladrillos de veinte metros de altura. Cuarenta años atrás, él se había enamorado de esa construcción tan simple. Le explicaba a quien quisiera escucharlo que el tubo emanaba energías de purificación. El León hizo de ese lugar su santuario. Aunque la verdadera historia de la torre no tenía nada de místico: había sido construida a principios del siglo pasado para guardar las cosechas de los campos de la zona.

Durante mucho tiempo, los primeros colonos de Sanuribe tuvieron a disposición ese sitio para guardar trigo, cebada o simplemente semillas. Luego los que no tenían campos también podían guardar los productos de sus huertas. Bastaba con tener cajones de madera y nada más. La confianza era lo que había forjado al pueblo. Si un vecino decía que una bolsa de verduras le pertenecía, nadie ponía en duda su palabra. Hasta que una noche de verano un incendio terminó con todo. Las llamas consumieron ese galpón colectivo y las horas de trabajo de los pobladores quedaron

reducidas a cenizas. Nunca se supo si había sido intencional. Nunca nadie quiso averiguarlo, tampoco. Muchos murmuraron que quizás había sido una maldición. Pero tampoco pusieron demasiada energía en defender esa teoría.

Nadie volvió a la torre. Hasta que el León, buscando a su Valkiria, la encontró. Del lado de adentro, los ladrillos estaban negros y el único acceso, una puerta de hierro alta pero angosta, no había llegado a derretirse. Durante días el León la mantuvo abierta para que el olor a quemado y el hollín se fundieran con el aire de Sanuribe. Cuarenta años después, la torre seguía igual. El pueblo había adoptado el abandono que había sellado el incendio.

Mientras Ingrid despabilaba a Malú y Urko ordenaba las velas por color, el León se quedó un rato parado dentro de la torre, en el medio de la superficie espaciosa de piso de tierra. Abrió los brazos como un Jesucristo sin cruz y cerró los ojos.

—Hoy es el día final. Estoy listo —murmuró.

Veinte metros antes de llegar a la torre, la garita de cemento también había resistido el paso del tiempo. La había construido uno de los colonos en la época en la que las jaurías se colaban y lograban masticar algunos productos vecinales. Desde esa casita mínima con una ventana sin vidrio, se turnaron durante casi un año para dispararles a los perros. De un día para el otro, los perros desaparecieron y la garita quedó ahí. Nadie volvió jamás.

La ciega tanteó los bordes de la ventana.

—Es muy chica —evaluó.

—¿Y qué importa? Si la única que puede espiar soy yo —dijo Sonia—. Sentante en un costado y te voy diciendo lo que veo.

Rosa volvió a sonreír y, como pudo, se acomodó contra una de las paredes. El espacio era tan reducido que a duras penas entraban dos personas de pie. Tuvo que encoger las piernas para poder sentarse.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Hay gente entrando cosas en la torre. Y una vieja le habla a una chica negra —contestó Sonia haciendo esfuerzos—. No traje los anteojos, pero ahora veo a un hombre alto, muy alto, que mueve los brazos como si estuviera enojado, algo así.

La ciega se ayudó con las manos para pararse y se apoyó un poco sobre el cuerpo de Sonia.

—Gringa, ¿el alto ese es el León?

Sonia giró para mirar a Rosa. No recordaba a nadie llamado el León, pero de repente el entusiasmo que sentía desde que había salido de su casa en Buenos Aires desapareció. Un dolor fuerte le atravesó el pecho. De tan intenso, necesitó tocarse el lugar en el

que tenía el corazón para comprobar que seguía latiendo.

—Rosa —dijo Sonia en voz baja—, vamos a buscar a Lara.

La ciega aceptó. Si aún seguía viva, había llegado el momento de rescatarla.

Las seis habitaciones, la cocina, el living, la sala de invitados, la galería, el garaje, los tres baños y el cuartito de guardar cosas viejas; todo fue revisado palmo a palmo. Incluso, debajo de las camas, dentro de los armarios, detrás de los cortinados y de los cajones de la despensa. A Rosa y a Sonia se las había tragado la tierra.

Lo primero que había alertado a Diego, a Carmen y a Nazarena había sido la calma absoluta. No recordaban cuánto habían estado conversando en la sala de visitas. En el living solo habían encontrado la mesa y los platos con embutidos y quesos. Nada más.

—A pesar de la ceguera, ¿tu tía es capaz de haber llevado a mi madre a pasear, no sé, al pueblo, por ejemplo? —preguntó Carmen mientras se preparaban para salir de la casona.

—No. Mi tía no sale sola desde que quedó totalmente ciega. Va los domingos a la feria, pero siempre la acompaño —contestó Nazarena.

Salieron rápido. Para acortar camino, Nazarena los guio hasta la ruta.

—¡Mi auto no está! —gritó Carmen.

—No puede ser —dijo Diego con las manos en la cintura—. ¿Te sacaron las llaves?

—Yo se las di a mi mamá para que no se pusiera fastidiosa —contestó Carmen con un hilo de voz. Miró a Nazarena y agregó—: No entiendo, hace tanto que mi mamá no maneja que ni se debe acordar de cómo se hace, y tu tía es ciega.

Diego siempre supo que Carmen victimizaba a Sonia mucho más de lo que correspondía.

—Basta, Carmen. Se ve que tu vieja se acuerda de cómo manejar autos —dijo, y por lo bajo agregó—: Y personas.

Nazarena tomó las riendas de la situación y los hizo esperar a la vera de la ruta mientras iba al fondo de la casa a buscar su camioneta.

—Sonia conoce este lugar —dijo Diego—. Recordaba hasta el lugar donde había existido una parrilla. Hay una vida de tu madre que vos no conocés, Carmen.

Carmen no tenía ganas de meterse en ese tema, Nazarena con la camioneta la salvó de tener que aguantar la insistencia de Diego. Nazarena creía que lo mejor que podían hacer era buscar ayuda en el destacamento policial. Solo contaban con una 4x4 para hacer ronda en los campos, pero era habitual que la policía convocara a vecinos para colaborar. Se usaba la búsqueda colectiva con el ganado o con alguna mascota. En Sanuribe las personas no desaparecían, pero el método era eficaz.

La modorra del comisario Echegoyen quedó sacudida en cuanto reconoció a Carmen Hidalgo; estuvo a punto de pedirle una *selfie*, pero el gesto desesperado de la mujer lo hizo desistir.

—Luis, se perdió mi tía. Se fue con una amiga de casa en el auto de la señora Hidalgo —dijo Nazarena sin detenerse a saludar.

Carmen le dio los datos del auto y una descripción física y de la ropa de Sonia. No fue necesario decir nada de Rosa, el comisario Luis Echegoyen la conocía bien.

—Yo voy a buscarlas en la camioneta policial, Naza, y le voy a pedir a Emilio que ponga a los dos pendejos vagos de los hijos a colaborar —anunció—. ¡Qué día de locos hoy, che! Parece que vinieron todos los porteños a mover el aire a Sanuribe.

—¿Qué porteños? —preguntó Diego.

—No sé, unos que andan por ahí. Me enteré cuando fui a comprar una cremona a la panadería. Luisa me dijo que anda un fiscal y unos policías de la Capital —contó con desinterés—. Soy como el cornudo, el último que se enterá.

Carmen, Diego y Nazarena cruzaron miradas. El comisario les pidió paciencia y sugirió que esperasen novedades en la casona o en el pueblo. Antes de despedirse, intercambiaron los números de sus celulares.

Salieron de la comisaría abatidos. Carmen, sin dudar, llamó a Oviedo. El fiscal atendió antes del segundo ring.

—Nicanor, ¿por qué estás en Sanuribe? —atacó Carmen.

—Estás bien informada, veo. Tengo secreto de sumario. No puedo contarte demasiado.

Carmen levantó la cabeza y vio a una señora que, a los gritos, intentaba que su perro dejara de ladrarle a un gato que lo miraba desde la rama de un árbol. Giró sobre sus pies y recorrió con la mirada todo lo que había alrededor de la plaza: una iglesia, el destacamento, la panadería, seis casas particulares, un bar, tres locales comerciales, un almacén y una escuela. Cortó la comunicación y, sin dudar, se dirigió hacia el bar. Diego y Nazarena la siguieron intrigados.

En el fondo del bar, un grupo de personas había armado una especie de oficina de trabajo. Cuatro mesas juntas, sillas, computadoras desplegadas, tazas y vasos.

—Hola, Nicanor. Se me cortó la comunicación, por eso me vine hasta acá para saludarte —ironizó Carmen.

El ladrido del perro de la plaza se había colado en la conversación y la había ayudado a develar la ubicación del fiscal. Oviedo se levantó y le pidió a Carmen que salieran a la calle para hablar en privado. Diego y Nazarena ocuparon una mesa a metros del equipo del fiscal.

—Estoy investigando un caso, Carmen. No tengo que darte más explicaciones —dijo—. Tengo a una adolescente y a un menor con búsqueda de paradero. Esto no es joda.

—Y dos viejas —remató Carmen cruzada de brazos y desafiante. Oviedo achinó los ojos desconcertado—. Mi madre Sonia se perdió hace un rato en este pueblo de mierda, está con una

tal Rosa. Agarraron mi auto y se fueron. Ya hice la denuncia en el destacamento.

Nicanor Oviedo se agarró la cabeza, y entró a paso rápido en el bar. Carmen lo siguió.

—Ella es la periodista Carmen Hidalgo, supongo que la conocen. Sumemos a la lista de búsqueda a dos personas más.

—Hola —saludó Carmen—. Quiero saber todo. Ya no les hablo como periodista, les hablo como hija.

Diego y Nazarena se habían acercado al grupo y, sin que nadie les dijera nada, acomodaron sus sillas alrededor de la mesa del comité de emergencia.

—Ya es de noche —dijo la ciega.

—¿Cómo sabés? —preguntó Sonia con lógica.

—Lo sé —contestó.

—Entonces me voy a sacar la capelina. No hay sol de noche.

La dos seguían escondidas en la garita. Se turnaron para sentarse. Hacía mucho que Sonia no se sentía tan útil. «Yo soy los ojos de las dos», repitió en varias oportunidades. «Y yo la memoria», remataba la ciega.

—Escuchá. Está todo oscuro, pero veo que la puerta de la torre está abierta. Se nota la luz de adentro, pero es una luz rara —dijo Sonia.

—Deben ser velas. El León estará armando el final prometido, seguro vino a terminar lo que empezó en este lugar hace cuarenta años.

Sonia hizo un esfuerzo por recordar. Se dio cuenta de que la ciega hablaba de algo importante, pero no lograba entender del todo. Tenía imágenes confusas que iban y venían en su cabeza.

—Rosa, hablás de cosas que no entiendo. Pero yo tengo muy buena memoria, aunque muchos me traten de loca —dijo Sonia enojada—. Me acuerdo muy bien de lo que pasó acá. Recuerdo perfectamente a esa jovencita rubia que lloraba y lloraba en una carpa muy chica, más chica que esta garita. La verdad es que no tenía por qué llorar. El hombre ese de la barba roja le había dicho que de su cuerpo había salido el diablo, y era verdad, Rosa. Y la chica lloraba. En la carpa estaba sola, de eso me acuerdo bien. La otra chica que vivía ahí con ella, una morocha era, la había abandonado.

—Sentate, Sonia. Ahora me toca a mí estar parada —dijo Rosa—. Seguí contándome sentada.

De manera sincronizada, hicieron el cambio de guardia. Sonia cruzó las piernas y puso la capelina sobre sus rodillas.

—Bueno, sigo. El barba roja fue muy clarito y le dijo a la jovencita que se iba a llevar al diablo para sacarlo de la tierra pura. La chica pidió por favor que la dejaran despedirse del diablo y el hombre este le dijo que sí. Fueron caminando hasta el pozo. Llovía muchísimo y se empaparon, pero a nadie le importó. Alrededor del pozo estaba lleno de velas. ¡Vos vieras qué lindo quedaba el pozo con las velas de colores, Rosa! Pero en uno de los costados del pozo no había velas. —Bajó el tono de voz como si no quisiera que nadie, salvo Rosa, escuchara el relato—. En ese costado estaba el diablo, yo lo vi.

—¿Y cómo era el diablo? —preguntó la ciega.

—Como una nena. El diablo se había metido en el cuerpo de una nena. Una nena rubiecita, igualita a la jovencita que lloraba.

Sonia dejó de hablar. Unas gotas aisladas empezaron a caer en Sanuribe. Hacían un ruido seco sobre el techo de chapa de la garita.

—Empezó a llover —dijo la ciega—. ¿Escuchás la lluvia?

—Sí, la noche en la que el hombre de barba roja tiró al diablo en el pozo también llovía. Yo me acuerdo. El diablo tenía puesta una túnica blanca y el pelito se le había pegoteado en la cara. Y temblaba. No lloraba, temblaba. —Sonia lloraba sin darse cuenta, un llanto tímido le mojaba las mejillas—. Y el barba roja le puso la mano en la espalda y empujó. La nena gritó, yo la escuché gritar. Un grito agudo, fuerte. No me lo olvidé, yo me acuerdo.

Mientras hablaba y lloraba, Sonia se tapó los oídos con ambas manos. La ciega seguía parada, con medio cuerpo apoyado contra la ventana. Se agachó un poco y tanteó hasta encontrar la cabeza de Sonia. La acarició largo rato. Sonia se repuso como por encanto. Su cerebro solía jugar esas pasadas.

—Ahora me paro yo —dijo, y lo hizo.

Pero la ciega ya no estaba en la garita. La oscuridad era total. Las dos estaban ciegas.

—Rosa, ¿dónde estás? —preguntó Sonia.

—Acá afuera, gringuita. Salí a tomar aire. La lluvia amainó, vení.

Sonia le hizo caso. Salió y se deleitó unos segundos con el olor a tierra mojada.

—Me asusté, Rosa, Creí que me habías dejado sola.

—Nunca más, gringa, te dejo sola. Nunca más. Yo te quise ayudar y no me creyeron, yo...

—Callate, ¿escuchás? Prestá atención. Yo sé que las ciegas escuchan mejor, escuchá.

La ciega no necesitó agudizar el oído. En la torre tubular estaban cantando. Sonia la agarró de la muñeca y, sin anunciar lo que iba a hacer, lo hizo. Como siempre.

La torre tubular fue el faro que guió a las dos mujeres por un campo negro. Metieron los pies en el barro y se tropezaron dos veces, pero siguieron adelante; Sonia, con la vista fija en las velas que iluminaban el tubo inmenso de ladrillos. Rosa se dejaba guiar sin chistar. Cuando llegaron a la torre, entraron; una detrás de la otra.

El círculo que formaba la superficie de la torre estaba completo de hombres, mujeres y niños sentados contra las paredes de ladrillos. Tenían las piernas cruzadas y delante de cada uno de ellos había una vela prendida. Sostenían un vaso con agua de color celeste, tan celeste como las botellas de veneno para ratas que habían quedado vacías en unas cajas dentro de la trafic. La prueba había sido exitosa: Lautaro, Mariela, Jennifer. Los tres adolescentes habían sido la piedra fundacional del regreso del León, la confirmación de que su poder sobre las voluntades ajenas permanecía intacto.

En el medio del círculo, estaba él, totalmente desnudo. Pero no estaba solo. Lo acompañaba Malú, acostada boca arriba. Tampoco

tenía ropa, el embarazo se notaba. Con los ojos cerrados, parecía una bella durmiente de ébano.

Sonia le soltó la muñeca a la ciega y dio unos pasos hacia el León. Por primera vez los fieles vieron a su líder desconcertado. Algunos recordarían después que lo sintieron temer.

—Bienvenidas, hermanas, se pueden sumar a la noche final —dijo sin el ímpetu habitual.

Los ojos de la mujer que lo enfrentaba con su sola presencia lo confundieron y le recordaron otros ojos.

—Oiga —dijo Sonia arrancándose el cascabel del cuello—. Le vengo a devolver esta porquería. Y me voy a llevar a esta chica embarazada, debe tener frío. Vístala.

La ciega no supo si reír o gritar. La loca no sabía con quién se metía. Decidió intervenir. Caminó hacia el lugar donde había escuchado la voz de Sonia y gritó:

—Entregate, León, ya está. No hay juicio final —dijo levantando hacia el cielo un dedo viejo y deforme—. Ella es Sonia, la gringa. Es la madre de Lara, la nena que mataste hace cuarenta años. La nena que tiraste al pozo.

Sonia se dio vuelta de golpe.

—Yo no soy la madre de ninguna nena. Mi hija se llama Carmen —dijo con seguridad.

Los fieles fueron saliendo del trance en el que habían estado minutos antes y se removían, incómodos, en sus lugares.

—Sí, Sonia. Después de que el León matara a tu hija Lara, te escapaste. Igual que yo, pero vos estabas embarazada. Salvaste a Carmen.

El León miró por detrás de ambas mujeres y sonrió de costado.

—Urko, deshacete de estas traidoras. Ellas no heredarán los rayos de los siete colores.

Urko miró a la ciega y a la loca, una puntada le atravesó el pecho. Los recuerdos lo atravesaron como una daga. Los recuerdos volvían. Agarró a ambas mujeres de los brazos. No necesitó usar ni

el diez por ciento de su fuerza y las arrastró fuera de la torre tubular.

El plan era pegarles un tiro en el medio del campo. Nadie se lo había ordenado, pero en su registro deshacerse de una persona era algo serio y literal. No llegó a llevarlas ni siquiera fuera del predio de la torre. La voz potente de una mujer lo alertó:

—¡Alto ahí! Soy la agente Soledad Noriega. Estás rodeado, Urko. Ya está, perdiste.

—Tirate al piso, Rosa —gritó Sonia—. Una señora nos apunta con una pistola. En las películas se tiran al piso.

Rosa le hizo caso. Cuando el agente Cuello le apoyó a Urko el arma en la nuca, la ciega y la loca estaban boca abajo en el barro.

Nadie en Sanuribe conoció realmente lo que había pasado cuarenta años atrás. Lo que supieron había corrido de boca en boca, como todo, hasta que en un momento no quedó claro si había sido verdad o se trataba de una leyenda. Sin embargo, lo que había pasado la noche anterior en la torre sí lo supieron todos. El bar de la plaza tuvo concurrencia casi completa. No fue por los fideos con estofado ni por el puchero, la convocatoria tuvo que ver con el noticiero de las veinte.

En un primerísimo primer plano, Sofía Linares hizo un relato detallado del allanamiento que había hecho posible la detención de la célula activa de una secta que planeaba llevar a cabo un suicidio colectivo. En el bar, solo se escuchaba el ruido de los cubiertos al chocar contra los platos cuando en la televisión colgada en la pared mostraron las imágenes de los detenidos: un hombre de barba roja cubierto con una manta azul, una mujer vieja que gritaba que era la madre Ingrid y otro hombre que le llevaba dos cabezas a los policías se dejaban llevar con una tranquilidad pasmosa. Cuando el camarógrafo enfocó a Rosa, la ciega, volvieron los comentarios.

—Pobre vieja, yo me imaginé que andaba en algo raro esa mujer —comentó en voz alta la dueña del bar.

Nadie la cuestionó.

—Miren, miren —dijo en voz alta don Reyes, el vecino nuevo de Sanuribe—. ¿Esa no es Nazarena, la sobrina de la ciega?

Nadie tuvo tiempo para evacuarle la duda: la atención quedó puesta en el jefe de policía, que improvisó una conferencia de prensa a la vera de la ruta. La dueña del bar apuntó con el control remoto a la pantalla y subió el volumen.

—Gracias a las instrucciones del fiscal Nicanor Oviedo, pudimos llegar a tiempo y evitar una masacre. No puedo aportar más datos por ahora, pero confirmo que estamos frente a una secta que indujo al suicidio a tres adolescentes y planeaba hacer lo mismo con un grupo de personas, entre las que se encontraban niños menores de edad.

El jefe Pavón se negó a contestar las preguntas de los periodistas excusándose en un secreto de sumario inexistente. No quería que toda la información llegara a la prensa.

—Quiero dejar en claro que tuvimos el aporte valioso de la periodista Carmen Hidalgo, pero por pedido de ella no voy a develar más detalles al respecto.

En imagen, se podía ver a Carmen apoyada contra el capó de un auto, abrazando a una señora que llevaba puesta una capelina.

—Qué bárbaro —exclamó la dueña del bar mientras servía otra tanda de comida—. Y yo que pensé que en este pueblo nunca pasaba nada.

—Este pueblo está maldito —gritó desde la mesa del fondo un hombre. Se le patinaban las palabras, como siempre a esa hora.

—Callate, Rodo —dijo entre risas Malvina, la moza—. Desde las seis de la tarde que estás chupando y ya decís boludeces.

—Yo chupo, Malvita, yo chupo, pero digo la verdad. —Siguió con una mano en alto—. Yo estuve ahí, en la construcción de la ruta. Yo vi todo. Vi los huesos. Era el cadáver de una nena, era una maldición.

Nadie le prestó atención. Era un borracho y a los borrachos las verdades se les ahogan siempre. Y, además, había llegado la hora del postre.